



**SUAVE
COMO LA
LLUVIA**

MIGUEL RUBIO

*AUTOR DE TIERRA EN LA GARGANTA Y
AHORA QUE ESTAMOS MUERTOS*



«Me cogió del cuello y me dio un beso largo y cálido, como solo ella podía darlos. Un beso de esos que sabía perfectamente que me colocaban a sus pies».

A Pablo, un hombre mediocre, varado en un mundo pequeño, le acaban de diagnosticar una enfermedad terminal. Pero esto es solo el inicio de un tobogán imparable en el que los ángulos muertos de su vida se apoderan de él y le obligan a regresar a un pasado doloroso que ha marcado su existencia.

Eva, su amor de juventud, es ahora una mujer derrotada por la tragedia, consumida por la pena y el dolor.

Ambos tratarán de tener una segunda oportunidad el tiempo que les quede, aunque a su alrededor empiecen a acumularse los engaños, las mentiras y los muertos, porque saben que hay personas que siempre estarán encadenadas.

Las novelas de Miguel Rubio contienen una prosa capaz de combinar los golpes más rotundos con las más dulces caricias. Son un trago seco que bebemos de golpe, como si la vida nos fuera en ello.

Si el lector tiene algo que hacer en las próximas horas, mejor que se aleje de este libro.

Miguel Rubio

Suave como la lluvia



Título original: *Suave como la lluvia*
Miguel Rubio Aguilera, 2020

Revisión: 1.0
16/02/2021

Este libro es para María Gómez y Paula Rubio,
una vez más. Y también para Marina, mi madre,
mis hermanos, José y Marina, y para Paco
Rodríguez Aguilera (DEP).

El que lucha con monstruos debe tener cuidado para no resultar él un monstruo. Y si miras mucho un abismo, el abismo concluirá por mirar dentro de ti.

FRIEDRICH NIETZSCHE

CAPÍTULO I

Allí seguía, sentado en el borde de la silla, sin creermelo del todo lo que acababan de anunciarme. Aquello no podía ir conmigo, tenía que ser un error o simplemente no estaba pasando. El médico se había puesto de pie y me mostraba las radiografías señalando con un boli las manchas blancas. Parecía el tipo que anuncia el tiempo en la televisión después de las noticias. Solo que las tormentas se extendían desde el centro de mi cráneo.

—Como le digo, desgraciadamente no está encapsulado, lo que facilitaría las cosas. Se encuentra disperso y su propagación parece rápida —me miró un instante y volvió a apuntar con el boli—. Lo previsible es que se extienda desplazando el cerebro, comprimiéndolo poco a poco, y me temo que ya no hay forma de frenarlo. En este sentido, la resonancia es clara. Aunque, desde luego, me gustaría realizarle una biopsia. La realidad es que hay una gran variedad de tumores de esta clase y generalmente son muy agresivos. Lo siento mucho, pero como le he dicho no es operable. No hay gran cosa ya que podamos hacer. Quizá, si hubiera venido antes... En estos casos, la detección precoz es fundamental, desafortunadamente no siempre es factible.

«¿No hay gran cosa? —pensé—. Estás hablando de mi puta vida. Mejor dicho, de que de pronto casi ya no tengo vida. Se acabó el juego. Fin de la partida».

Nunca me habían gustado los médicos y jamás solía ir a consulta, pero supongo que la larga enfermedad de mi madre me metió el miedo en el cuerpo. Mal asunto. Cuando uno teme a los médicos, no puede esperar que estos traigan buenas noticias. Este era el caso.

Yo siempre había sufrido jaquecas de manera esporádica y, un día, al final del verano, me mareé en casa y me caí al suelo. Pensé que sería agotamiento, que estaba bajo de defensas, algún virus. Mi madre siempre se empeñó en que conserváramos aquel seguro médico que yo nunca usaba y que a ella no sirvió para salvarle. El caso es que esta vez decidí hacerme un chequeo completo. Al parecer, demasiado tarde. Finalmente, a mí tampoco me iba a servir.

—Lo que me resulta extraño —continuó casi para sí— es que no tuviese ningún síntoma hasta el mareo de aquel día. Salvo las jaquecas, claro. Bueno, también es cierto que no en todas las personas se manifiesta del mismo modo. La ciencia aún tiene mucho camino que recorrer en este sentido.

—Justo el que yo no tengo —murmuré.

—¿Perdón? —se guardó el bolígrafo en el bolsillo superior de la bata y me miró como si no

me hubiera visto antes.

Respiré hondo.

—¿Cuánto me queda, doctor? —pregunté intentando que no se me quebrase la voz.

El médico, que tenía una cabeza enorme pero sana, apretó los labios y su boca se curvó hacia abajo. Igual que un preso que se niega a confesar algo. Se dejó caer en la silla como si fuese él el derrotado. Volvió a coger el boli y lo sostuvo agarrándolo por los extremos con dos dedos de cada mano. Me fijé, otra vez, en su cabeza y luego miré la radiografía de mi cráneo.

—Bueno —balbuceó—, de todos modos, vamos a ir controlando la presión sobre el cerebro, de manera que podamos...

—¿Cuánto me queda? —repetí.

Todos hemos oído historias de gente a la que le cae de pronto una enfermedad y se acabó. Pero siempre son los demás: ese al que una maceta le revienta la cabeza camino del trabajo, otro al que un camión le pasa por encima cuando corre por la calle escuchando música por los auriculares del móvil, o aquel al que lo fulmina un rayo mientras pasea ensimismado en sus cosas, quizá haciendo planes para el fin de semana. Eso nunca nos pasa a nosotros.

—Bueno, es difícil precisar con exactitud, tenga en cuenta que...

—¿Cuánto? —insistí—. Si no es mucho, no quisiera desperdiciarlo aquí repitiéndole la misma pregunta una y otra vez.

El doctor se volvió a guardar el bolígrafo en el bolsillo de la bata, como si le hubiera dolido mi falta de interés en sus explicaciones. O puede que lo que le molestase era no poder seguir haciendo de hombre del tiempo con la radiografía de mi cráneo.

—Yo diría que dos, tres, cuatro meses a lo sumo —arqueó las cejas para añadir—. Lo siento, lo siento de veras.

Un par de frases que derrumban una vida entera. Así estaban las cosas. Un sujeto con una bata blanca, una cabeza enorme y un boli en la mano, te señala unas manchas en una radiografía y empieza la cuenta atrás. Tu vida se ha acabado.

Tardé un momento en reaccionar, hasta pensé que no sentía nada, que todo era muy extraño, que quizá no me importaba. Pasados unos segundos noté un frío húmedo deslizarse por la columna vertebral. Me estremecí.

—¿Se encuentra bien?

«Menuda pregunta —pensé—. Hijo de puta, acabas de decirme que me muero y ¿preguntas si me encuentro bien?».

Me agarré las manos con fuerza, como si eso pudiera sostenerme.

—¿Qué me va a pasar a partir de ahora? —quise saber.

El médico miró un momento hacia algún punto por encima de mí y recuperó su tono monocorde. A veces las palabras son cuchillos afilados con ganas de cortar, de hacer sangre.

—Es muy probable que la motricidad se vea afectada. Más adelante podría tener dificultades para expresarse verbalmente, además de esto, la gestualidad puede verse comprometida, y, evidentemente, es más que previsible que termine afectando también a las funciones cerebrales.

Me miré las manos, tenía los dedos y los nudillos blancos. Aflojé la presión. Bajé la vista hasta la punta de los zapatos, me apoyé sobre las rodillas, cogí aire como si fuera a echar a correr y me levanté con cierta dificultad. Es curioso, pero de repente parecía que me habían caído treinta años encima. Ese era el resultado que las palabras de aquel hombre habían tenido sobre mí. Como una

maldición de efectos inmediatos. Me sentía sin fuerzas, y me pregunté si no sería que mis músculos habían captado el mensaje y decidían rendirse sin presentar batalla. Si el horizonte era ya inalcanzable, ¿para qué seguir persiguiéndolo?

—De todos modos, le propongo iniciar un tratamiento cuanto antes —continuó—. Podemos probar con radio y quimio...

—¿Tratamiento? —pregunté cargado de agresividad—. ¿Ese que no va a servir para salvarme? —solté un bufido y añadí—: Olvídelo.

—Escuche, es normal su reacción, pero creo que deberíamos empezar por...

Cogí mi chaqueta, le di la espalda y salí de allí arrastrando los pies. Sin escucharle, sin despedirme y sin molestarme en cerrar la puerta. Me encaminé por el pasillo esforzándome en respirar. Notaba plomo en los zapatos y arena en los pulmones. Me pareció que la chica de recepción me miraba sabiendo que tenía delante a un condenado. Un hombre al que se le acababa el tiempo. Como el pobre diablo que espera su turno en el corredor de la muerte.

Al entrar en el ascensor choqué contra un individuo de unos treinta y pocos años, e hice que se le cayera el móvil. Ni siquiera me disculpé, le miré a los ojos y me pareció extrañamente familiar; bajó la mirada y le vi agacharse para recuperar su teléfono mientras se cerraban las puertas. El ascensor empezó a descender y yo notaba que en mí interior crecía algo que era mucho más que un enfado. También había tristeza. Pero, sobre todo, me atrapó una rabia desconocida, irracional, salvaje. Una especie de odio incontrolado que no supe si iba dirigido hacia aquel médico, hacia el hombre contra el que había chocado, hacia el mundo entero o, sencillamente, hacia mí mismo.

No recuerdo el camino de vuelta a casa. Mis zapatos debieron decidir por mí. La rabia había dejado paso a un profundo vacío en mi pecho, como si me hubiera atravesado una bala y por el agujero penetrase un viento helado. Cerré la puerta, dejé las llaves sobre la repisa, me quité la chaqueta y encendí la radio, desde hacía tiempo mi habitual y única compañía. Marc Cohn cantaba para mí.

*Saints preserve us,
We're all going down,
Saints preserve us,
Wherever we might fall^[1].*

Abrí el mueble y cogí una botella de coñac que estaba casi entera, y ni siquiera recordaba cómo ni cuándo había llegado allí. Supongo que era de alguna cesta navideña, de los viejos tiempos, cuando en la empresa nos hacían estos regalos para justificar los sueldos de mierda. Luego ya no les preocupó, todo el mundo pagaba una mierda similar. Se acabaron las cestas. Después también se acabaría el empleo. El caso es que me tumbé en el sofá escuchando aquella canción y, envuelto en una asfixiante tristeza, me bebí el maldito coñac hasta perder el conocimiento.

A la mañana siguiente tenía una horrible resaca. Me dolía tanto la cabeza que pensé que el tumor se había acelerado y acabaría conmigo ese mismo día. Tomé las pastillas que utilizaba para las jaquecas, aunque sabía que no eran muy efectivas, y me invadió el pánico. Me planteé ir al hospital y suplicar que me dieran algo que me hiciera dormir para siempre. Sentía terror ante la perspectiva de una larga agonía y sabía que sería mejor quitarme cuanto antes de en medio. Me arrastré hasta el baño, vomité y, entonces sí, entonces la rabia, la pena y la autocompasión se apoderaron de mí en forma de un torbellino confuso, y me derrumbé por completo. Lloré como no recordaba haberlo hecho nunca. Lloré por saber que me estaba muriendo. Por mi madre, que había fallecido hacía seis meses y a la que aún le debía esas lágrimas. Pero también por la vida vulgar que había llevado, por ser un hombre pusilánime que no había sido capaz de hacer realidad ninguno de sus sueños, ni tampoco encontrar nunca la felicidad. Lloré por no haberme casado con Carmen, que tanto me quiso y a la que no supe corresponder y preferí dejar atrás. Por los años que perdí trabajando en un sucio almacén, creyéndome seguro, hasta que me echaron para contratar a otro tipo más joven cuyo sueldo era aún más bajo que el mío. Por no haber conseguido materializar mi secreta ambición: escribir una novela. Lloré por no haber viajado más, no haber leído más, no haber reído más, no haber follado más. Y entonces, toqué fondo y lloré por Eva, claro, por no haberla mantenido a mi lado, por no haber podido olvidarla, por haberla buscado en todas las mujeres que conocí después y, sobre todo, por lo patético que resultaba que siguiese pensando en una chica con la que había salido cuando tenía 17 años. Así era yo: cobarde y patético. Y sobre todo, lloré por eso.

Resultó muy doloroso, terminé absolutamente agotado, pero el llanto suele tener un efecto reparador, y cuando se acabaron las lágrimas decidí que no iría al hospital. Ni en ese momento ni en ningún otro. Mi madre ya había estado por los dos. Demasiados días, demasiada agonía, demasiada tristeza. Igual que mi padre unos años antes, también devorado por un cáncer. La maldición familiar. Estampé el móvil contra la pared. Recordé que tenía teléfono fijo cuando sonó y, en un gesto teatral y ridículo, arranqué el cable de un tirón murmurando:

—No hay nadie en casa. Nos hemos largado. Llame otro día. O, mejor, llame en otra puta vida.

Pasé los siguientes cuatro días encerrado.

No podía decirse que este último había sido un buen año. La muerte de mi madre, la pérdida del trabajo y ahora esto: el final del camino. Bueno, a decir verdad, tampoco había grandes cosas que hiciesen de mi mundo un lugar medianamente atractivo. Si tuviera que ser sincero diría que vivía, simplemente, por inercia. Yo no era el único en esto, eso seguro. Probablemente, el mundo estaba lleno de gente así. No tenía mujer ni hijos. Cincuenta años de una vida vulgar que empezaba a diluirse en la casa familiar de la calle Navarra, en el barrio de Tetuán, donde había vuelto para cuidar de mi madre durante sus últimos tres meses, aunque puede que nunca me hubiese ido del todo. Viví durante años a tres paradas de metro, pero mentalmente jamás me alejé de allí. Me encontraba cómodo, instalado en esa falsa seguridad de lo conocido, aunque encadenase mis tobillos para siempre.

Puede que todo se detuviese demasiado pronto, que todos mis sueños y aspiraciones se borrasen cuando Eva me dejó sin demasiadas explicaciones, tras siete años de noviazgo. Desde los 17 hasta los 24, la edad de la inocencia. Éramos la pareja del barrio. Todo el mundo pensaba

que aquello terminaría en boda. Todos se equivocaron. Luego los años empezaron a pasar demasiado deprisa. Y es verdad que en un par de ocasiones pensé en largarme bien lejos, pero la pereza o la falta de ilusión me lo impidieron. A veces, las cosas felices te unen a los sitios, y eso es bueno, pero las cosas amargas te cortan las alas y te dejan clavado a un lugar que nunca hubieras elegido. Dejarse llevar, en definitiva. Más tarde el alzhéimer de mi madre, su cáncer de estómago y el regreso al barrio de Eva, después de lo de su hija, me amarraron definitivamente allí. Y ¿para qué? En este tiempo nos habíamos cruzado un par de veces por la calle y solo me había atrevido a saludarle con un gesto con la cabeza. Así era yo. Ni siquiera fui capaz de construir una frase cuando, en la puerta del supermercado, me dio el pésame al fallecer mi madre. Balbuceé un «gracias» y seguí mi camino hacia ninguna parte. Lo que siempre había hecho, agachar la cabeza y alejarme para no llegar nunca a ningún lado. Puede que dando vueltas en círculo, como un estúpido hámster dentro de una rueda. Tampoco me había atrevido a hablarle unos años antes cuando la visité en el tanatorio, mientras rota de dolor velaba el cadáver de su hija.

«¿Qué se le puede decir a alguien en un momento así?», pensé.

A propósito de Eva, se me ocurrió que ninguno de mis amigos había tenido una gran vida. Ella la que menos, desde luego, y eso que durante un tiempo pareció la única que lo había logrado. Debíamos de tener todos como una especie de traba común que nos robaba la alegría y nos ataba a aquellas viejas calles.

Eva, al poco de dejarme, se casó embarazada de un tipo que tenía una empresa de contenedores. Hay gente capaz de sacar dinero de la basura. Se fue de aquí y supongo que tuvo unos años que fueron su rato de felicidad. Luego, volvió la maldición y le pasó una factura demasiado grande: un vecino del barrio raptó, violó y asesinó a su hija una tarde de invierno, cuando la chica volvía de visitar a su abuela. El tipo se recreó: le fracturó la mandíbula y le rompió a golpes varios dientes, la violó vaginal y analmente, le arrancó un pezón de un mordisco y le asestó 23 puñaladas. Lo que no consiguió es correrse. Aquello fue el tema de conversación durante muchos meses. Luego, como todo, fue cayendo en el olvido, salvo para ella, claro. Eva estuvo ingresada una larga temporada. Cuando salió decían que ya no era la misma. Su marido se perdió en los bares, hundió la empresa y terminó colgándose de una viga. Ella volvió a la casa familiar y yo decidí que ya no saldría de aquí, aunque nunca retomásemos el contacto. Puede que esperase un momento que jamás llegó, que ya nunca llegaría.

A Álvaro, el menor del grupo, le abandonó su mujer y poco después perdió su trabajo en una editorial. Volvió a casa de sus padres, ya fallecidos, convertido en un alcohólico prematuramente envejecido que malvivía gracias a una mínima pensión y la generosidad de algún vecino.

Y Paco, el mayor de todos, heredó el bar de su padre, no tuvo opción. Tampoco tuvo hijos, y cuando su mujer, Nines, enfermó y se tumbó en la cama para nunca levantarse, el mundo de ambos quedó, prácticamente, reducido a aquel viejo edificio. Ni siquiera volvieron a ir al pueblo durante el mes de agosto, la única salida que hacían cada año. Paco jamás cerraba el bar, su mujer no salía de casa y él casi nunca hablaba de ella. Le había puesto una cuidadora y se pasaba todo el tiempo detrás de la barra. Llegué a pensar que el hombre no dormía o lo hacía allí tirado, en cualquier rincón, mientras la tristeza y el hastío se clavaban en su cara en forma de profundos surcos.

Los cuatro fantásticos. Los inseparables. Cuatro vidas tristes, grises y vacías. Cuatro vidas tiradas a la basura que el marido de Eva podría haber recogido en uno de sus contenedores.

Claro que nadie habría pagado por eso.

De modo que decidí que seguiría igual el tiempo que me quedase. Continuaría con mi rutina. Paseo, televisión, lectura, el bar de Paco por las tardes y, eso sí, cuando llegase el momento y las cosas se pusieran feas de verdad, yo mismo me quitaría de en medio, como hizo el marido de Eva. Solo que, en vez de colgarme del cuello, utilizaría la semiautomática del viejo que todavía conservaba, una Walther PPK que supuestamente le regaló un alemán que le debía algún favor. Mi padre había sido policía y le gustaba hacer favores a la gente del barrio. Le hacía creer que así le respetaban, que estaban en deuda con él. Pero ni los que podían deberle favores ni él estaban ya, y el barrio hacía mucho que tampoco era el mismo.

No, ningún santo vendría a salvarnos como en la canción y, desde luego, no esperaría a ver cómo la vida se me escapaba sin hacer nada. Esta vez no. Al menos me permitiría decidir la hora final.

CAPÍTULO II

Por fin un martes salí de casa y empecé a caminar sin rumbo fijo. En esos días de reclusión no había tenido ningún síntoma de nada, salvo el cansancio que producía la inactividad. Supuse que luego todo me caería de golpe, pero, como siempre que me venía un pensamiento relacionado con la enfermedad, lo aparté como el que espanta un moscardón.

Caminé durante cerca de una hora y, aunque me sentía cansado, me dije que se debía a la falta de ejercicio. Bueno, tampoco nunca había sido un gran atleta, me gustaba salir a caminar por la ciudad, tratar de dejar la mente en blanco y mirar a la gente, solo eso. Siempre había estado delgado, aunque ahora puede que me sobrasen tres o cuatro kilos, tampoco demasiado. Pensé que, quizá, debía empezar a hacer algo de deporte y la idea, dadas las circunstancias, era tan absurda que no la descarté de inmediato. También noté que me molestaba un poco la luz, aquel tono ocre que tenía Madrid muchas mañanas de otoño, con un sol agradable que apenas llegaba a calentar. Y el ruido, la contaminación y la gente. Pero, otra vez, me dije que se debía a mis días de encierro en casa con las persianas bajadas, no a la enfermedad. Esos días los pasé, la mayor parte, tumbado en la cama o en el sofá, pensando en lo que había sido mi vida, y más concretamente en lo que no había llegado a ser y ya nunca sería. Aparte de eso, vi alguna vieja película, leí un par de novelas y escuché canciones tristes que no me iban a levantar el ánimo, pero sabían exactamente cómo me sentía.

Comí en un restaurante en Cuatro Caminos, servían un menú del día por 13 euros que no estaba del todo mal. Hubiera ido al bar de Paco, pero no era mi turno. Sabía que Eva bajaba a veces a tomar café y yo nunca lo hacía hasta más tarde, precisamente para evitar encontrarme con ella, aunque nunca lo hubiese admitido. Siempre fui un maldito cobarde. Una cosa más que debería haber cambiado.

—Gracias, señor. Que tenga un buen día —soltó la camarera al ver que le había dejado algo de propina. Respondí con un gruñido.

Regresé despacio, tomándome mi tiempo. Decidí que las prisas ya no irían conmigo. Pasadas las cinco y media atravesé aquella puerta, una vez más. Paco estaba en un rincón de la barra, con su enorme cabeza calva que podría competir con la del médico, sus ojos tristes y su bigote de morsa. No había nadie más. Apenas se oía un murmullo procedente de la tele. Levantó la vista de sus papeles y mantuvo la boca abierta un momento antes de hablar.

—Coño, el hijoputa, por fin aparece.

Sonreí y me senté en un taburete frente a él.

—Yo también me alegro de verte, tío.

Se pasó la mano por la calva y preguntó:

—¿Qué pasa, cabrón? ¿Dónde coño te has metido? Pensé que tenía que llamar ya a la pasma para que te fuese a buscar.

—No será para tanto...

—¡Joder, me tenías preocupado! Esta tarde mismo pensaba llamarte.

Ambos sabíamos que no era verdad. Paco nunca llamaba a nadie. A mí, desde luego, no me había llamado jamás, hasta dudo de que tuviera anotado mi número. Además, había machacado el móvil, así que, si de verdad iba a hacerlo esta vez, llegaba tarde.

Nos conocíamos de toda la vida y nuestra amistad se había forjado a base de encontrarnos en el barrio, en la tasca de Víctor, que ya murió, en los billares Peña, que ahora eran una tienda de ropa regentada por chinos, o simplemente en la calle. Después, el bar de su padre pasó a ser nuestro lugar habitual de encuentro. Paco echaba allí una mano desde muy pequeño, y al cumplir los 14 dejó los estudios y empezó a pasarse allí el día entero, y nosotros casi también. Era un bar antiguo, con la barra enfrente de la puerta, y delante cuatro taburetes destartalados y un par de mesas a un lado. En el otro extremo, una máquina tragaperras, la de tabaco y una tele colgada encima. El barrio se había llenado de bares para suramericanos y aquí aguantábamos cuatro parroquianos de toda la vida. Un negocio ruinoso, supongo. Pero ni él ni ninguno de nosotros teníamos a donde ir. Así habían ido pasando los años.

—Lo dudo, sería la primera vez.

—¿El qué? —Se apoyó en el mostrador como si fuera a saltar por encima, aunque le chocó primero la barriga.

—El llamarme, sería la primera vez que lo haces.

—¿Cómo?

—Que no me has llamado nunca, coño.

Volvió a abrir la boca antes de responder, era un gesto que hacía habitualmente, como si le costase un par de segundos procesar lo que le decían.

—¿Qué no te he llamado nunca?

—Que yo recuerde, no.

—Anda y que te den por culo. —Y empezó a tirarme una caña—. Que no le he llamado nunca, no te jode ¿Has comido?

Asentí. Me puso la cerveza y un plato con almendras fritas. Pasó un paño por la barra y se apoyó frente a mí.

—Si llegas un poquito antes, te encuentras con Eva.

Alcé una ceja y continuó:

—Ha venido a preguntar por ti. Bueno, me preguntó ya la semana pasada. Parece que ahora tiene mucho interés. Ha dicho que te había llamado, pero que tenías el móvil apagado o algo así.

—¿En serio?

—¿Dónde has estado? —me apuntó con la barbilla.

—¿En serio te ha dicho eso? —insistí.

—¡Que sí, coño, qué pesado! ¿Te lo pongo por o escrito o qué?

Eché un trago y dejé el vaso a la mitad. Mientras miraba las marcas de espuma pregunté:

—¿Cómo está?

—Muy buena, ya lo sabes.

—Venga.

—Joder, ¿cómo va a estar? Pues como siempre, supongo. No sé. No solemos hablar mucho. Viene, se toma un café, comentamos un par de chorradas y se va. Bueno, ya sabes, nunca parece muy alegre ni muy habladora. Normal.

Se encogió de hombros y ambos pensamos en lo que le había pasado. Sobre todo, lo de su hija. Pero, entre nosotros, los temas serios duraban poco. Parecía que nos daba miedo afrontar los latigazos que nos había ido dando la vida. Ninguno teníamos motivos para estar felices, pero no hablábamos de ello.

—Bueno, ¿te has echado novia y llevas dos semanas follando como un mono o qué?

Forcé una sonrisa. Ni siquiera me dio opción a contestar.

—¿O te la has estado cascando sin parar viendo pelis porno?

Terminé la caña y le pedí un coñac. Aunque puede que no fuera una gran idea, después de la resaca que había tenido, pero es lo primero que se me ocurrió. Le dije que pusiera otro para él. Me miró un instante como si hubiese hablado en otro idioma. Se giró y cogió la botella y dos copas. Brindamos. Le quedaron unas gotitas colgando del bigote después de beber. Paco era un tipo bruto, puede que, a veces, lento de reflejos, pero no estúpido. Ahora tenía otra voz. Entornó los ojos.

—¿Pasa algo, Pablo?

Asentí apretando los labios.

Paco se inclinó un poco buscando mi mirada.

—Joder, me estás asustando. ¿Estás bien?

No me iba a resultar fácil. Tomé aire y esperé unos segundos, no quería derrumbarme delante de él.

—Estoy jodido —dije con la vista puesta en la copa.

Mi amigo, por una vez, permaneció en silencio. Tuve que continuar:

—Tengo un puto tumor en la cabeza, tío. —Tragué saliva y sentí un estremecimiento al oírme a mí mismo decir aquellas palabras—. Me han dicho que está bastante avanzado y que no se puede hacer nada.

Paco resopló.

—¿Me estás vacilando?

Le miré.

—¿Recuerdas que te dije que un día al volver de paseo me mareé en casa?

Asintió con la cabeza. Bebimos y continué:

—Me entró mal rollo, no sé. Fui al médico del seguro, me hicieron un chequeo y... —Me encogí de hombros—. Esto es lo que hay.

—¿Al médico del seguro?

—Sí, todavía sigo pagando, llevo treinta años haciéndolo.

Uno de los primeros trabajos de Eva fue ese, vender pólizas de seguros y consiguió que todos nos hiciéramos una. Claro que los demás enseguida se dieron de baja. Yo nunca pude, aunque últimamente me lo había planteado, necesitaba reducir mis gastos.

—Ya ves, tantos años soltando pasta y para una vez que voy, mira con lo que me salen, los cabrones —quise bromear, pero no sirvió de mucho.

—Bueno, no sé, ¿no has pensado en pedir otra opinión? Joder, ve a la seguridad social a ver qué te dicen.

Alcé la copa y la terminé de un trago. Paco hizo lo mismo y puso otras dos.

—¿Para qué? Por lo visto, está muy extendido y no se puede operar, ya te lo he dicho.

—No me jodas —murmuró y hasta me pareció que se le nublaban los ojos.

La verdad es que, aunque nunca nos dijéramos nada, ambos nos queríamos. Supongo que lo sabíamos y era suficiente.

Volví a coger aire y añadí:

—Me han dicho que me quedan tres o cuatro meses.

—Joder, me cago en mi puta vida. —Golpeó la barra. Luego estiró el brazo y me cogió de la parte posterior del cuello, apoyando su cabeza en la mía.

—Pablito, no me jodas. ¿Qué puedo hacer? Dime, lo que sea, cualquier cosa que necesites.

Me encogí de hombros y aguanté las lágrimas. Esto estaba yendo demasiado lejos.

—Nada, joder, salvo ponerme otra copa.

Paco se secó los ojos con el dorso de la mano y luego cogió un trozo de papel de cocina que se pasó por la frente, el cuello y la nuca. Después cortó otro trozo para sonarse los mocos.

—Igual no te conviene beber —dijo al fin.

—Coño, me voy a morir de todos modos. Y tú también, solo que yo antes.

Sonrió sin ganas, puso otras dos copas cuando terminamos lo que nos quedaba y dejó la botella sobre la barra.

—¿Este es el mejor coñac que tienes?

No pareció escucharlo.

—No sé qué decir, tío. Me cuesta creer todo esto. En fin, no sé, ¿qué vas a hacer? ¿Qué va a pasar ahora?

Hice una mueca, miré a los lados y dije:

—Lo único que sé es que no voy a seguir ningún tratamiento, porque no hay solución y no quiero que me envenenen en un hospital. No me va a pasar como a mis padres. Eso lo tengo claro. Voy a continuar con mi vida como hasta ahora y lo que dure, ha durado. Además, prefiero que me envenenes tú con esta mierda de coñac, que esos hijos de puta en el hospital.

Movió levemente la cabeza y dijo:

—Te morirás siendo un cabrón.

Alzamos las copas y bebimos.

CAPÍTULO III

Durante los días siguientes dediqué las mañanas a dar largos paseos. Salía a Bravo Murillo y subía hasta Plaza Castilla, pasaba entre las dos torres que parecían querer caerme encima y seguía hacia el norte por Castellana, para bajar luego hacia el Barrio del Pilar, o bien me dirigía hacia Arturo Soria. Otras veces, caminaba por General Perón y subía por Concha Espina, hacia el Parque de Berlín. En ocasiones bajaba por Bravo Murillo hacia Cuatro Caminos, Quevedo y la calle Fuencarral. Nunca me llevaba menos de dos horas. Casi siempre, tres. Si el día era soleado, prefería salir por Francos Rodríguez hacia la Dehesa de la Villa. Entre semana había poca gente por allí. Algunos deportistas, grupitos de señoras paseando en chándal y hombres mayores jugando a la petanca. A veces me acercaba al Cerro de los Locos, un sitio que cuando éramos pequeños nos llamaba mucho la atención. Allí se juntaba un puñado de deportistas, antes de que se pusieran de moda los gimnasios, y en pantalón corto o en calzoncillos practicaban deporte, sobre todo frontón, utilizando la torre de un viejo transformador. Después se duchaban bajo un caño con agua fría, incluso en invierno. Ahora la torre estaba llena de pintadas y apenas había tres o cuatro personas mayores, todavía fibrosas y curtidas por el sol. Nada que ver con la afluencia de deportistas que había visto en mi infancia. Y pensé que, quizá, el mundo que yo conocía estaba desapareciendo. Y yo con él.

Una de aquellas mañanas, cuando regresaba a casa para comer, me encontré con Alvaro sentado en mi portal. Estaba apurando una colilla, tenía las piernas dobladas como los indios y en el centro había colocado una litrona de cerveza. Parecía un esqueleto envuelto en un abrigo viejo, con un pelo abundante, oscuro y grasiento, salpicado de canas. Lo primero que vio fueron mis zapatillas. Le saludé y levantó despacio la cabeza hasta encontrarse con mis ojos. Unos auriculares le salían del bolsillo y se perdían bajo el pelo que le tapaba las orejas. Cogió la cerveza y estiró el brazo.

—¿¡Quieres!?!—gritó.

La verdad es que tenía sed, pero viendo ese aspecto de no haberse duchado en los últimos meses y aquellas uñas largas y negras como las garras de un cuervo, negué con la cabeza. Murmuró algo que no entendí y echó un largo trago por los dos. Chasqueó la lengua, miró hacia la esquina y empezó a canturrear.

—*Just a small town girl. Livin' in a lonely world. She took the midnight train goin' anywhere*^[2].

¿Te acuerdas de Journey? Joder, me encanta esta canción. La habré escuchado un millón de veces y nunca me cansa. Como cantaba el cabrón de Steve Perry. No tenía rival.

Álvaro seguía escuchando la misma música que escuchaba cuando tenía quince años. Un tipo de gustos firmemente arraigados. Se sacó un auricular de la oreja y me lo ofreció. Volví a negar con un gesto y se lo colocó otra vez.

—Ahora viene la parte esa en la que la guitarra empieza a cabalgar hasta casi tragarse el teclado.

Se puso a hacer un punteo imaginario moviendo la cabeza al compás. Tenía el volumen tan alto que podía escucharlo con claridad.

—Joder, que puta pasada.

Se quitó los auriculares de un tirón y los guardó en el bolsillo del abrigo.

—*Don't Stop Believin'* —murmuró.

—Un temazo, sí —dije yo.

—Me miró a los ojos como si me viera por primera vez, giró de nuevo la cabeza hacia la esquina y soltó:

—Sé que te vas a morir. Lo siento mucho, tío.

Desde luego, no podía decirse que lo suyo fuese la diplomacia.

—Bueno, yo sé que tú también —le dije, y emitió una especie de gruñido a modo de risa. Se le salieron un poco los mocos y se limpió con la mano. Volvió a beber antes de añadir:

—Yo llevo ya muriéndome unos cuantos años, pero no termino de doblar. Igual es que no lo hago bien.

Trató de tragarse las penas, y su nuez, del tamaño de una ciruela, se movió hacia arriba para luego caer por aquel cuello que parecía un tubo. Empezó a bascular el cuerpo y continuó hablando sin mirarme:

—He oído que estás muy enfermo y te queda poco tiempo. Solo quería decirte que lo siento mucho. —Se encogió de hombros—. No sé. Hace mucho que no hablamos, ¿eh? —Me miró y asentí—, pero siempre fuimos buenos amigos, ¿recuerdas?

—Claro. Lo seguimos siendo —dije.

Aunque tenía razón en lo de que no hablábamos. Cuando yo volví al barrio, él ya se había convertido en un pobre borracho al que habían echado de todos los bares y que empleaba todo su tiempo en beber cartones de vino y litronas en cualquier esquina. Paco había seguido permitiéndole la entrada, e invitándole la mayoría de las veces, hasta que había terminado por echarlo también porque, en ocasiones, empezaba a hablar en voz alta y molestaba a los clientes. Aunque casi ya no había clientes en su bar. Supongo que lo que de verdad molestaba era su aspecto y su olor, la razón por la que yo mismo decidí no invitarle a subir conmigo a casa y seguí allí de pie, escuchando lo que tuviera que decir. O, tal vez, lo que más nos molestaba de él era que representaba la versión más cruda del fracaso de nuestras vidas.

—Bueno —volvió a encogerse de hombros antes de continuar, parecía que con ese gesto pretendía demostrar lo poco que podía importarle cualquier cosa que dijese—, solo quería, no sé, eso, decirte que lo siento.

—Ya.

—Lo siento mucho.

Se le escapó una lágrima y clavó la vista en el suelo, intentando que yo no lo viera.

—Ya, bueno, todavía no estoy muerto. Ninguno lo estamos.

Me miró entornando los ojos.

—¿Estás seguro de eso?

Afirmé con la cabeza y añadí:

—Pero te lo agradezco.

Luego, estiré el brazo y comenté:

—Venga ese trago.

Al fin y al cabo, qué importaba que me pegase cualquier cosa. Ya no debía haber espacio para los remilgos.

Agitó la litrona vacía y miró como si fuera un catalejo. Luego la inclinó hacia su boca y le cayeron las últimas gotas.

—Demasiado tarde, chico. Nos hemos quedado sin combustible.

—No jodas.

—Ya lo ves.

—Ahora vuelvo.

Crucé la acera y entré en el chino. Una chica veía en una tele diminuta lo que parecía una telenovela, o algo así, donde una pareja discutía a gritos con gestos exagerados. En chino, claro. Le pedí dos litronas frías y, sin dejar de mirar la tele, señaló una nevera en la entrada del pasillo.

—Tres eulos.

Le solté las monedas y volví con Alvaro. Le ofrecí una.

—Bueno, hazme un sitio, colega. —Me senté a su lado y bebimos en silencio. Su olor era una mezcla de sudor rancio, vino y tabaco. Imaginé que aquel abrigo tenía nicotina como para provocar varios cánceres seguidos.

—¿Cómo estás? —dije al fin.

Sacó del bolsillo un arrugado paquete de cigarrillos que parecía haber sido rescatado de algún charco, y me ofreció. Negué con la cabeza. Encendió uno y le dio unas cuantas caladas antes de responder.

—Voy tirando. Como todos, supongo.

—Ya.

Eché un trago y pregunté:

—¿Te acuerdas de cuando íbamos al Cerro de los Locos en La Dehesa?

—Joder, pues claro. Todavía tengo una memoria cojonuda —y añadió bajando un poco la voz —: ojalá no fuera así.

—He estado allí. Solo había un par viejos.

«Como nosotros», pensé, pero eso no se lo dije.

—¿No serán los mismos de siempre? Esos hijos de puta nos van a sobrevivir. Ahora dirás que teníamos que haber hecho más deporte.

Y recordé que Alvaro siempre había tenido un fino sentido del humor. Un humor que contrastaba con la brusca ametralladora de bromas que manejaba Paco.

—Quizá deberíamos ir allí y ponernos en calzoncillos al frío —continuó—, igual así la palmábamos ya, o nos hacíamos inmortales como ellos y no palmamos nunca.

Sonreí.

—Es posible.

—Claro que ¿para qué cojones iba yo a querer ser inmortal?

—No sé, ¿para seguir tomando litronas?

—Sí, es una idea.

Chocamos las botellas, bebimos y continuó:

—Una vez leí algo sobre ocho chinos inmortales, pero no lo recuerdo bien. Habrá que preguntar a ese de ahí enfrente, a lo mejor es uno de ellos. Total, como son todos iguales. Seguro que alguno es familia. Ya sabes lo que dicen, ¿no? Que no hay registros de chinos muertos. O sea que o se los zampan con el bambú y el cerdo agridulce o es verdad que no palman.

—No sé. No te veo allí.

—¿Allí?

—En el Cerro de los Locos, pasando frío en calzoncillos.

—Bueno, les diría a los de Mahou que me llevaran allí las litronas.

—Eso estaría bien.

Nos quedamos en silencio. Se nos habían acabado las palabras antes que la cerveza. Después, Alvaro apuró su bebida, lanzó un prolongado eructo y se levantó con dificultad, dejando allí el casco.

—Tengo que irme al tajo —bromeó.

—Seguro.

—Es lo que tiene ser pobre, coño.

—¿Has comido?

—Claro. Hace un par de años.

—¿Quieres comer algo?

Se encogió dentro del abrigo.

—Ya sabes, nunca como entre bebidas.

—¿Necesitas algo?

Miró hacia algún lugar al final de la calle y la boca se le curvó en un gesto de tristeza, parecía que iba a echarse a llorar. Negó con la cabeza.

—Yo ya no necesito casi nada, tío. Mi música y algo de priva. Eso es todo.

Saqué la cartera y le tendí un billete de veinte euros. Lo cogió enseguida y se lo guardó sin apenas mirarlo, como si temiese que me fuera a arrepentir. Luego echó un vistazo al suelo y murmuró:

—Luiste mi mejor amigo. De hecho, puede que todavía lo seas —movió la cabeza negando—. La verdad es que no he vuelto a tener otro. Al menos que yo recuerde.

Se colocó los auriculares y empezó a caminar como si cargase encima con algo demasiado pesado para su gastado cuerpo.

—Gracias, Alvaro —dije, pero ya no lo oyó.

Me quedé allí sentado durante unos minutos. Terminé mi cerveza, me levanté y llevé los cascos al contenedor de la esquina.

Entré en el portal y me dio por abrir el buzón, cosa que no hacía muy a menudo. Cogí un montón de propaganda que solté en la encimera de la cocina al entrar en casa. Me quité el abrigo y los zapatos. Eché una meada, me lavé las manos, puse la radio y regresé a la cocina. Abrí la nevera, no había mucho donde elegir. En el congelador tenía unos filetes de atún. Mientras se descongelaban en el microondas me distraje mirando la propaganda. Entre un par de folletos de

supermercado encontré un sobre del hospital, lo rompí por la mitad y lo tiré a la basura. Me senté a comer. En la radio discutían sobre independencias, corrupciones y cambio climático. Moví el dial hasta que di con Dylan.

*May God bless and keep you always,
May your wishes all come true,
May you always do for others
And let others do for you^[3]*

El atún seguía congelado por dentro. Lo pinché varias veces con el tenedor y me dio igual porque había perdido el apetito, yo mismo sentía esos trozos de hielo en el estómago y unas absurdas ganas de llorar.

*May you build a ladder to the stars
And climb on every rung,
May you stay forever young,
Forever young, forever young,
May you stay forever young^[4].*

Bajé el volumen de la radio, me tumbé en el sofá tapándome los ojos con el antebrazo y me quedé dormido.

CAPÍTULO IV

Desperté a eso de las siete. Me pareció que la casa entera olía a pescado. Abrí un poco, recogí la cocina, encendí una barrita de incienso y me di una ducha. Después me vestí y decidí que iría al bar de Paco, tenía hambre y mis tripas empezaban a protestar. Entonces, al bajar las escaleras, me encontré con ella.

—Hola, Pablo.

—Hola, Eva.

Mi estómago estaba boca abajo. De pronto, la puerta de mi casa empezaba a ser un lugar lleno de sorpresas.

—¿Qué haces aquí? —acerté a preguntar.

Llevaba el pelo recogido en una coleta, se le soltó un mechón y lo colocó distraídamente detrás de la oreja. Fue suficiente. Noté que se me aflojaban las piernas y me empezaba a sudar la espalda.

—Quería verte —comentó mirándome a los ojos.

Dudé si abrazarla o sentarme en un escalón para no derrumbarme. Bajó la mirada al suelo, antes de continuar. Lo agradecí.

—Estuve en el bar de Paco esta mañana y me lo contó —tragó saliva y añadió—: No le culpes, se le veía en la cara. Ya sabes que te tiene un gran aprecio.

Asentí en silencio.

—He vuelto esta tarde allí y, como no venías, o me emborrachaba o venía a buscarte. Ya ves —se encogió de hombros y me produjo una rara sensación de ternura—, al final han sido un poco las dos cosas.

No supe qué decir.

—Pablo, yo...

De repente se encogió como si fuera a caerse y empezó a llorar. Di un par de pasos y, tras dudarle un segundo, la abracé. Aquel cuerpo delgado todavía me resultaba familiar, después de tanto tiempo. Podía oler las rosas en su pelo dorado y recordar cuando esos abrazos eran tan habituales que no les daba importancia.

No sé el tiempo que pasó, puede que fuera solo un minuto, pero valía por toda una vida. Levantó la cabeza y nos miramos. Se limpió los ojos, que ahora eran de un azul triste y pálido,

como un mar enfermo. Se separó un poco y se esfumó la magia.

—Lo siento mucho, no debería...

—No importa —balbuceé.

Sacó un pañuelo de papel y se limpió la nariz y alguna lágrima que todavía recorría su rostro.

—Dicen que los años nos vuelven más llorones, ¿no?

No supe qué contestarle. Y pensé en lo mucho que ella ya había llorado.

—Tienes buen aspecto —añadió.

—¿En serio? —Por fin reaccioné e instintivamente me estiré y metí un poco la tripa—. ¿No me vayas a decir ahora que te sigo pareciendo a Sean Penn? —bromeé.

Negó un par de veces y dibujó una sonrisa triste.

—Ya quisiera él...

—Tú sigues siendo un poco más guapa que Robín Wright.

—Tú sigues mintiendo fatal.

Sonreímos.

—Lo digo en serio.

—Al final tampoco acabaron juntos —dijo con un hilo de voz cubierto de melancolía.

Me miré los zapatos buscando cómo levantar aquella conversación.

—Bueno, ¿tú cómo estás? —pregunté.

—Ya lo ves —encogió otra vez los hombros—. Voy tirando.

—Ya.

Recordé que nunca le había dicho lo mucho que sentía lo que le pasó a su hija. Lo terrible que debía de haber sido para ella. Pero siempre creí que era mejor no hacerle revivir todo aquello, como si ella no lo tuviera presente cada día. Sin embargo, esta vez tampoco dije nada. Y allí estaba ella, preocupándose por mí.

Pasaron unos segundos incómodos y al fin me lancé.

—Pensaba ir donde Paco a tomar un bocadillo o algo, ¿Te apetece venir? —Y me sentí como un idiota nada más decirlo. Menudo planazo. Ni que fuera uno de esos garitos con estrellas Michelin. Tantos años esperando algo así y solo se me ocurría invitarla al bar de la esquina, puede que uno de los sitios más cutres de la ciudad.

Miró hacia un lado, volvió a colocarse detrás de la oreja aquel mechón de pelo rebelde y yo reprimí las ganas de volver a abrazarla.

—Verás, hoy tengo que acabar un trabajo.

—¿Ahora?

Se encogió de hombros como si se disculpase.

—Hago diseño gráfico para una empresa de publicidad. Ya sabes, teletrabajo. Empecé hace año y medio. La psiquiatra insistió en que me haría bien. Al final, le dedico bastante más tiempo del que pensaba. Pero, no sé, me gustaría mucho que quedáramos. ¿Qué te parece si vienes mañana por casa? Te puedo preparar un bocadillo como los de Paco —bromeó.

Sentí que me mareaba un poco. Ahora podía ser el hambre, la enfermedad o su presencia allí, tan cerca de mí.

—Me gustaría mucho —dije sin pensar.

Se metió las manos en los bolsillos del chaquetón, alzó las finas cejas y pensé que lo que fuera que hubiese entre nosotros, de algún modo, seguía ahí. Podía sentirlo. Era evidente que no había

conseguido olvidarme de esa mujer y que nunca lo haría. Aunque tuviera otra vida para intentarlo. Y no era el caso.

—¿Te parece sobre las ocho?

—Claro. Allí estaré.

Dio un paso rápido y me besó en la mejilla.

—Genial, mañana nos vemos.

—Hasta mañana —respondí.

Salí por la puerta y me quedé parado, viendo cómo se alejaba. Siempre me gustó su manera de moverse. Después empecé a caminar comprobando que, al menos, las piernas seguían obediéndome. Otra cosa era mi estúpido corazón, pero ese siempre había ido por su cuenta.

Crucé la calle y entré en el bar. Un par de viejos jugaban al dominó en una de las mesas, golpeando fuerte cada vez que ponían una ficha. Paco estaba en la cocina.

—¡Cerrado! —dijo uno con un palillo en la boca y un cigarrillo en la oreja.

—Cabronazo —respondió el otro, mientras se ponía en pie tirándose de los pantalones hasta colocarlos por encima de la barriga.

—¡Paco, apúntale a este pardillo los vinos!

—Vale —respondió desde la cocina—, marchaos por la sombra.

—Hasta mañana —dijo el que había ganado. Al otro le pasaba como a mí en el portal, tenía poco que decir o no acertaba con las palabras.

Me senté, como siempre, en el taburete del fondo, en el recodo de la barra.

—¿Hay alguien en casa?

—¿Qué pasa, figura? ¿Cómo va ese cuerpo? —preguntó en un tono que, supongo, pretendía restar solemnidad al asunto, mientras salía de la cocina y me servía una cerveza.

—Arrastrándose.

Abrió la boca un par de segundos, antes de añadir:

—No será para tanto...

—No he comido. ¿Tienes tortilla?

—Buena manera de cuidarte. La mejor del mundo, ya lo sabes.

—¿Ahora eres mi madre o mi abuela?

—Tu abuela, supongo.

—Y eso de que es la mejor del mundo, no me jodas, Paco, que nos conocemos.

—Vete a la mierda.

Movió un poco la tortilla en el plato y añadió:

—Bueno, está hecha de esta mañana, pero igual se ha quedado un pelín seca. Te puedo poner mayonesa, si te apetece.

Puse cara de sorprendido.

—Antes no te andabas con tanto remilgo para largarme algo. Voy a tener que morirme varias veces para que me des cosas buenas.

—Una hostia es lo que te daba. —Y se puso a cortar pan—. ¿Quieres que la caliente un poco?

—No hace falta. Pon mayonesa y ya está.

Me sirvió un bocadillo gigante que devoré en silencio, mientras él, al otro lado de la barra, se

peleaba con un crucigrama. Me fijé en que de vez en cuando miraba las soluciones en la parte de atrás.

—A ver si me vas a hacer ahora engordar y luego no voy a entrar en la caja —solté.

Se acercó.

—Tú eres tonto, chaval —comentó mientras ponía otra cerveza—. Lo que tienes que hacer es cuidarte. ¿Sabes la cantidad de gente a la que le han dicho que iba a diñar en dos días y luego ha durado veinte años?

—¿Cuántos?

—¿Cuántos qué?

—¿Que a cuántos les ha pasado eso que dices?

Abrió la boca y se encogió de hombros.

—Joder, yo que sé a cuántos, pues a un puñado.

—Bueno, con estos bocatas igual me convierto en uno de ellos. O en uno de esos chinos inmortales.

Me miró sin entender lo que decía.

—Nada, cosas de Alvaro, me lo he encontrado esta mañana.

—Buah. Ese sí que está mal. Peor que tú. Lo que pasa es que él no tiene remedio porque no le sale de los cojones, simplemente.

Puso un cedé en su destartalado equipo y regresó al crucigrama.

Sonaba un viejo *blues*: *Third Degree*. Clapton se quejaba de su mala suerte y yo me dejaba acunar por su voz y su guitarra, más lenta que nunca.

Bad luck,

Bad luck is killing me^[5].

Y pensé que, aunque era evidente que a mis amigos y a mí siempre nos había acompañado la mala suerte, al menos conservábamos el buen gusto musical. Puede que fuera lo único que no habíamos perdido. Alcé mi vaso y brindé por ello. Paco me miró de reojo y debió pensar que ya estaba perdiendo la cabeza.

También recordé que Clapton había perdido a su hijo, como Eva. Un dolor insoportable. Aunque supuse que era mucho más terrible un crimen atroz que un accidente. Pese a que las consecuencias, en ambos casos, fuesen devastadoras. La muerte siempre lo era y ahora a mí también me buscaba.

Terminó la canción y me levanté.

—Cóbrame, anda. —Y puse un billete de veinte euros sobre la barra.

—¿Te vas ya?

—Sí, estoy cansado.

—Tu dinero no sirve en este bar, chaval —soltó mientras con un dedo empujaba el billete hacia mí.

—¿Qué?

—Que no voy a cobrarte una mierda.

—Venga, no seas chorra. Yo ya no necesito la pasta y tú, sí. Y quédate con el cambio. —Volví

a acercarle el billete—. Alguna cosa buena tenía que tener esto. Esta mañana caí en la cuenta de que tampoco tendría que ir más a la oficina de empleo. O sea, que no está tan mal morirse.

Me miró y meneó la cabeza.

—Estás como una puta cabra. ¿Quieres un cafelito?

Negué con un gesto y dije:

—He visto a Eva. Ha ido a casa.

—¿En serio?

—No disimules, cabrón. Ya sé que le has contado todo.

Paco se puso un poco nervioso, limpió varias veces la barra con una bayeta y tartamudeó.

—Lo siento, me lo sacó. Pero ¿qué quieres? ¿Tenerlo en secreto?

Y me pareció que le temblaba el bigote al hablar, nunca me había fijado.

—No importa. Hemos quedado mañana.

Pensé que le alegraría oírlo, pero puso una cara rara y pregunté.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Venga, suéltalo.

—No es asunto mío. Tú verás lo que haces. Pero está claro que ya llevaba mucho tiempo buscándote.

—Bueno, pues ya es hora de que me encuentre, ¿no? Al fin y al cabo, este es un barrio pequeño. —Le di un golpe en el hombro y me levanté—. Hasta mañana, Paquito. No mires las soluciones del crucigrama, que te he visto.

Y cuando estaba saliendo le oí decir:

—Esa tía trae mala suerte, Pablo. Yo solo te digo eso. Ten cuidado.

Me di la vuelta y me acerqué un poco. Su comentario no me había gustado.

—¿A qué viene eso, tío?

Arqueó la boca hacia abajo.

—No sé. No me gusta. Eso es todo.

—No decías lo mismo cuando salía conmigo y tú siempre ibas babeando detrás.

—¿De qué coño hablas? —Me miró entornando los ojos y me arrepentí inmediatamente de haberlo soltado. Había pasado mucho tiempo, no tenía por qué sacarlo ahora. Aquello era un golpe muy bajo.

—Además, yo ya tengo encima toda la mala suerte. *Bad luck is killing me* —murmuré mientras me daba la vuelta.

Y al llegar a la puerta volví a decir.

—Hasta mañana. —Pero, esta vez, tampoco respondió.

CAPÍTULO V

—¿Quién es esa tía con la que hablabas? —le soltó Paco a Alvaro en cuanto llegó a nuestro lado.

Alvaro le atizó en el hombro.

—Te gusta, ¿eh, cabrón?

Paco le empujó en el pecho desplazándole un par de pasos.

—Nos ha jodido, ¿a ti no o qué? Está que te cagas —dijo mientras se rascaba los huevos.

—Ya te digo —añadí yo.

Estábamos en la puerta del instituto al que íbamos Alvaro y yo, a veinte minutos andando desde el barrio. Habíamos empezado tercero y nos habían separado de clase por primera vez. Paco había dejado los estudios hacía ya dos años para ayudar a su padre en el bar, pero siempre que tenía un rato, nos esperaba a la salida de clase, o éramos nosotros los que íbamos al bar a buscarlo. Los fines de semana se unía más gente al grupo, pero nosotros tres éramos los inseparables.

Alvaro sacó del bolsillo de la cazadora un arrugado paquete de tabaco y nos ofreció. Todos estiramos un poco los cigarros antes de encenderlos, parecía que los había recogido del suelo después de aplastarlos de un pisotón. Dimos unas caladas y Alvaro lanzó tres aros de humo, antes de continuar:

—Se llama Eva, es del barrio.

—Ya decía yo que me sonaba —comentó Paco entornando los ojos—. Es raro que a mí se me escape un pibón así, sin haberla fichado. Yo enseguida les saco una foto mental de la cara y el culo.

—Pues yo no la había visto nunca, me acordaría —dije yo—. Está buenísima. Preséntanosla, tío.

Alvaro se giró. La chica seguía en el patio, charlando con un grupo de seis o siete chicas y chicos. Escupió junto a la puntera de sus botas, se frotó la barbilla y, sin siquiera mirarnos, comentó:

—Sí, para que me la espantéis.

—Venga, no seas cabrón, que viene —advertí.

—Preséntanosla, mamón, o te abro la cabeza —soltó Paco.

—Dile que si se viene el sábado al Tequila —añadí rápidamente.

—Sí, hombre...

La teníamos casi a nuestro lado. Venía con una chica morena, más bajita y con el pelo rizado.

—Adiós —dijeron ellas.

—Chao —contestó Alvaro. Yo le solté un codazo.

—Eh, chicas, esperad un momento —las dos se volvieron—, le estábamos comentando a Alvaro que

si os apetecería veniros el sábado al Tequila. Es un garito muy chulo que hay en Argüelles. Bueno, perdón, yo soy Paco y este es Pablo.

Nos dimos los besos de rigor y la que iba con Eva, Lidia, dijo que a mí me conocían de vista.

—Podíais veniros —comenté mirando a Eva—, estaría genial, la verdad.

Ella se dio cuenta de cómo la miraba y disimuló.

—Vale, a lo mejor vamos —respondió Lidia dando con el hombro a Eva.

—Sí, puede que vayamos —dijo ella.

—Bueno, pues el viernes, al salir de clase, lo hablamos y concretamos la hora.

—Genial.

—Adiós.

—Chao.

Nos quedamos solos bromeando sobre el tema y haciéndonos los machitos, pero yo sentí que aquellos ojos azules me habían traspasado el pecho. Todavía lo recuerdo como un instante capaz de marcar toda una vida.

La semana se hizo eterna. Nada importaba: familia, amigos, deberes. Solo la llegada del sábado por la tarde.

Quedamos, como siempre, en el bar de Paco y nos llevamos la sorpresa de que su padre no le dejaba salir. Había partido del Madrid y tendrían mucho trabajo en el bar. Lo sentí por él, aunque pensé que tendría un rival menos, si bien era cierto que Paco era el que menos me preocupaba, era el gordo del grupo, ¿para qué engañarnos?, un chaval alegre y lanzado, sí, pero no el que se ligaba a las tías más buenas. Temía más por Alvaro que, aunque nos reíamos de él por tirillas, tenía suficiente labia y encanto como para engatusar a cualquier chica. Era simpático y ocurrente, lo sabía y lo aprovechaba. ¿Y yo? Bueno, yo era el más normal, con todo lo bueno y lo malo que eso pudiera significar. Puede que, incluso, fuera el más atractivo de los tres, pero no era ni tan lanzado como Paco, ni tan simpático y ocurrente como Alvaro. Quizá solo fuese un chico de barrio que intentaba mostrarse duro para ocultar todos sus miedos. El caso es que no había podido quitarme a Eva de la cabeza ni un solo minuto en toda la semana.

Nos encontramos en la puerta del metro y enseguida se formaron dos parejas, pero no las que yo hubiese querido. Alvaro acaparó a Eva comentando temas de apuntes y profesores, y a mí no me quedó más remedio que charlar con Lidia de cosas que no me importaban en absoluto; ella coqueteaba un poco, mientras yo fingía interés y con una oreja trataba de escuchar lo que los otros decían. Y cada vez que les oía reírse con alguna de las ocurrencias de Alvaro, notaba que mi humor empeoraba. Ni siquiera al salir del metro conseguí cambiar la situación y captar la atención de Eva más que un par de segundos. Enseguida sentí que mis posibilidades se iban desvaneciendo con aquel atardecer de otoño.

En el bar nos juntamos con gente del barrio y terminamos siendo un grupo bastante numeroso, puede que dieciocho o veinte en total. Nos sentamos en un rincón donde había varias mesas. Bebíamos combinados absurdos que no he vuelto a tomar, cosas como: 43 con cocacola, ron con chocolate, Cointreau con pina y vodka con naranja. Y corríamos a la pista cada vez que ponían una canción que nos gustaba. Era un escenario que habitualmente disfrutaba mucho, pero no aquella tarde.

En un momento dado nos quedamos Eva, Lidia y yo en los asientos, cuando empezó a sonar Love is in the air, una canción que invitaba a cantar y bailar. Lidia pegó un gritito y levantó los brazos. Se puso

en pie y tiró de Eva.

—*¡Me encanta esta canción, vamos!*

—*Paso, estoy agotada, estos zapatos me están destrozando los pies.*

Lidia insistió un par de veces, cantó el estribillo con ganas, abriendo los brazos como si alguien llegase a su encuentro para luego tocarse el corazón con las dos manos, mientras cerraba los ojos. Después se encogió de hombros y se alejó bailando. Nos reímos y, como no sabía que decir, comenté.

—*Hace calor aquí.*

Ella se abuecó el pelo por detrás para airearse un poco. Nunca un cuello me había parecido tan sexy.

—*Sí, mucho.*

—*Estoy seco. ¿Quieres tomar algo? Te invito.*

Dudó un momento.

—*Bueno, otro de estos —dijo señalando su vaso a medio terminar.*

—*Vodka con naranja, ¿verdad?*

—*Sí, pero flojito —comentó antes de beber un poco, sin dejar de mirarme.*

Pensé que me acompañaría, pero no lo hizo. Me encaminé a la barra, deseando que me sirvieran pronto para volver con ella, con la esperanza de que no hubiese regresado nadie más para estropearme el momento. Mientras el camarero preparaba las bebidas, yo la miraba de reojo. Nunca había visto a una chica tan bonita y nunca había sentido esa sensación que me oprimía el pecho.

Volví y respiré aliviado al verla sola en nuestro sitio. Me senté a su lado.

—*Toma. —Le ofrecí su vaso.*

—*Gracias. —Sonrió.*

Los dos bebimos mirando hacia la pista y llevando el compás de la música con movimientos de cabeza.

Entonces me dije «ahora o nunca». Eché un largo trago y solté.

—*Joder, esto se sube rápido.*

—*Sí, yo no debería beber más. Estoy un poco mareada —comentó dejando la copa en la mesa.*

—Eva, me gustas mucho —me sonó un poco estúpido, pero ya que había empezado debía llegar hasta el final. Si la cagaba, la cagaba bien.

Sonrió, pero no dijo nada.

—*Si intentase darte un beso, ¿pensarías que me estoy aprovechando porque has bebido?*

Me miró pasándose la lengua por los labios y sentí una punzada en el estómago.

—*¿Cómo voy a saber lo que voy a pensar mañana?*

No supe qué responder, ni cómo reaccionar. ¿Aquello era un sí? ¿Un no? ¿Me lanzaba a besarla o me escondía debajo del asiento?

Entonces añadió:

—*Claro que, si no lo intentas, tú tampoco lo sabrás.*

La abracé y nos besamos. Fue un beso cálido y dulce que hizo que me diese vueltas la cabeza. Me había besado ya con algunas chicas, pero nunca había sentido nada igual. Ni remotamente parecido. Estaba flotando. Alguien nos echó una chaqueta por encima, pero no dejamos de besarnos, y aquello lo hizo todavía más especial. Me hubiese quedado allí para siempre. Y fue cuando pensé, por primera vez, que nada podría separarme nunca de ella.

CAPÍTULO VI

Aquel jueves me desperté temprano. Apenas había pegado ojo en toda la noche. El encuentro con Eva me había alterado y me resultaba imposible dejar de darle vueltas. No hay nada más difícil que dejar la mente en blanco en una noche de insomnio, sobre todo si hay algo que de verdad te inquieta. Así que me pasé prácticamente toda la noche pensando en ella. Pensando en la época en la que estuvimos juntos. Las tardes de invierno sentados en el parque, cuando no había un sitio donde ir. Las películas, los bares, los amigos de entonces. El primer viaje a la playa en aquel coche de segunda mano y la pensión cochambrosa donde fuimos tan felices durante aquella semana inolvidable. Nuestras caminatas por la sierra, las primeras salidas al extranjero: París, Londres y Roma. Los planes de boda y aquella maldita tarde de invierno en mitad de la calle, cuando me dijo que lo sentía mucho, que había conocido a alguien y que entre nosotros todo había terminado. Menos mal que se ahorró todo eso de que nunca me olvidaría y que ojalá pudiéramos seguir siendo amigos o que esperaba, de verdad, que encontrase a alguien que pudiera hacerme feliz. Ese tipo de mierdas que se dicen cuando se abandona a alguien. Tampoco le di opción. Lo nuestro no fue tan amigable. Recordaba perfectamente la rabia que sentí y el profundo dolor que tanto tardé en sacarme de dentro. O quizá nunca lo hice.

Cuando Eva salió de mi vida fue como perder todos los días de sol. Nunca volví a sentirme como me sentía con ella, y, aunque traté de tapar su ausencia de mil maneras diferentes, aquello no funcionó. Daba igual que me enrollase con otras tías cuyos nombres y caras no tardaba mucho en olvidar, que bebiese como un cerdo, que viajase a cualquier sitio, que viese películas sin descanso, leyese o durmiese durante años atiborrado de pastillas. Aquella oscuridad, la angustia y el vacío continuaron siempre en mi interior. Justamente eso era en lo que me había convertido, en alguien distinto al que había sido, en una persona diferente, un tipo amargado que arrastraba un pasado que nunca podría olvidar.

De pronto me di cuenta de que me daba miedo quedar con ella. Temía lo que podía sucederme. Era gracioso. No parecía temer a la muerte y, sin embargo, me asustaba lo que ella pudiera hacerme por dentro. Algo peor que aquel maldito tumor al que me negaba a escuchar y que, probablemente, ya me estaba envenenando el cerebro. Y resultaba más irónico aún porque, hasta hacía unas horas, aquello era para mí agua pasada. O eso quería creer. Me había esforzado en despreciarla para bajarle así del pedestal en el que la tenía, y aunque aquello no me sirvió para

olvidar, al menos sí me permitió seguir caminando. El vacío se hizo un poco más pequeño y el peso algo más liviano. Sin embargo, toda aquella fachada construida con tanto esfuerzo amenazaba ahora con derrumbarse como un edificio viejo.

La mañana gris mostraba la cara más fea del otoño. Me dolía la cabeza. Todo contribuía a empeorar mi humor. Desayuné un bol de cereales, me puse un chándal y me dirigí a la Dehesa de la Villa buscando un aire menos viciado. Bajé por la antigua carretera y pude escuchar la voz de mi padre tratando de asustarme: «Eh, agárrate fuerte que la siguiente es la curva de la muerte». Yo le obedecía y cerraba los ojos. Ahora estaba cerrada al tráfico y no parecía tan peligrosa. Giré a la izquierda, hacia la pista de tierra, donde me adelantaron varios tipos corriendo. Llegué al final, di media vuelta y subí al Cerro de los Locos. Había dos tipos de unos sesenta y tantos años machacándose al frontón sin protección alguna en las manos. Uno tenía el pelo blanco, una camiseta gris manchada de sudor, las piernas robustas y la barriga un poco abultada. Estaba congestionado por el esfuerzo y maldecía con cada punto perdido. El otro era calvo, estaba disfrutando, llevaba el torso desnudo y su cuerpo era el de cualquier atleta con treinta años menos. Los dos tenían la piel tan tostada que parecían recién llegados de Benidorm. Me senté un rato a verlos. La partida duró hasta que el del pelo blanco rodó por el suelo tratando de alcanzar una bola. Se quedó tendido boca arriba con las piernas y los brazos estirados. Me recordó a El Coyote de El Correcaminos cayendo contra el suelo y dibujando un agujero con su silueta. El calvo se puso una camiseta y le ayudó a levantarse.

—Venga arriba, chaval.

—Joder, estoy mayor ya para esto.

Recogieron las mochilas que habían dejado junto a la torre y empezaron a alejarse: el del pelo blanco, cabizbajo, y el calvo, palmeándole la espalda con condescendencia.

—El Leandro es un hijoputa.

Me sobresalté.

Un tipo con cara de cuervo se había sentado a mi lado. Iba envuelto en una gabardina negra. Tenía una nariz en forma de gancho que casi se le juntaba con una boca inclinada hacia abajo por los lados. Le apestaba el aliento y me aparté un poco. Apuntó dos veces con la cabeza e insistió:

—El Leandro, digo, que menudo hijoputa.

Miré a los tipos del frontón, cada vez más lejos.

—No sé quién es El Leandro.

—Pues el calvo, coño, ¿quién va a ser?

Asentí con un gesto, mientras seguía hablando.

—Siempre hace lo mismo, los machaca a todos. Sabe que es bueno y abusa.

El cuervo tenía una voz ridícula que sonaba como una flauta desafinada.

—Y encima se cree que todo esto es suyo —continuó—. Es uno de los que tiene llave del cuartillo. —Y señaló la puerta metálica que había en la torre—. Ahí guarda lo que le sale de los cojones.

Yo no tenía nada que decir, así que el cuervo chasqueó la lengua y retomó el hilo.

—Dicen que fue policía, que yo no sé si es verdad, pero, desde luego, mala hostia tiene el

cabrón para aburrir. Y algunos dicen que cuidadito con él, que se le va la mano y lo que no es la mano. Ya me entiende...

—En realidad, no —dije.

—Joder, pues que tira de navaja o lo que sea. Que yo creo que a alguno ya lo ha rajado. Hay que andarse con ojo. Claro que yo también voy preparado, a mí no me cogen de pardillo.

—Bueno, ya si eso, me cuentas otro día. —Y empecé a levantarme.

—Espera, hombre, ¿qué prisa tienes? ¿No tendrás un cigarrito por ahí?

—No fumo.

Me agarró por el antebrazo.

—¿Quieres que te la chupe? —preguntó lanzándome una ojeada a la entrepierna—. Diez euros.

Le miré sorprendido y me solté de un tirón.

—Otro día, si eso...

Estiró la mano.

—Pues dame algo para un café y te hago una paja.

—Venga, no jodas.

Me di la vuelta y eché a andar. Entonces el tipo alzó su desagradable voz.

—¡Anda, maricona, vete de aquí! ¡Que te la chupe tu puta madre!

—Que te den por culo, payaso —respondí sin volverme.

—A mí solo me da por culo quien yo quiero y no tú, maricona, que eres una maricona de mierda.

Entonces sentí un golpe en la nuca. Me protegí con la mano y me agaché. Tarde un momento en darme cuenta de que me había alcanzado con una piedra. Miré la mano, tenía un poco de sangre. Me incorporé y corrí hacia él. No debía esperárselo porque se quedó inmóvil junto al banco. Lo agarré del cuello con fuerza y le obligué a sentarse mientras me disponía a asestarle un puñetazo en la cara. El tipo abrió mucho los ojos y curvaba aún más la boca hacia abajo. Le solté.

—Hijo de puta, debería machacarte. —Y le di un cachete en un lado de la cabeza.

Me froté la nuca, retrocedí unos pasos, y el cuervo se levantó y sacó una navaja.

—Venga, valiente, a ver si me machacas, que te rajo esa cara de perra, cabrón. Venga, ¿ahora qué?

—Guarda eso, tío —acerté a decir mientras retrocedía un poco más.

—Agárrame del cuello ahora si tienes cojones, que te saco las tripas, que yo ya no tengo nada que perder.

Me di la vuelta, apreté el paso y me alejé mirando hacia atrás por el rabillo del ojo, mientras seguía la lluvia de insultos.

De camino a casa empecé a sentirme mal, pensé que había sido un cobarde, como siempre, y que lo que ese tipo merecía es que le hubiese dado, al menos, dos buenas hostias. Pero ese era yo. El hombre sensato que prefería siempre alejarse de los problemas. Me sentía humillado.

—Cobarde de mierda —murmuré.

Y entonces aparecieron preguntas que nunca me había hecho ¿De qué tenía miedo? Alvaro me había preguntado si de verdad estaba seguro de que no estábamos ya muertos. Yo mismo le había dicho a Paco que toda la mala suerte ya me había caído encima. Fingía que el cáncer no me

estaba reventando la cabeza, como había pretendido ese pobre diablo tirándome una piedra. Y hasta ese tipo me había amenazado diciendo que él ya no tenía nada que perder. No, joder, el que no tenía nada que perder era yo. ¿O acaso era por Eva?

CAPÍTULO VII

Al llegar al barrio me esforcé por olvidar lo que había pasado y tratar de mejorar el día. Entré en una tienda de comida para llevar y compré pollo, macarrones, paella, croquetas y ensaladilla rusa. Esperaba poder llegar a comerme todo eso. También compré una caja de bombones que me entregaron envuelta y con un lacito. Subí a casa, me bebí una lata de cerveza y calenté la paella. Guardé la compra en el frigorífico, me serví un vaso de vino y comí viendo una aburrida tertulia política. En las noticias empezaron hablando de una chica de quince años que había sido violada por cuatro tíos después de emborracharla. No pude evitar pensar en Sara, la hija de Eva. El mundo apestaba. Apagué la tele. Me tumbé en el sofá y leí durante un rato una novela de Edward Bunker sobre atracos, y fantaseé con tener los cojones que tenía el protagonista. Todo eso hasta que me venció el sueño.

La siesta duró un par de horas. Hice pereza otro largo rato, luego me duché, me afeité, elegí una camisa azul de rayas, me puse una cazadora y, con la caja de bombones en la mano, salí en busca de Eva, como había hecho tantas veces en el pasado. Di un par de vueltas por el barrio porque no quería presentarme antes de la hora. Llegar al portal de la que había sido su casa durante todo el tiempo que estuvimos juntos me causó cierta inquietud, y regresaron algunas imágenes de largos besos de despedida y algún polvo adolescente en aquel mismo lugar, rápido, temeroso, dulce e incontrolable. Arreglándonos la ropa apresuradamente si llegaba alguien, se abría alguna puerta, se oía algún ruido o se encendía la luz en la escalera.

Pulsé el telefonillo del Segundo B, lo habría encontrado con los ojos cerrados, y esperé unos segundos eternos, como lo fueron mis años perdidos. Los años sin Eva.

¿Sí?

—Hola, soy Pablo.

—Hola. Sube.

Empujé la puerta y las piernas se me aflojaron. Subí los dos pisos tratando de no apresurarme. Llamé con los nudillos y por fin apareció. Nos dimos dos besos y se alejó por el pasillo.

—Adelante. Enseguida salgo. Ya sabes dónde está todo. Esto no ha cambiado mucho.

Era una casa pequeña, unos cuarenta metros. Dos habitaciones, salón, cocina y baño. Parecía

haber sido pintada no hacía mucho y había pocos muebles, pero actuales. Nada de la época de sus padres, que yo recordase. Más bien, del tipo de muebles que uno podía encontrar en la casa de cualquier pareja con trabajo estable. Esos muebles que uno carga en el coche y se trae desde un almacén de las afueras, para luego pasarse el domingo entero peleándose con una llave Allen y un montón de tornillos, hasta conseguir montarlos. En una estantería del salón había tres fotos: una de Eva adolescente soplando las velas de una tarta; otra abrazada a su hija, Sara, cuanto la niña tendría unos diez años, y otra de Sara más mayor, con el pelo liso y castaño, como el de Eva. Tenía el rostro más afilado, llevaba los ojos pintados y se parecía mucho a su madre, a aquella niña que tanto amé. Que, quizá, todavía amaba.

—¿Te apetece una cerveza? —preguntó a mi espalda.

—Sí, vale.

—¿Me das la cazadora y eso que traes o prefieres tenerlo en la mano?

Sonreí como un bobo al mirar la caja de bombones, perfectamente envuelta y con un lacito rosa.

—Sí, claro. Toma, son unos bombones de postre, por si te apetecen —le entregué también mi cazadora.

—Te la dejo en la habitación. ¿Tienes que coger el móvil o algo?

—Ya no uso móvil.

—Lo suponía. Te estuve llamando.

Me encogí de hombros como un crío al que le pillan en una pequeña falta.

—Se me rompió —añadí, aunque sabía que no era necesario y, además, sonó muy poco convincente.

Continué un minuto más allí, de pie. Sonaba música de *jazz*. No sabría identificar lo que era, pero me gustaba, me parecía Nueva York, aunque nunca había estado allí. Me puse a curiosear en la estantería de libros y cedés.

—¿Te gusta el *jazz*? —pregunté alzando un poco la voz.

—¿Qué dices? —respondió asomando la cabeza desde la cocina.

—¿Qué si te gusta el *jazz*? —Y señalé hacia los altavoces.

—No especialmente. Bueno, algunas cosas sí, pero no entiendo mucho. Casi todo lo que me gusta es música antigua, la verdad.

—Como a mí —comenté, pero no sé si lo oyó.

Apareció, toqueteó un par de botones del equipo de música, y enseguida reconocí la percusión y los primeros acordes de aquella vieja canción de Chris Rea. Estaba incluida en un disco que me regaló hacía más de mil años, todavía lo conservaba, nos gustaba mucho a los dos y más de una vez la habíamos bailado muy juntos.

Regresó a la cocina, dejándome allí para cargar solo con el montón de recuerdos que traía esa música.

*The pains of seventeen's
Unreal they're only dreams
Save your cryin' for the day
Fool if you think it's over*

*'Cose you said goodbye
Fool if you think it's over
I'll tell you why*^[6].

—¿Te suena? —preguntó elevando el tono de voz.
—Joder, claro —murmuré.
Me puse a canturrear.
—Buenos recuerdos —añadí. Pero esto ya no lo oyó.

*Fool if you think it's over
It's just begun*^[7].

Deseaba que todo aquello se cumpliera, palabra por palabra. Me acerqué a la cocina. Estaba inclinada, se había puesto una manopla y estaba metiendo una bandeja en el horno. La observé mientras ajustaba los botones. Llevaba un delantal encima de un vestido gris claro con flores, unas sandalias y el pelo recogido en una coleta. Me miró. Estaba preciosa.

—Bueno, coge un par de cervezas.

—Pensaba en sacarte a bailar.

Sonríó y empecé a deshacerme.

Abrí el frigorífico y saqué dos tercios de Mahou.

—En ese cajón hay un abridor. He preparado una receta de pescado que he visto en Internet. Espero que te guste. No soy una gran cocinera, te lo advierto.

—Seguro que me gusta —le tendí una botella, las chocamos y nos deseamos salud. Entonces ella se quedó un poco parada y de inmediato supe por qué.

—No pasa nada. De momento tengo buena salud. Yo mismo me río de ello. Supongo que es lo mejor que puedo hacer. —Y sentí rabia porque sabía que aquel instante mágico había desaparecido.

Negó con la cabeza y se encogió de hombros antes de preguntar.

—Bueno, ¿cómo estás?

—La verdad es que bien. Pero preferiría no hablar de eso hoy. Todavía me rige el coco y prefiero llevar el control mientras sea posible.

Quizá era como el niño de la peli *Sexto sentido*, que cerraba los ojos para no ver la muerte.

Ella insistió.

—¿Están seguros de que no hay solución?

Negué con la cabeza.

—Eso parece.

—Y no has pensado, no sé, pedir que te hagan más pruebas.

—Eso me dijo Paco, que por qué no iba a otro hospital a ver. Pero sigo con el seguro que nos vendiste hace un montón de años, ¿te acuerdas?

Asintió.

—Supongo que nunca me di de baja porque lo relacionaba contigo. No querrás mandarme ahora a otros matasanos.

—La verdad es que son muy buenos. Pero, no sé, quizá haya algún tratamiento...

Eché un trago antes de responder.

—No voy a seguir ningún tratamiento. Eso lo tengo claro. Si no hay solución, no quiero que me destrocen poco a poco. Ya lo vi con mi madre. No voy a permitirlo. Si llega el caso, sabré qué hacer. Pero te he dicho que no quiero hablar de eso.

Mi tono había cambiado.

—Lo siento —se disculpó.

Yo también lo sentía y traté de arreglarlo.

—No importa. Esperaba que el tiempo que me quedase fuese peor. Voy a intentar disfrutar cada minuto del día. Y hoy he tenido este regalo inesperado, venir aquí a cenar contigo. Independientemente de cómo te salga el pescado, claro —bromeé.

Sonrió.

—Eres idiota.

—Y tú estás preciosa, como siempre —me sorprendí a mí mismo.

Se pasó la mano por la coleta y me pareció que se ruborizaba un poco.

Entonces, aligeramos la situación cambiando de tema. Hablamos de cocinar —algo que a ninguno nos apasionaba—, del tiempo tan raro que hacía —ambos coincidíamos en que el cambio climático ya era irreversible, pero que a los que mandaban les importaba una mierda—, y también comentamos un poco la situación política, lo decepcionante que resultaba todo.

—Bueno, que se joda el mundo —solté para intentar levantar el ánimo—. Brindemos por nosotros. Por volver a encontrarnos.

Me di cuenta de que todo lo que me importaba estaba en aquella habitación. Y traté de imaginar que era cierto, que esa noche no había nadie más en el mundo. Que estábamos solos. Sin nada que nos inquietase. Sin recuerdos dolorosos, ni futuros inciertos. Solo esa noche y nosotros dos.

Alzamos las cervezas, bebimos, dejó la suya sobre la encimera, dio un paso y me abrazó. Fue un abrazo cálido que me provocó una erección inmediata, como en mis mejores tiempos. Eso me incomodó porque supuse que lo había notado. Susurró mi nombre y sentí su aliento en mi cuello, estaba a punto de enloquecer. Entonces, nos separamos al ver el reflejo de un relámpago a través de la ventana y, apenas unos segundos después, un fuerte trueno. Eva se sobresaltó, dio un gritito y volvió a abrazarme. Me reí, hizo un mohín con los labios que me resultó encantador y me golpeó el pecho sin fuerza. Lo sentí como una caricia.

—No te rías de mí, bobo.

—Vale, pero es que ese gritito...

Volvió a acercarse y me besó en los labios. Fue un beso fugaz que, sin embargo, me trajo de golpe otra montaña de recuerdos. Para terminar de arreglarlo, Chris Rea interpretaba una canción capaz de romperme en pedazos en ese momento.

No sunny day, no sky of blue.

Just a palé moon on the wings of the wind.

No diamond rings, no pretty dreams.

Two people caught in chains of each other.

And there was no other way.

*This was how it was to be.
The flame will haunt you constantly.
There'll never be a day^[8].*

Pensé que me iba a derrumbar allí mismo. Aquel tipo estaba cantando sobre mí, sobre mi vida, sobre nosotros dos. Esa canción era real. Era verdad.

—Ay, que se quema esto —se separó de mí y regresó al horno.

El puto salmón chamuscado me había salvado el pellejo, aunque apartándome de ella, que era donde quería estar. El lugar exacto en el que desearía pasar el resto de mis días. Porque en ese instante sentí que mi vida, o lo que quedase de ella, había cambiado. Definitivamente. Irremediablemente.

Colocó la bandeja sobre la encimera y me miró.

—¿Estás bien?

Traté de disimular echando mano de la cerveza, pero ella siempre había sabido leer mi cara. Se acercó, me quitó la botella y me cogió por la cintura.

—Eh, vamos, ¿esto no era una fiesta? —preguntó buscando mis ojos.

Meforcé en sonreír.

—Me estoy ablandando —negué con la cabeza, antes de continuar—: No sé, esa canción me ha hecho recordar...

—La llama te perseguirá constantemente —murmuró.

No supe qué decir. El pecho se me llenó de frío.

—La he escuchado muchas veces pensando en nosotros —añadió.

En ese momento, nuestras bocas se buscaron, ansiosas, hambrientas de besos que se debían desde hacía años. Le mordí los labios hasta que oí un leve quejido, puede que de placer, dolor o ambas cosas. Introdujo su lengua en mi boca haciéndome enloquecer. Echó la cabeza hacia atrás y la besé en el cuello. Me gustaba su olor, me gustaba estrecharla en mis brazos, sentir cómo erguía la espalda y gemía cerrando los ojos. La cogí en brazos colocándola sobre la encimera. Se quitó el vestido y le besé en los pechos. Se bajó las bragas, me desabrochó el pantalón, enroscó sus piernas en mi cintura, agarró mi polla y la condujo a su interior. Sentí una oleada de placer que pensé que me haría eyacular de inmediato. Me quitó la camisa y la tiró al suelo. Mis pantalones y calzoncillos quedaron enrollados en los tobillos. Follamos con furia, le sujeté la cara, nos miramos a los ojos y nos corrimos a la vez.

Podía morirme.

Permanecimos abrazados unos minutos, jadeando, recuperando el aliento.

Luego ella cogió su ropa y se fue al baño, yo me subí los pantalones y me dejé caer sobre una silla. Cuando regresó, abrió otra cerveza, dio un trago, me la entregó y sentándose en mis rodillas me regaló otro largo beso.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

Bebí antes de responder.

—Joder. Ha sido increíble.

Volvió a besarme, giró la cabeza y se puso en pie.

—Esto se habrá quedado frío —comentó tocando la bandeja, mientras yo recordaba lo bueno

que siempre había sido el sexo con ella.

Me levanté.

—Tiene buena pinta y estoy hambriento, aunque no creo que me gusté tanto como lo que acabamos de hacer —añadí agarrándole el culo y besándola en el cuello otra vez.

—Pues como no te guste la cena, no habrá más de eso.

—Entonces me comeré hasta la bandeja y los cubiertos.

Fue una cena agradable, como lo habían sido otras hacía ya mucho tiempo, pero no hubo más sexo. No sé quién de los dos sacó el tema de su hija y terminó llorando al recordar. La felicidad siempre tan esquiva.

Cuando se tranquilizó un poco, recogimos los platos y decidí marcharme a casa. Quizá pensé que me pediría que me quedase, pero no lo hizo. Puede que mejor así, aunque temí que allí se acabase todo.

—Mañana tengo bastante trabajo, pero si te apetece venir por la tarde —me dijo cuando estaba en la puerta.

Me giré aliviado. Volví a respirar.

—¿Estás segura?

—Claro.

—Me encantaría.

—A mí también. ¿Sobre las ocho?

—Perfecto. A las ocho en punto estaré tocando el telefonillo.

Ya no sonrió. Nos dimos las buenas noches con un fugaz beso y cerró la puerta.

Bajé las escaleras. Después de todo lo que había pasado, me sentía confuso. Placer y dolor, la mezcla que siempre nos había acompañado. Fuera llovía, pero no me importó. Era una lluvia suave, como el cuerpo de Eva. Y me fijé en que el cielo tenía dos manchas rojas que parecían profundas heridas sin cicatrizar.

CAPÍTULO VIII

Enseguida quedó claro que éramos los novios del grupo, aunque esa palabra, en aquella época y al menos entre nosotros, no era la más utilizada. Nos parecía que tenía connotaciones antiguas. Eso era cosa de nuestros padres, nosotros nos sentíamos distintos. Supongo que era una más de aquellas cuestiones que creíamos importantes y que, con el paso del tiempo, se volverían intrascendentes. Pero estábamos juntos y nos gustaba. Y todos pensaban, yo también, que aquello iba realmente en serio.

Cada día la esperaba en la esquina de su calle e íbamos juntos al instituto. Nos veíamos en el descanso y, después, a la salida, en la verja junto a nuestros amigos, que eran los compañeros de ambos. Luego volvíamos cogidos de la mano, compartiendo cigarrillo, besos, bromas y confidencias. Esas pequeñas cosas, aparentemente insignificantes, que luego tanto eché de menos. Durante los primeros meses sin Eva a mi lado, no solo la echaba de menos emocionalmente, también físicamente. Necesitaba su presencia. Habíamos estado años caminando cogidos de la mano. Puede parecer una tontería, pero la echaba en falta en cualquier trayecto, por breve que fuera. Tuve que aprender otra vez a moverme solo. Y ya nunca me entregaría del mismo modo. Por no hablar de lo distinto que resultó, a partir de entonces, dar un paseo, sentarse en un banco, compartir un gin-tonic o contemplar una puesta de sol. Daba igual si estaba con alguien. Durante mucho tiempo me sentí como ese tipo al que le amputan una pierna. La pierna ya no está, pero sigue doliendo. Y el tipo ya nunca podrá volver a caminar como lo hacía antes. Eso se acabó.

Eva no solo era la chica más bella que había conocido, sino que me parecía maravillosa en todo. A veces pensaba que no la merecía y me resultaba inaudito que fuese yo el que estaba con ella. El que, por una vez, se había llevado el primer premio. Eso no me había sucedido nunca. Jamás había ganado nada. Claro que tampoco nunca me había gustado tanto alguien.

—No quiero que me idealices —me dijo en más de una ocasión—. Tengo defectos, como todo el mundo.

Es evidente que no le hice caso.

Los viernes nos juntábamos con los amigos en el bar de Paco, allí pasábamos la tarde entre risas, cervezas y partidas de cartas. Los sábados íbamos todos a algún garito de moda y los domingos otra vez al bar, al cine o, simplemente, al parque a dar una vuelta. Con el tiempo, los sábados empezamos a salir solo nosotros. Ya no nos interesaba tanto aquello de ir a los bares en grupo, preferíamos estar solos. Nos gustaba. Frecuentábamos sitios más tranquilos para tomar algo, charlar y, claro, meternos mano. A veces

por ese orden, y otras veces todo al mismo tiempo. También teníamos un banco propio en el parque de Perón, estaba estratégicamente situado entre un par de árboles y rodeado de jardineras que nos proporcionaban cierta intimidación. Si aquel banco pudiese hablar... Incluso nos molestaba si alguna vez lo encontrábamos ocupado por otra pareja. ¡Era nuestro banco! ¿Es que no se daban cuenta?

Por la noche siempre la acompañaba a su casa y, en su portal, tenían lugar los inevitables escarceos, siempre al borde del infarto por la llegada de algún vecino inoportuno. Esas situaciones hicieron de nosotros especialistas en vestirnos rápidamente, al menos en apariencia, ya que, luego, divertidos, descubríamos que nos habíamos abrochado mal la camisa, que su sujetador seguía suelto o mi bragueta, desabrochada. Eva, casi desde el principio, me dijo que disfrutaba mucho con el sexo. Fue una confesión que en un primer momento me intimidó un poco, yo no era un tipo especialmente experimentado, pero también fue algo que me llenó de celos, unos celos absurdos e irracionales, puede que como lo son todos. No podía evitar preguntarme con cuántos chicos habría estado. Era una idea que me torturaba, me envenenaba por dentro, hasta que conseguí, con mucho esfuerzo, pasar página. ¿O acaso no lo hice nunca? Lo cierto es que aquel portal y aquella calle eran testigos de mis tardes llenas de ilusión, y mis noches solitarias de vuelta a casa, siempre temiendo que algún día todo se viniese abajo. Que el sueño llegase a su fin.

Así pasaban lentas las semanas, los meses, los años. Terminamos el instituto y empezamos juntos la universidad: ella, Publicidad, y yo, Derecho. Y hablábamos ya de planes de boda. Eva quería que nos comprásemos una casita lejos del barrio, quizá en el campo; yo prefería quedarme aquí, cerca de los amigos, el sitio donde siempre me sentí seguro. Ella deseaba tener una niña; yo, un chaval. Ella imaginaba una boda íntima; yo, una gran fiesta con todos los colegas de siempre. Eva soñaba con viajar y ver mundo, incluso propuso que, una vez terminados los estudios, nos fuésemos a trabajar un año al extranjero: Europa, Asia, quizá América, solo para probar.

—Estaría bien, ¿te imaginas?

—No sé, ya veremos...

—Podemos trabajar de cualquier cosa, lo que encontremos. Estaremos juntos y descubriremos nuevos lugares, otras culturas.

Yo encontré un trabajo en un almacén a dos paradas de metro. Territorio conocido. Otra vez la seguridad. Tenía dinero para llevarla por ahí a cenar. Era más que suficiente. Dejé los estudios.

Ahora puedo verlo, pero entonces no lo sabía: la vida había empezado a separarnos.

—¿Sabes? Creo que deberías retomar la carrera —me dijo una tarde de septiembre a punto de empezar el curso.

Estábamos sentados en una terraza del parque, tomando algo. Me hice el sordo. Ella continuó.

—Te quedan solo dos cursos, sería una pena que no terminases. Todo el esfuerzo para nada.

Le tapé un momento la boca y, cuando retiré la mano, le di un beso, pero no conseguí despistarla.

—Lo digo en serio, Pablo.

—Hace buena tarde.

—¿Me estás escuchando?

Me revolví, incómodo, en la silla metálica, di un trago a la cerveza, saqué el paquete de tabaco y le ofrecí, aunque era consciente de sus esfuerzos: dos semanas ya sin fumar. Se dio cuenta de que lo había hecho a propósito y puso cara de fastidio. Me encendí un cigarrillo y le eché el humo a la cara antes de responder.

—Ya hemos hablado de eso otras veces. No puedo trabajar y estudiar al mismo tiempo. Ya sé que hay

gente que lo hace, pero yo no, lo siento. Igual soy un zoquete, pero saliendo del trabajo a las seis y media, ya me dirás...

—Al menos podrías intentarlo, ir sacándote alguna asignatura. Poco a poco, pero sin dejarlo del todo.

—Ya te he dicho que con este horario...

—Pues deja el trabajo. O plantea que te reduzcan el contrato a media jornada.

Así era ella, siempre le encontraba posibilidades a todo. Le quitó el brazo de encima de los hombros.

—¿Qué deje el trabajo? ¿Estás de coña o qué?

—Ahora no necesitamos tanto dinero...

—Serás tú —interrumpí—. Igual a ti te lo pagan en casa y no tienes problemas; mi madre no gana tanto y yo tengo que ayudarle. Además, si yo no ganase pasta, ¿qué haríamos? ¿Estar toda la puta vida sentados en el banco de ahí abajo?

—¿Qué?

Aquel era un golpe bajo y me di cuenta en cuanto lo lancé. Le había dolido, pude verlo en sus ojos.

—Solo te he dicho que ahora no necesitamos tanto dinero —protestó.

—Sí, eso has dicho.

—Mira, yo trato de mirar un poco más allá, ¿sabes? Pero creo que hay que dar los pasos correctos. Me gustaría que en el futuro tuviéramos una buena vida, lejos de aquí. Y para eso hay que prepararse, si nos rendimos ya...

—Joder, siempre con que lejos de aquí, ¿qué coño le pasa a esto? —Estiré los brazos y miré a nuestro alrededor—. Yo aquí estoy bien.

—Una vida mejor que la de nuestros padres —continuó.

—Ya tenemos una buena vida. Y en parte es así porque tengo trabajo y gano dinero. —Volví a golpear, pero quizá no era suficiente y terminé de estropearlo—. ¿No te gusta que pueda hacerte regalos? ¿Poder ir a cenar a algún sitio? ¿Estar sentados aquí tomando algo, en vez de estar toda la tarde en un puto banco de madera, pasando calor cuando hace calor y congelándonos cuando hace frío?

—Me gustaría mirar al futuro y no solo tener los ojos puestos en la tarde de hoy o, como mucho, en la semana que viene.

—¿Te crees que a mí no me importa el futuro? ¡Claro que me importa, cono! Pero es que estas cervezas, en la tarde de hoy —recalqué señalando los vasos—, hay que pagarlas, no nos las regalan. Nada es gratis. Supongo que eso sí puedes entenderlo. Para algo te servirán los estudios, ¿no?

—Joder, vete a la mierda! —estalló al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Esta conversación es absurda, si no quieres pagar las putas cervezas, no lo hagas. Solo digo que yo quiero algo más en la vida.

La tormenta se había desatado definitivamente. Y ninguno íbamos a detenerla.

La miré de frente.

—¿Es que yo no soy suficiente para ti? ¿Es eso, realmente, lo que pretendes decirme? ¿Que aspiras a otra cosa? ¿Que nunca voy a ser lo bastante bueno para ti?

Ella abrió la boca como si le sorprendiese mucho todo aquello y encajó cada una de mis preguntas como bofetadas que no esperaba. No encontré oposición y estaba descontrolado, de modo que lo solté. A veces las cosas se precipitan, se escapan a nuestro control. O peor aún, somos nosotros mismos los que terminamos por destrozarlo todo. Esta era una de esas veces.

—Pues, si no soy suficiente, ya sabes lo que tienes que hacer, buscarte otro mejor. Otro que esté a la altura de tus ambiciosos proyectos.

Negó un par de veces con la incredulidad instalada en su rostro.

—Tío, te ha sentado mal la cerveza. ¿Qué estás diciendo? No te conozco.

—Lo que has oído, que, si no soy lo bastante bueno para ti y para tus grandes sueños, que te busques otro. ¡Así de fácil, joder! —añadí alzando la voz.

—¿En serio? ¿Me estás hablando en serio?

Empezaron a caerle las lágrimas, pero ni siquiera eso me ablandó. Puse una mueca de asco que pretendía ser el golpe final y asentí.

—En serio.

Entonces se levantó empujando la silla con las piernas y dijo:

—¿Sabes qué? Puede que lo haga. —Y se marchó llorando.

Estuve a punto de correr tras ella, pero no lo hice. Me quedé allí sentado, viendo cómo se alejaba.

No sé por qué me había comportado así, puede que yo tampoco estuviese contento con la vida que llevaba o que no quisiera encarar el futuro por el miedo que sentía. O puede que, en el fondo, pensase que ella tenía razón y que merecía a alguien mejor que yo.

Esa noche la llamé a casa. No quiso hablar conmigo. Insistí al día siguiente y quedamos. Le pedí perdón varias veces y las cosas volvieron a ser como antes. Al menos, eso es lo que pensé entonces. Sin embargo, ahora lo veo de otro modo. Aquella tarde creo que algo se rompió definitivamente entre nosotros. Supongo que aquella tarde empecé a perderla.

CAPÍTULO IX

El día siguiente fue una larga condena que traté de aliviar ciñéndome a la rutina. Un paseo por la mañana, recorriendo Bravo Murillo hasta Quevedo y Fuencarral, subiendo luego por Luchana y vuelta por Santa Engracia. A la altura del Canal de Isabel II me senté en una terraza y pedí una cerveza. Era una cálida mañana y me alegraba que las terrazas funcionasen más allá del verano. Me gustaba sentarme y ver pasar a la gente. Aunque lo que hacía, sobre todo, era pensar en Eva y en lo que había sucedido la noche anterior. Y aunque no quería, las preguntas empezaban a agolparse en mi cerebro: Y ahora ¿qué?, ¿habría sido un encuentro aislado y debería olvidarme de tener algo más?, ¿estaría arrepentida? Y sobre todo, ¿qué podía esperar ella de un tipo en mi situación? Y más aún, ¿qué podía esperar yo mismo?

Cuando volví al barrio me dirigí al bar de Paco, pero a mitad de camino cambié de idea. No me apetecía disculparme por lo de la tarde anterior y tampoco estaba de humor como para aguantar alguna otra gilipollez. De manera que me fui a casa. Me di una ducha, tomé un poco de ensaladilla con unas croquetas recalentadas que parecían estar rellenas de chicle y me perdí en la novela de Bunker. Ahora me sentía más cercano al protagonista. Había recuperado energía y no importaba lo que dijera aquel estúpido médico, me encontraba mejor que nunca. De modo que recorrí los bajos fondos de Los Angeles hasta que el sueño echó el telón.

Desperté un par de horas después en mi viejo sofá. Hice pereza un rato viendo la tele. Me vestí y salí de casa. Cuando abrí el portal casi me caigo encima de Alvaro, que estaba allí sentado, con una lata de medio litro de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Agitaba la cabeza y tenía los ojos cerrados. Esperé a que aterrizase y se quitase los auriculares.

—Joder, esto parece mi oficina. Tendré que llevar una agenda con las citas.

—Y contratarme a mí de secretaria, no te jode. Tengo buenas piernas, no creas.

Escupió al suelo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Aquí escuchando a los Whithesnake.

—Muy bien.

—Coverdale era un grande, tío. Derrochaba carisma. Buena voz, presencia escénica y fama

de follador. *And here I go again on my own. Going down the only road I've ever known, Like a drifter I was born to walk alone*^[9]. —Soltó tocando su guitarra invisible.

—¿Vas a venir todos los días a canturrearme a la puerta?

—Claro, como la tuna, no te jode —respondió mientras se guardaba los auriculares—. La tuna rockera. —Y levantó la mano haciendo el gesto de los cuernos.

—Ya, ¿qué pasa?

—Eso digo yo, Don Juan.

Le miré un instante antes de responder.

—¿Y eso?

Dio una calada al cigarro.

—¿Qué tal ayer con Eva?

Pensé que se lo habría dicho Paco. Lo que me faltaba, que estos dos me controlasen.

—Vete a tomar por culo, no es asunto tuyo. Y al que te lo ha contado le dices que te acompañe.

Bebió.

—No te mosquees. No es para tanto. Aquí, en el barrio, todo se sabe. En eso no ha cambiado nada.

—Ya, bueno, los cotilleos otro día. Me tengo que ir. Coge tu guitarra y date una vuelta, anda.

—Supongo que no te has enterado de nada, ¿no?

—¿A qué te refieres?

Lanzó la colilla a la carretera. Echó otro trago y arrugó la lata.

—Han soltado al Rocky.

—¿Cómo lo sabes?, ¿le has visto?

—Joder, no, pero todo el barrio habla de ello. Al parecer ha vuelto a casa de su madre. ¿Dónde iba a ir? Ese hijoputa no tiene otro sitio donde cagar.

No supe qué decir. Rocky era Ramón, un tipo que de joven intentó ser boxeador, pero lo más lejos que llegó fue a dar unas cuantas palizas a varios infelices del barrio para quitarles el dinero. Nosotros siempre nos mantuvimos alejados de él. Luego vivió del trapicheo de drogas y de cualquier cosa robada. Todo eso antes de violar y asesinar a Sara, la hija de Eva.

—Espero que le hayan roto el culo en la cárcel —continuó Alvaro—. Aunque, igual le han hecho un homenaje. Ahora parece que hasta está de moda violar a las tías, ¿has visto que incluso lo hacen en grupo? Valientes hijos de puta. ¿Sabes qué? Te diré una cosa, esta música que yo oigo —se señaló el bolsillo—, hoy la prohibirían por machista. De esas chorradas nos preocupamos. Sin embargo, creo que antes se respetaba más a las mujeres. Los tipos de ahora son unos mierdas, unos cobardes. En nuestra época una pelea se terminaba cuando uno caía al suelo, ahora lo patean entre veinte. Y luego entre veinte violan también a cualquier pobre chica, para después grabarlo todo en un móvil. En nuestros tiempos, un violador era un apestado, ahora es casi un puto *influencer* de esos. Esta es una sociedad enferma, llena de gente con el corazón podrido.

Se quedó pensativo unos segundos, antes de añadir:

—La pena es que no le hayan cortado el cuello. Espero no encontrármelo por el barrio. Porque si lo veo, voy a decírselo en su puta cara. Maldito hijo de puta. —Y volvió a escupir al suelo, como si allí estuviese el rostro de aquel tipo.

Miré sus machacados sesenta y pocos kilos, y no me lo imaginé ajustando cuentas a aquel

cerdo. Pero también recordé que a Alvaro y a Paco les había gustado mucho Eva. Como a todos los del barrio. Y todos habíamos sufrido por ella.

—Seguro que lo sabe Eva —dije.

—Pues claro, lince. Por eso quería avisarte. En este momento debe estar muy, muy jodida.

—Gracias, Alvaro —comenté con torpeza—, voy ahora a verla.

Movió la cabeza de forma aprobatoria y añadió:

—Es una gran mujer. De esas ya no hay muchas. Cuídala. Se lo merece.

Le miré un momento.

—Te sigue gustando, ¿eh, cabrón?

Asintió otra vez antes de añadir:

—Yo la conocí antes que tú.

Me di la vuelta y cuando me alejaba, le oí decir:

—¿No tendrás algo suelto por ahí, para una cerveza?

Me detuve, volví atrás y le largué un billete de diez euros. Se lo guardó en el bolsillo y me marché.

Llegué al portal y toqué varias veces el telefonillo, pero no hubo respuesta. Entonces pulsé todos los botones.

—¿Quién es?

—Cartero —solté.

—Joder, ¿otra vez?

—Cartero comercial —aclaré.

—Joder con la propaganda.

—Abra, por favor.

—Estamos hasta los huevos ya de propaganda, oiga. Y luego es que la dejan toda por ahí tirada.

—¿Quién? —preguntó otra voz.

—Cartero comercial —repetí.

Se oyó un pitido y la puerta se abrió. Mientras entraba al portal respondieron otras dos voces. Subí las escaleras de dos en dos y llamé con los nudillos.

Nada.

Acerqué mi cara a la puerta.

—Eva, abre, soy yo, Pablo.

Silencio.

—Eva, ¿estás ahí? Abre, por favor.

Pegué una oreja a la puerta y me pareció escuchar pasos.

—Pablo —dijo sollozando—, lo siento, no me encuentro bien. Márchate.

—Ábreme.

—Prefiero que te vayas.

—No voy a irme a ninguna parte. Sé lo que ha pasado. Déjame entrar, por favor.

—Vete. En serio.

—Te he dicho que no voy a irme. *Esta vez no* —añadí para mí.

Pasaron unos segundos y por fin descorrió el cerrojo y abrió. Tenía los ojos enrojecidos de llorar. Se le había corrido la pintura, llevaba el pelo revuelto y unos pañuelos de papel en la mano. Se derrumbó en mis brazos y el llanto brotó con más fuerza. Temblaba. Nos deslizamos por la pared y terminamos sentados en el pasillo. Yo la sujetaba y ella caía en un abismo de desesperación, mientras entre hipos, gemidos y gritos iba soltando: «Doce años por 23 puñaladas», «mi niña, mi niña ya no volverá», «se llevó a mi princesa», «catorce añitos, la violó y la mató», «maldito asesino cobarde», «¿quién me devuelve a mi niña?».

Y entonces, yo también me dejé ir y lloré con ella. Por su dolor. Por su hija. Por nuestras vidas. Y también, porque iba a morirme y ya no podría estar más a su lado. Compartiendo su dolor. Protegiéndola.

No sé cuánto tiempo pasó.

Cuando el agotamiento acabó con las lágrimas, todavía permanecemos allí sentados un rato más, en silencio, abrazados, rotos.

Luego ella se fue al baño. Yo encontré una botella de *whisky* y serví dos vasos con hielo. Nos sentamos en el sofá y bebimos sin decir nada. Eva tenía la mirada perdida, muy lejos de allí, y yo miraba su cara y le acariciaba el pelo, los hombros y la espalda.

—Sabía que iba a pasar —dijo al fin—, y pensé que estaría preparada.

—Cómo ibas a estarlo... —añadí.

—De hecho, llevaba mucho tiempo esperándolo —bebió antes de comentar, con una voz ronca que no parecía la suya—. Y sé perfectamente lo que tengo que hacer.

No dije nada y lo que dijo a continuación me dejó perplejo.

—Voy a matarle, Pablo.

Por vez primera desde que llegué me miró directamente a los ojos.

—Voy a matar a ese hijo de puta —repitió.

Tardé unos segundos en reaccionar.

—No hablas en serio.

Se apartó un poco.

—¿Te parece que estoy bromeando?

—No, claro que no, pero...

—Lo decidí hace mucho tiempo. No voy a soportar encontrarme con ese cerdo por el barrio.

—Escucha, no tiene por qué ser así, podríamos irnos...

—¿Irnos?

—Sí, podríamos irnos juntos, a cualquier parte. Tú siempre quisiste marcharte de aquí.

—¡Mató a mi hija, joder! —gritó con desprecio—. ¿Crees que voy a salir corriendo? Si piensas eso, es que no me conoces.

No dije nada. Volví a abrazarla, pero se soltó enseguida, bebió un trago y añadió:

—Me quitó lo que más quería. Me destrozó la vida. Y ahí lo tienes, en la puta calle.

—Bueno, le condenaron. Es verdad que la justicia es una mierda, pero...

Su mirada me fulminó.

—¿Sabes qué? Eres un cobarde, Pablo. Siempre lo has sido —me escupió a la cara.

Aquello me dolió como una bofetada, pero sabía que tenía razón. Mi disfraz de personaje de novela negra había desaparecido. Me bebí el *whisky* de un trago para aguantarlo.

—Nos están matando, joder, ¿no ves las noticias cada día? La vida de una mujer no vale una

mierda. Nos pueden violar y matar y ¿qué?

No esperaba una respuesta y no se la di.

Su voz volvió a quebrarse.

—Catorce añitos, la violó, la torturó y le asestó 23 puñaladas. Veintitrés. Por no hablar de todo lo que le hizo. De todo lo que mi niña tuvo que sufrir antes de morir. Ese hijo de puta ha estado 12 años en la cárcel. Solo 12 años —repitió arrastrando las palabras—. Y ahora va a pasearse por el barrio, quizá buscando otra niña a la que violar y asesinar. No lo voy a permitir —añadió negando con la cabeza y borrando con la mano las lágrimas de su rostro—. Por supuesto que no, de ningún modo.

Cogí mi vaso y le quité el suyo. Fui a la cocina a por hielos y serví otras dos copas. Intentaba aclarar mis ideas, poner algo de sensatez en todo aquello. Si es que eso era posible.

Regresé al salón. Ella seguía con la mirada perdida. Le ofrecí un vaso, bebió. Yo bebí también. Entonces se volvió y disparó sobre mí.

—Dime una cosa, Pablo, ¿qué harías si fuera tu hija?

Tragué saliva.

—Bueno, Eva... —traté de escabullirme, pero no me lo permitió.

—¿Te he hecho una pregunta, joder! ¡Contéstame! ¿Qué coño harías si fuera tu hija? ¿Eres siquiera capaz de imaginarlo? ¿No querrías matarle?

Dudé unos segundos antes de responder con un murmullo.

—Supongo que sí.

Entonces asintió y me lanzó una mirada que lo decía todo. Noté un sudor frío en la nuca y cómo me temblaban un poco las manos. El cobarde seguía allí, agazapado.

—¿Intentas decirme algo?

Ahora fue ella la que se tomó un momento antes de responder.

—Juré que nunca te lo diría. Y no quiero hacerlo ahora. No era esta la razón.

—Eva, ¿qué estás insinuando?

Fijó la mirada en el suelo.

—Pablo, prefiero que te vayas. En serio.

—Y yo te he preguntado que qué estás insinuando.

—Tú nunca has querido saber la verdad.

—¿De qué cojones hablas? —Ahora notaba cómo el miedo iba cediendo paso a la rabia.

—Javier no se mató, simplemente, porque se arruinó.

Eché un trago y esperé.

—Lo de Sara le destrozó. La quería de verdad —asintió con la cabeza como reafirmando lo que acababa de decir.

Me tragué el *whisky* de golpe y dejé el vaso sobre la mesa. Ella continuó.

—Bebía sin parar. Se convirtió en un ser mezquino. Insoportable. Se iba de putas y a jugarse la pasta en el casino. Me cansé de aquello y le pedí el divorcio. Fue todo muy amargo y doloroso. Nos destrozamos mutuamente y, aunque no quería decírselo, al final lo hice. Supongo que en ese momento la única razón era hacernos el mayor daño posible, como les pasa a tantas parejas. Fue la puntilla.

Hablaba sin mirarme, con aquella voz ronca. Y todavía no había terminado. Se puso a contemplar los hielos, bebió y dejó el vaso sobre la mesa.

—Me casé embarazada, pero él no era el padre. Quiso tener más hijos y no fue posible. Nos hicimos análisis y le mentí diciéndole que el problema lo tenía yo. Le conté que había hecho pedazos los papeles con los resultados de las pruebas y que nunca más quería hablar de ello. Me creyó. Los hombres enamorados son capaces de creer cualquier cosa.

Entonces la agarré de los brazos y la zarandeeé.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—¡Que tú eres el padre de Sara, joder! —gritó soltándose.

—¡Y una mierda! —contesté dejando aflorar mi lado más mezquino, como ella decía que había pasado con Javier. Dos tipos incapaces de soportar la verdad.

—Puedes creer lo que quieras. No quería decírtelo. No en estas circunstancias. No te estoy pidiendo nada, pero ni se te ocurra juzgarme. No te necesito.

Me asfixiaba, tenía que salir de aquella casa. La cabeza me daba vueltas. Me levanté, caminé por el pasillo apoyándome en las paredes y salí dando un portazo, intentando que aquello permaneciera allí encerrado. Como una maldición que no ha llegado a pronunciarse. Como si nada de todo aquello hubiera sucedido jamás.

CAPÍTULO X

Pasé todo el domingo y parte del lunes encerrado en casa. Por la tarde bajé al bar de Paco. Cuando entré no había nadie. Me vio y se puso a recargar la cámara de botellas.

—¿Qué pasa, Paco?

—Ya lo ves, poca cosa —respondió echándome un rápido vistazo.

Luego dejó lo que estaba haciendo y me sirvió una cerveza.

—¿Quieres un poco de tortilla? Es de esta mañana.

—Vale.

Bebí un trago antes de decir:

—Oye, siento si el otro día...

—Bah, no hay problema —dijo mientras hacía un gesto con la mano.

Se puso una cerveza para él y brindamos. Paco nunca había sido un tío rencoroso; yo, en cambio, sí.

Eché un vistazo alrededor. Cuando volví al barrio, me pareció que aquel bar era lo único que estaba igual que siempre, por eso me sentía a gusto allí. Pero no era verdad. Las paredes llevaban años sin pintarse, lo mismo que el techo, lleno de desconchones y con un par de goteras que parecían dos sucias nubes a punto de soltarnos encima toda su porquería. Los cuatro taburetes tenían el asiento rajado y en tres de ellos se salía la esponja interior. Las sillas mostraban el aspecto de no poder aguantar muchos más clientes y las mesas tenían arañazos por todas partes. El suelo y la barra eran irregulares y la grasa lo impregnaba todo: cristales, estanterías y plancha. Aquel garito se estaba apagando, como todos nosotros.

—¿Qué tal con Eva?

Hice un gesto con la boca y le lancé otra pregunta:

—¿Te has enterado?

—¿Qué han soltado al hijoputa? Claro, lo sabe todo el mundo. Lo que le faltaba al barrio, más mierda. Como teníamos poca...

Se pasó la mano por la calva y señaló hacia la calle, antes de continuar.

—Esto ya no tiene remedio. Anoche mismo se llevaron detenido a Rafa por darle otra paliza a su mujer. Pero hace un rato le han soltado también, porque ella, como siempre, se niega a presentar denuncia y dice que habían bebido y que se cayó por las escaleras. Tiene, según

comentan, la cara hecha un cristo y un brazo y dos costillas rotas. Yo a Rafa ya le dije hace un par de meses que no volviese por aquí, que no le iba a servir. A veces nos quejamos de los inmigrantes que han invadido el barrio, pero los que quedamos somos lo peor. La peor mierda.

—Ya.

—Y lo de ese hijoputa de Rocky, ¿qué te voy a decir? Seguro que vuelve a acojonar al barrio, otra vez. Espero que no venga por aquí. Desde luego, en mi bar no entra ni de coña.

—Igual se va.

—Joder, Pablo, ¿dónde va a ir? Es un perro que no tiene donde caerse muerto. Esto es lo único que conoce. «Igual que nosotros», pensé.

—Con las barbaridades que le hizo a esa pobre niña —negó con la cabeza y añadió—: Te digo una cosa, a veces pienso que, porque tengo que cuidar de Nines, que si no estuviera yo, ¿qué sería de ella? Pero, yo, a un tipo de estos me lo llevaba por delante. Te lo juro por mi madre, que en paz descanse. Porque, aquí, ¿qué pasa? Los asesinos siempre tienen otra oportunidad. Esa niña no la tuvo. Le quitó la vida. No va a vivir nunca más. Y casi no había empezado a hacerlo. Lo que te digo, yo me lo llevaba por delante.

Pensé que a Eva le gustaría escuchar eso. Aunque Paco puede que no lo dijese en serio. En cambio, ella, sí. También lo había dicho Alvarito, que el pobre no podía con su alma. Igual todos ellos tenían más cojones que yo. Y eso que era yo el que más motivos tenía para hacerlo y el que menos tenía que perder.

—Ponme otra, anda.

Sirvió otras dos cervezas. Bebimos sin hablar y empezó a limpiar el mostrador. Cuando no había charla, siempre hacía algo así. Paco no aguantaba bien el silencio, parecía que necesitaba actividad para soportarlo. Todo lo contrario que Alvaro, que nunca había necesitado hablar, pese a que cuando lo hacía era un buen conversador. Y pensé que, probablemente, lo que nos pasaba es que cada vez teníamos menos que decir.

—El sábado estuve con Eva —comenté captando un momento su atención, pero enseguida continuó con la bayeta dibujando círculos sobre el mostrador.

—¿Cómo está? —preguntó sin mirarme.

—Destrozada. Imagínate.

—Claro, ¿cómo coño va a estar?

Bebí mientras esa pregunta parecía flotar en el aire.

—Oye, dime una cosa, ¿tú conocías a Javier, su marido?

Soltó el trapo y ahora sí me observó con cierta cautela. Se encogió de hombros y apretó los labios.

—Bueno, le conocía de alguna vez que vinieron por aquí, pero no mucho, la verdad, ¿por?

—Y ¿a la niña?

—¿A Sarita? Joder, era un encanto de cría. —Esbozó una sonrisa triste que apenas le aguantó un par de segundos—. Bueno, la vi pocas veces, cuando venía a ver a su abuela, ya sabes. Eva la traía aquí de vez en cuando, se tomaban algo, charlábamos un poco y eso. Era una niña preciosa, muy parecida a su madre. Igualita que Eva de pequeña. De verdad, tío, mirabas a la hija y veías a la madre cuando tenía su edad. Y Eva se desvivía por ella. No había más que verla.

Asentí y, tras unos segundos, pregunté:

—Paco, ¿a ti te hubiera gustado tener hijos?

Resopló hinchando los mofletes, como si tocara una trompeta. O tal vez eran los gases de la cerveza, porque eructó justo antes de responder.

—Joder, yo qué sé, Pablo. Me haces unas preguntas... Me hubiera gustado hacer tantas cosas.

La mirada se le cubrió de tristeza y me pareció, de pronto, mucho más viejo. Me fijé en su enorme cabeza calva, salvo en los lados y un mechón que le cruzaba en lo alto de izquierda a derecha. Las orejas grandes, el cuello flojo y los ojos caídos, puede que por aguantar tantas lágrimas sin derramar. Una vez, Eva le dijo que se parecía a Gene Hackman. A él le gustó. Hacía mucho ya de eso.

Miró hacia la puerta.

—Para empezar, me hubiera gustado salir de aquí, de esta mierda de barrio.

—A ti siempre te gustó esto —dije, pero no me escuchó.

—Me hubiera gustado, yo qué sé, viajar por ahí, salir al extranjero con Nines —se encogió de hombros—. Nunca lo hicimos, tío. Y lo pensamos a veces, no creas que no. Pero, esta mierda de trabajo, el puto dinero, tener siempre que pagar facturas, los años que te caen encima sin que apenas te des cuenta, las jodidas enfermedades... Lo cierto es que se nos fue el tiempo.

No dije nada porque no sabía qué podía decir. Salvo que su vida había sido un desperdicio, una basura. Exactamente igual que la mía. Como la de Alvaro o la de mis padres, y también la de Eva.

—Pero, sí —añadió, sacándome del precipicio al que me empujaban mis pensamientos—. Claro que me hubiera gustado tener hijos —pareció sonreír un instante—. Y a Nines, también. Ella era muy niñera, habría sido una buena madre, estoy seguro. Pero eso tampoco pudo ser. Supongo que no fuimos capaces de alcanzar ninguno de nuestros sueños.

Aquella frase se me clavó dentro, porque era exactamente lo que yo pensaba de mí. De mi propia vida.

—¿Crees que Javier era el padre de la niña? —solté del tirón.

Paco me miró con la misma expresión que mostraría si le hubiese tirado la cerveza a la cara.

—¿Y eso, a qué cojones viene?

—¿Lo crees?

Cogió una servilleta de papel y se limpió el sudor de la frente y el cuello.

—¿Por qué no iba a serlo?

—Joder, te he hecho una pregunta. —Apuré la cerveza y le miré esperando una respuesta.

—Pablo, no creo que te convenga ahora hurgar en el pasado. Hay cosas que es mejor dejarlas como están. Olvidarse.

—Vete a la mierda. Contéstame.

—Y yo qué sé, ¿cómo coño voy a saberlo?

Le miré fijamente. Se estaba poniendo nervioso. Sabía que eso para mí no era suficiente. Igual que yo sabía que él tenía algo más.

—Bueno, no sé, si te digo la verdad, Nines alguna vez me dijo que la niña se parecía a ti. Que tenía un aire, vamos. Ya sabes cómo son las mujeres para estos rollos. Pero, ahora, ¿por qué vienes con eso?

Me pasé las manos por la cara como si me la estuviera lavando. Me mordí los labios y, finalmente, lo solté.

—Me lo dijo Eva la otra noche.

—Que te dijo ¿qué?

—Eso, que Sara era mi hija.

Pronunciar esas palabras me desarmó por completo y me invadieron unas absurdas ganas de llorar. Paco debió darse cuenta y se agarró nuevamente a la bayeta para arrastrarla despacio por el mostrador. Yo, que no tenía donde agarrarme, apreté con fuerza las mandíbulas. Saqué un billete de diez euros que dejé sobre la barra y desaparecí.

No sabía si irme a casa o ir en busca de Eva. Entonces, vi que al final de la calle había un grupo grande de gente, cuyos rostros iluminaban parcialmente los destellos de las luces de una ambulancia y un coche de policía. La curiosidad me pudo, con un gesto rápido me aparté un par de lágrimas de la cara y me acerqué.

Se habían formado varios corrillos y capté retazos de conversaciones. Lamentos, quejas, algún murmullo que bien podía ser una oración. El grupo se abrió y pude observar cómo en una camilla se llevaban un cuerpo que no logré ver con claridad. Pregunté a una vecina que se limpiaba los ojos y la nariz con un pañuelo que luego guardó bajo la tira del sujetador. Su respuesta fue un latigazo.

—Alvarito, pobre hijo. Ahí se lo llevan con la cabeza abierta. Se ha debido de caer y se ha roto el cráneo. Una desgracia. Yo creo que ya iba muerto, el pobre. —Se santiguó antes de añadir —: Tanta borrachera no puede acabar bien. Al final, la bebida se lo ha llevado por delante. Si lo viera su madre, pobrecilla, que en gloria esté. Dios lo acoja en su seno. —Y volvió a santiguarse.

Sentí un extraño vacío y ganas de abrazar a alguien o de que alguien me abrazara. Por mi cabeza cruzaron imágenes de Alvaro, de mi madre y de Eva. Me di la vuelta y me alejé pensando que, probablemente, pronto me tocaría a mí. Y que Alvaro tenía razón cuando dijo que nosotros ya estábamos muertos.

CAPÍTULO XI

Cualquiera puede darse cuenta de cuando las cosas van mal. Uno lo siente, o encuentra indicios, pruebas, evidencias que así lo aseguran. Lo que es verdaderamente difícil es percibir el inicio del desastre, el momento en el que el camino empieza a torcerse, el maldito preciso instante en el que todo comienza a desmoronarse.

Nuestra relación llevaba bastante tiempo embarrancada, o peor, en caída libre. Meses, puede que incluso años. La rutina, la desidia, la comodidad que supone sentir que lo que queremos lo tenemos asegurado. Y, por otra parte, mi patética inseguridad, claro.

Podría decirse que Eva había empezado a correr y yo seguía parado en la casilla de salida, como un niño aferrado a las piernas de su madre el primer día de colegio. Mi vida no había cambiado en absoluto: mi casa, el trabajo y el bar de Paco constituían mi habitual recorrido, todo mi escenario. Mientras ella repartía su tiempo entre los estudios y algún trabajo ocasional a tiempo parcial. También salía a veces con compañeros de la Facultad, lo que hizo aflorar en mí, en más de una ocasión, el veneno de los celos. Otra vez. En el fondo, lo que temía era que encontrase a alguien mejor que yo. Aunque me hubiese dejado matar antes que reconocerlo.

—Ni se te ocurra interrogarme, no tengo por qué estar dándote explicaciones de lo que hago, digo y pienso a cada paso —me lanzó un día, cansada de mis preguntas, quejas y reproches.

—¡Vaya! Ahora no tengo derecho a saber de ti. Creí que teníamos algo serio. Que yo te importaba.

—Claro que me importas.

—Ya lo veo.

—Pablo —me interrumpió—, si estoy contigo es porque quiero. Pero no te confundas, no te pertenezco. Ni a ti ni a nadie.

Me puse a aplaudir, como un gilipollas, para después añadir:

—Joder, bonito discurso, ¿lo tenías preparado? Ahora eres una de esas.

—De esas ¿cuáles?

—Una feminista radical de los cojones.

Soltó un suspiro.

—Sería de los ovarios, en todo caso.

Aquello me enfureció y la cogí del brazo.

—Mira, si estás conmigo... —se soltó de un tirón.

—No vuelvas a cogermé así, ni a hablarme de ese modo. Es mi vida y haré lo que me dé la gana. Que te quede claro.

Forcé una sonrisa.

—¿En serio? ¿Lo que te dé la gana?

No respondió, y añadió:

—¿Incluso follar con otros por ahí,?

—Incluso follar con otros por ahí —repitió desafiante.

—Eres una zorra —le lancé poniendo cara de asco.

—Y tú un gilipollas —respondió dándome la espalda.

Nuestra relación se había ido diluyendo como una barra de hielo puesta al sol. Lenta, pero irremediablemente. Quedar cada día había dado paso a quedar solo los sábados. Después, no todos. Hasta que estuvimos sin vernos ni llamarnos durante un par de semanas. Yo trataba de aparentar delante de todos que aquello no me importaba tanto. Y así iba dejando que el dolor que sentía fuera creciendo y pudriéndolo todo dentro de mí.

—Pablo, quiero hablar contigo —fueron sus palabras.

Recuerdo perfectamente aquel viernes por la tarde. Era otro noviembre, con sus días tristes y cortos. Estaba con Alvaro y dos amigos más en el bar de Paco, jugando a las cartas. Tenía una buena mano y habíamos pedido la segunda ronda de cubatas que nos acababan de servir. La miré un momento de arriba abajo, como si fuera un objeto cualquiera. Bebí. Me hubiese dejada arrancar las uñas antes que mostrarme vulnerable delante de todos.

—Te escucho, habla.

—¿Podríamos salir un momento?

—¿No puedes esperar? Tengo una buena mano, no querrás que deje aquí mis cartas con estos cabrones. Estoy en racha.

—Será solo un momento.

—Venga, siéntate y echa un trago —añadí mientras le ofrecía mi copa. Ni se movió.

—¿Quieres tomar algo, Eva? —preguntó Paco acercándose a la mesa.

—No, gracias —respondió.

—Tómame algo —insistí.

—¿Vas a salir o no? —añadió dirigiéndose a mí.

Paco se escabulló detrás de la barra. Yo moví la cabeza, miré a los otros y luego a ella, como un mal actor sobreactuando.

—Vaya, dos semanas enteras sin saber de ti y ahora con tantas prisas.

—Venga, Pablo. Sal un momento, te esperamos —dijo Alvaro.

Furioso, me giré hacia él.

—¿Alguien te ha pedido opinión?

—No, pero joder...

—Pues, métete en tus asuntos. Saldré si me sale de los cojones. Y si no, pues no saldré. ¿O prefieres salir tú a hablar con ella?

—Venga ya —protestó.

Eva se cansó de esperar y se dirigió hacia la puerta. Eché un trago perdonándole la vida a Alvaro con

la mirada. Luego solté el vaso y las cartas y salí a la calle.

La llamé empleando el mismo tono que podría utilizar para insultar a alguien. Se detuvo en la esquina, me acerqué tomándome mi tiempo, me apoyé en un coche y encendí un cigarrillo. Había llegado el momento. Estaba tan metido en mi papel que ya no era capaz de abandonarlo. Como un estúpido me había creído mi propio personaje y era incapaz de despojarme de aquel disfraz, aunque me estuviese abrasando la piel.

—Vamos, suéltalo. Sé lo que has venido a decirme: que esto se ha acabado —dije con toda la arrogancia que fui capaz de mostrar.

Su respuesta fue un elocuente silencio.

—Estás con otro, ¿verdad?

Bajó la mirada y negó con un gesto antes de responder.

—No es eso. Lo nuestro hace ya mucho que no...

—Estás con otro —repetí—. Seguro que llevas ya un tiempo. ¿Has estado follando con los dos hasta decidirte? Espero que lo hayas pasado bien. ¿Cuándo echamos nosotros el último polvo?, ¿hace dos, tres semanas?

Le tembló la barbilla y vi cómo, en silencio, se le escapaba una lágrima que chocaba con la aleta de su nariz y se convertía en dos que, poco a poco, se alejaban. Igual que nuestras vidas. Pero no dejé que aquello me ablandara.

—Joder, eres una puta, no sé cómo no me di cuenta antes —murmuré.

Se limpió las lágrimas y levantó la mirada.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído, que eres una jodida puta.

Con los años me daría cuenta de que en la vida hay líneas rojas que conviene no traspasar, porque, una vez que lo haces, ya no hay marcha atrás. No existe un camino de vuelta. Y una de ellas tiene un nombre: respeto.

—Cobarde, gilipollas —fue lo último que murmuró antes de alejarse.

Después...

Después todo fue absurdo, triste, vacío.

Durante un tiempo traté de fingir que aquello no me afectaba. Convertí el dolor en rabia y me dediqué por completo a odiarla. Pero cuando las cosas empezaron a enfriarse, me hundí. El día a día se me hacía insoportable. Me costaba una vida levantarme de la cama. Y tomé mi decisión más atrevida, alquilé un piso para alejarme del barrio, aunque fuera solo a una distancia de tres paradas de metro. Así de patético era. Hasta dejé de visitar a mi madre. Las calles que habían sido mi casa me producían una infinita tristeza. Cada noche lloraba en la cama. Fui a un psiquiatra, que me proporcionó mi pequeño paraíso artificial. No eran las pastillas de la felicidad, pero sí de la tranquilidad. Tan estable como un encefalograma plano. Pero seguí caminando. Salí con nuevos amigos, hubo otras chicas, pero nunca encontré un lugar donde quedarme.

Pasaron despacio las semanas; luego, los meses y, después, rápidamente, los años. Dejé las pastillas, mi madre enfermó, regresé a su lado y asumí que Eva había sido lo mejor de mi vida y que yo, un maldito cobarde, nunca supe cómo hacer para que permaneciera a mi lado. Y asumí también que, por doloroso que fuera, tendría que vivir con ello.

CAPÍTULO XII

Esa noche me costó mucho conciliar el sueño, y cuando lo hice, era ya de madrugada. Las pesadillas habían vuelto, pero no quería medicarme, no iba a vivir anestesiado las semanas o los meses que me quedasen. Para eso, sería preferible tragarme el bote entero y acabar de una vez. Era una posibilidad.

Me desperté casi a la una. Me preparé un café y ordené un poco la cocina. Fregué cacharros que llevaban más de una semana esperando su turno en el fregadero y tiré a la basura envases, latas, folletos de propaganda y un par de cartas del hospital que había ido dejando por ahí, en cualquier sitio. Las rompí por la mitad sin abrirlas. Tampoco me molesté en separar las cosas para reciclar.

—Que lo haga otro y que se joda el mundo —me dije—, este puto planeta ya no tiene solución. Ya no se puede limpiar tanta mierda.

Era tarde para salir a pasear y tampoco tenía ganas. Me di una ducha y bajé al bar de Paco para comer algo. Cuando entré, me encontré con un grupo de cuatro o cinco viejos hablando a voces.

—¡Que no, coño, que ese se ha reventado él solito la cabeza, que siempre iba pedo, joder! ¡Qué coño le van a atracar, ni qué pollas, si no tenía donde caerse muerto! ¿Qué le iban a robar?, ¿un cartón de vino vacío?

Y recordé que eso mismo habían dicho Paco y Alvaro de Rocky: que no tenía donde caerse muerto.

—Pues yo te digo a ti, que no me extrañaría que le hubieran dado matarile.

—Pero ¿qué matarile ni qué pollas?, ¿por qué cojones le iban a dar matarile? Si no hacía mal a nadie. Si era un pobre chaval ¿Con quién se metía él? Dime, ¿le hacía daño a alguien?

—Que yo sepa, no.

—Pues, entonces.

—Coño, pero es que ahora se mata por nada, joder.

—Venga, no me jodas, Mariano.

Al verme, bajaron el tono y cuchichearon algo que no alcancé a oír, al tiempo que me lanzaban un par de miradas furtivas. Les había jodido la tertulia. Pagaron las consumiciones y se fueron. Me puse en el rincón de la barra de siempre, en uno de los viejos taburetes.

—Sabes lo de Alvarito, ¿no? —me preguntó Paco con una voz extrañamente suave en él.

Asentí un par de veces, antes de añadir:

—Lo vi anoche, al salir de aquí. Se lo estaban llevando en ese momento.

—¿Qué dices? ¿En serio? —Cerró un momento los ojos y añadió—: pobrecillo.

Me puso una cerveza y se acodó en la barra, frente a mí. Meneó varias veces la cabeza hacia los lados antes de soltar el rollo.

—Me ha afectado, la verdad. Eran ya muchos años, hemos crecido juntos y le apreciaba, tú lo sabes. Pero, no sé, la vida que llevaba... —Tomó una profunda bocanada de aire—. Que se veía venir, vaya.

No esperó a que dijera nada y continuó.

—Sí, joder, como dice la gente —y señaló al bar vacío—, es verdad que no ha tenido nunca mucha suerte, pero ¿y nosotros?, ¿quién ha tenido suerte aquí?, ¿me lo puedes decir?

No hizo falta, se respondió él solo.

—La suerte nunca ha visitado este barrio, pero es lo que hay. Y, además, la vida es luchar, tío, ¿o no? Yo, desde luego, llevo toda la puta vida luchando. Y ya sabes ahora lo que tengo. —Y señaló con el pulgar hacia arriba, donde estaba su vivienda y su mujer atrapada en una cama sin poder moverse—. Y mira tú si estás luchando.

Decidí cambiar de tema.

—Ponme algo de comer, anda.

Se quedó un momento con la boca abierta como si fueran a salirle más palabras, pero no le di opción.

—Me he levantado tarde y no he comido nada —añadí.

Me miró un segundo con sus ojos caídos, antes de preguntar.

—¿Qué te apetece?, ¿te hago unos huevos fritos con patatas?, ¿una tortilla francesa?

—No, un bocata de cualquier cosa.

—¿Caballa con pimientos?

—Vale.

—Está muy rica. Te va a gustar, ya verás.

Cortó el pan, abrió una lata y cogió una bandeja con pimientos.

—¿De qué hablaban esos? —pregunté señalando con la cabeza hacia la puerta.

Se encogió de hombros.

—Bah, gilipolces. Ya sabes cómo es la gente. Lo que les gusta es soltar chorradas e imaginar cosas.

Esperé algo más.

—Que dicen que ha estado la policía por el barrio y que si han dicho que no sabían aún la causa de la muerte.

—Joder, si por lo visto se reventó la cabeza contra el suelo.

—Sí, pero, al parecer, tenía un golpe muy fuerte en un ojo. Y ya estos aquí se han puesto a elucubrar con que si le podían haber atracado y todas esas gilipolces. Que si algún niño de estos de las bandas, ya sabes... La gente tiene que hablar. No tienen otra puta cosa que hacer.

Y me pareció volver a escuchar a uno de los tipos que se habían marchado.

«Es que ahora se mata por nada».

Me puso el bocadillo y otra cerveza.

—Lo que me da pena —continuó— es que, según dicen, han localizado a la exmujer y ha dicho que no quiere saber nada, ¿te lo puedes creer? Que no se quiere hacer cargo, vaya. A los muertos nadie los quiere, tío. Y, en esta vida, por desgracia, hasta morir se cuesta dinero. En fin.

Terminé de comer y le ayudé a colocar las cajas de bebidas en el patio. Luego, puso dos cubatas de ron y nos sentamos a ver juntos el partido del Madrid contra el Levante. Soporífero. Paco cabeceaba y yo andaba perdido en mis pensamientos. Después vimos terminar una peli de guerra que echaban en otro canal y, dos cubatas después, mientras él terminaba de recoger, decidí irme a casa.

Hacía frío y no se veía a nadie. Nada que ver con el espectáculo de la noche anterior. Hoy preferirían la tele. Probablemente, algo más de carroña para condimentar sus insípidas vidas. Éramos adictos a las desgracias ajenas. Quizá nos estábamos acostumbrando. Nada nos importaba mucho. Enseguida aparecía algo nuevo que comentar y olvidábamos lo anterior. Ninguna noticia, por terrible que fuera, aguantaba más de un par de días. Todo era ya absolutamente efímero.

Al bajar por la cuesta me crucé con Rafa, el tipo que maltrataba a su mujer, Rosa. Los conocía desde hacía años. Siempre era igual. Él la iba tirando del brazo que no llevaba en cabestrillo, como si ahora fuera policía y la llevase detenida, y entre dientes le iba diciendo:

—Tú te callas la puta boca y ahora te lo voy a decir en casa, hija de la gran puta. Te voy a matar a hostias. No te va a quedar ni un hueso entero y se te van a quitar las ganas de hablar más.

Me giré.

Ella, aunque intentaba darse prisa, caminaba con dificultad, arrastrando los pies, con la mirada clavada en el suelo, como el condenado que no tiene prisa por recorrer el último pasillo. Igual que me había sentido yo al salir del hospital, tras saber que se me acababa el tiempo.

Les seguí sin pensarlo y cuando abrían el portal, les empujé dentro. El tipo, sorprendido, no supo reaccionar. Le di un puñetazo que le alcanzó en la sien izquierda. Se desplomó y su cabeza rebotó contra el suelo, como, supongo, había hecho la cabeza de Alvaro. Su cráneo no se había roto, pero me miró aterrado. Yo nunca había golpeado así a nadie, y me sentí poderoso. Le agarré del cuello con las dos manos y empecé a ahogarlo. El cabrón pataleaba, me senté sobre su pecho, él trataba de librarse de mis manos agarrándome las muñecas. Emitía extraños sonidos, como una asquerosa paloma que se atraganta con un pedazo de pan. Y noté cómo iba perdiendo fuerza. La mujer me dio unos golpecitos en el hombro.

—Déjalo, por favor. Déjalo, no le hagas nada —me suplicaba sin alzar la voz.

Luego me golpeó un poco más fuerte, insistiendo.

—Por favor te lo pido, suéltalo. Le vas a matar.

Me agaché y le dije con mi boca pegada a su oreja.

—Escucha bien lo que te digo, si vuelves a tocarla, hijo de puta, te reviento. ¿Lo has entendido? —le di una bofetada—. Si la tocas, te mato.

Le solté. Se agarró el cuello tosiendo, buscando un poco de aire. Me puse en pie y desaparecí de allí.

CAPÍTULO XIII

Por la mañana me despertó el sonido de las ambulancias y los coches de policía. Parecía que esto ya se estaba convirtiendo en algo habitual en el barrio. Traté de ignorarlo tapándome la cabeza con las sábanas, pero no conseguí dormirme de nuevo. Así que me levanté. Desayuné un café con galletas. Me puse ropa deportiva y salí a dar un paseo. Sin embargo, una vez más, la curiosidad me dictó el camino. Bajé por mi calle y giré a la izquierda. Era el mismo recorrido que había hecho la noche anterior y tuve un amargo presentimiento. Llegué cerca del portal, la policía había establecido con cintas un cordón de seguridad, impidiendo que la gente se acercase. Entonces vi como el tío del taller de motos echaba serrín sobre un charco de sangre, mientras dos agentes le observaban. Me acerqué a dos tipos mayores que conocía de vista, uno debía pesar ciento veinte kilos y no medía más de uno sesenta, el otro era delgado y llevaba una gorra del Atleti ladeada.

—¿Saben qué ha pasado?

El gordo me echó una mirada de arriba abajo antes de hablar.

—Lo que tenía que pasar, que el hijoputa ese ha matado a la Rosa —dijo.

Esas palabras cayeron sobre mí como un bloque de cemento.

—Si es que el otro día no le quiso denunciar, como hacía siempre —lamentó el de la gorra.

—Qué denuncia ni que pollas. A ver si te crees tú que eso sirve para algo. El cabrón la hubiera matado igual. Se la tenía jurada desde hacía ya mucho.

El otro no respondió y el gordo siguió hablando sin mirarnos a ninguno de los dos.

—El hijo de la gran puta, según parece, le ha metido diez o doce puñaladas y luego, cuando ha venido la policía, se ha tirado por la ventana. La pena es que no se ha muerto, porque es un tercer piso y no muy alto.

—No, si encima sobrevivirá —comentó el de la gorra del Atleti.

—Pues claro que va a sobrevivir. Y luego cumplirá seis o siete años y a la calle otra vez, como el Rocky. Aquí ni justicia ni pollas. La vida ya no vale nada.

—Desde luego, menuda racha.

El café se me revolió en el estómago y me alejé sin despedirme porque noté una rabia animal que jamás había experimentado. Caminaba deprisa, apretando los puños. Me sentía responsable de aquella muerte. Le había amenazado unas horas antes y lo único que había

conseguido es que matase a su mujer. Creí que por una vez había sido capaz de hacer algo y lo cierto es que no había servido para nada. Nada servía para nada. Solo se podía haber evitado separando a ese tío de allí, apartándolo definitivamente, y yo podía haberlo hecho. Simplemente tenía que haber apretado su cuello un poco más. Su vida no era mejor que la de aquella mujer aterrada. Sin embargo, él podría seguir viviendo y ella no viviría más, como había dicho Paco de Sara. Los malos estaban ganando la partida, por eso este puto mundo apestaba. Por eso todo se estaba derrumbando.

Me dirigí hacia la Dehesa de la Villa, sabía por qué lo hacía, sabía lo que tenía que hacer. Bajé por el parque y luego subí la cuesta hacia el Cerro de los Locos. Hubiera sido mejor llevar algún arma, aquel tipo llevaba navaja, pero no me importaba. Le iba a reventar la cara a golpes. Mi cabeza era una olla a presión. La rabia me ardía en el pecho, me atenazaba la garganta. Alguien tenía que pagar. Por fin me sentía como si fuera otra persona. No había miedo, o si lo había, no me afectaba. Puede que al final de mis días me convirtiese en el hombre que siempre había querido ser. Ya no iba a agachar la cabeza y nadie iba a decidir por mí. Nada podía ya detenerme. Y estaba dispuesto a tomar lo que quería. Durase lo que durase. Ya no iba a sentarme a ver la vida pasar, como había hecho Alvaro, como Paco, como siempre hacía yo mismo.

En el cerro había dos tipos abrigándose después de jugar a la pelota. Otro, un poco más alejado y en calzoncillos, trataba de tomar unos tristes rayos de un sol otoñal que apenas calentaban. Tenía el cuerpo fibroso y quemado.

Decidí preguntar.

—Perdón, ¿no habrán visto a un tipo alto y flaco que suele deambular por aquí?

Los dos jugadores negaron con gestos, pero el que tomaba el sol dijo:

—Sí, hombre, uno que parece un buitre carroñero. Ese que siempre anda por aquí merodeando.

A mí me había parecido un cuervo, pero supuse que hablábamos del mismo individuo.

—Por lo visto, le detuvieron la semana pasada porque atracó a dos críos a punta de navaja y luego quiso abusar de uno de ellos.

—¿No me digas? Menudo cabrón —soltó uno de los deportistas al acercarse a escuchar.

—Esto cada vez está peor —dijo el que tomaba el sol—, y por la noche ni te cuento, en cuanto empieza a anochecer ya no se puede venir.

Yo pensé que para qué iba a ir él por la noche, si no encontraría ni un triste rayo de sol. Y también pensé que tenían razón, que ya no se podía ir a ningún lado.

Hice el camino de vuelta casi con las mismas prisas, aunque la rabia había ido dando paso a una clara determinación.

El bar de Paco tenía echado el cierre por la mitad, lo que me sorprendió. Me agaché y empujé la puerta, estaba cerrada. Toqué con los nudillos el cristal varias veces, hasta que abrió. Subió el cierre y entré. El miedo se veía en su cara, tenía una herida en la frente y algunas gotas de sudor le resbalaban por las patillas hasta perderse en el cuello. Pasó detrás de la barra y se secó con un trapo.

—¿Qué pasa?, ¿estás bien?

Sobre el mostrador había un cuchillo largo que usaba para cortar jamón. Aunque poco

quedaba ya que pudiera cortar. Vi cómo llenaba de agua un vaso de tubo y se lo bebía de un trago. Creo que era la primera vez que le veía beber algo que no fuese cerveza, coñac o cubatas. Luego sirvió dos copas de coñac. Le hice un gesto indicando que no me pusiera mucho. Bebió y yo hice lo mismo.

—Paco, ¿estás bien? —volví a preguntar.

Tomó aire abriendo mucho las aletas de la nariz, antes de responder.

—El hijo de puta ha estado aquí, ¿te lo puedes creer? En mi puta casa. Ha venido a vacilarme, a chulearse aquí en mis morros, ¿qué te parece? Si vuelve le rajo, te lo juro por Dios que le rajo.

—Espera, espera, que ha estado ¿quién?

—¿Quién va a ser? El hijoputa del Rocky.

—¿Qué ha estado aquí?

Asintió.

—¿Cuándo?

—Joder, pues hace un rato. No sé, hará unos veinte minutos.

—Bueno, cuéntamelo despacio, ¿qué ha pasado?

—Pues nada, estaba yo solo, porque debe de estar todo el mundo con lo de Rosa, y se ha presentado aquí. Ni siquiera le he visto entrar. Yo estaba recogiendo, a mi rollo, ya sabes, y cuando he levantado la cabeza me ha dado un vuelco el corazón. Y va y me dice con toda su puta cara que le ponga una birra, le digo que no le voy a poner ni una birra ni nada, que no le voy a servir y que se vaya por donde ha venido. Todo esto, yo detrás de la barra y él ahí delante. El tío insiste, le digo que se vaya a tomar por culo, y el cabrón coge y me tira un servilletero que me ha dado aquí. —Se señaló la herida de la frente.

—No te lo toques, tienes que lavarte esa herida —dije mientras le echaba un vistazo.

—Bah. —Me apartó.

Se pasó el paño por la frente, echó un trago, chascó la lengua y continuó con el relato.

—Entonces he cogido el cuchillo y le he dicho que le iba a rajar. El tío ahí recula un poco, ve que la cosa va en serio, se aleja unos pasos y ya desde la puerta, ¿sabes lo que me dice?

Negué con la cabeza.

—Que volverá para matarme a hostias, como ha hecho con Alvarito.

CAPÍTULO XIV

Llegué a casa de Eva y pulsé el telefonillo varias veces. No tardó en contestar.

—Abre, Eva, soy Pablo.

Se produjo un breve silencio.

—Verás, Pablo, no es el momento.

—Tengo que hablar contigo.

—Estoy trabajando.

—Abre, por favor, es importante. —Pasaron unos segundos e insistí—: Por favor.

No respondió, pero abrió el portal.

Subí las escaleras de dos en dos. Oí cómo descorría el cerrojo. Empujé la puerta y le solté todo.

Le dije que lo sentía, que sentía no haber luchado por ella, no haber sido más valiente. No haber estado nunca a la altura. No haber tenido una vida juntos, muy lejos de aquellas calles. No haberle mostrado el respeto que merecía. No haber estado a su lado cuando más lo necesitó. Y llorando lamenté no haber sabido antes que Sara era mi hija. Me maldije por ello. Le dije que me destrozaba su muerte y le prometí que me haría cargo de todo. Que me encargaría de Rocky.

Nunca me había derrumbado así delante de nadie, pero no me importó, de hecho fue un gran alivio. Ella me sostuvo entre sus brazos hasta que cesó el llanto. Luego nos besamos y terminamos haciendo el amor. Esta vez fue lento y bonito, aunque también amargo. Las cosas entre nosotros ya no podrían ser de otro modo, siempre tendrían un poso de amargura. Pero me dije a mí mismo que el tiempo que me quedase lo pasaría entero a su lado.

—Nunca más me alejaré de ti —murmuré, aunque no sé si lo oyó.

Media hora después seguíamos abrazados en la cama, ella parecía dormir, yo tenía la mirada clavada en el techo y escuchaba cómo un violín acunaba las palabras que Willy DeVille susurraba.

*One sigh of the dawn
Sweet instant of memory
One celestial rhapsody
And heaven stood still^[10].*

Un poco más tarde nos duchamos y preparamos juntos la comida. Durante un rato, parecimos una pareja que todavía tenía alguna posibilidad de ser feliz. Una breve instantánea de la vida que me hubiera gustado tener. Pero intuía que los fantasmas siempre estarían al acecho. Demasiados reproches, demasiados arrepentimientos, demasiado dolor.

No hablamos mucho durante la comida, pero hubo gestos de cariño y complicidad que me recordaron los primeros tiempos de nuestra relación, cuando fuimos felices. Porque creo que una vez fue así. Esa debía haber sido nuestra historia, el libro que nunca conseguí escribir.

Terminamos de comer, recogimos juntos la mesa y fregamos los cacharros. Preparamos café y nos sentamos en el sofá, uno al lado del otro, abrazados bajo una manta. Me pregunté si la felicidad podía haber sido algo tan sencillo.

Encendió la tele con el volumen algo bajo. Había una de esas películas baratas que cuentan alguna típica historia de amor que transcurre en escenarios de cartón piedra. Puede que fuera una producción alemana, de esas que Paco aborrecía.

—Dios mío, eres tú. Has vuelto —le decía una tipa con cara de goma y una melena rubia tan ahuecada que podría albergar dentro un par de cigüeñas, a un individuo con aspecto de haberle robado el maquillaje y la laca, y con la misma expresividad que un poste telefónico.

—Aquí estoy, Megan —respondía él, no sin cierta dificultad.

—Oh Dios mío. Dime que nunca me dejarás.

—Nunca te dejaré.

—Prométemelo.

El tipo mostraba su brillante dentadura postiza y decía:

—Te lo prometo, Megan.

—Abrazame, cariño.

Y el poste la sujetaba por la cintura, para después separarse un poco y dejar que ella le besara en el bigote.

Apasionante.

Esta vez fue a mí al que le tocó romper el hechizo.

—¿Has oído lo de Rosa?

Eva asintió y, sin mirarme, empezó a hablar.

—Otra más. Esos hijos de puta nos están matando, ya te lo dije. Lo malo es que nos hemos acostumbrado. Le ha quitado la vida a esa pobre mujer, pero ya solo es un número más. Ya no es Rosa, ahora solo es la víctima número no sé cuántos.

Apuntó con el mando y apagó la tele. Resultaba obsceno mantener esa conversación y tener de fondo aquel folletín.

Decidí contarle lo de la noche anterior. Creo que le sorprendió lo que hice y sentí una rara sensación de orgullo.

—Pero no sirvió de nada —lamenté—. Hasta puede que mi intervención lo provocase. No sabes cómo me he sentido al ver esta mañana lo que ha pasado. Me siento un poco responsable. Estoy jodido y supongo que tendré que cargar con ello.

Me abrazó y me besó varias veces en la frente y en la cara.

—No, cielo, no pienses eso. Ese malnacido la hubiese matado igual. Desgraciadamente, ya hemos visto muchos casos así. Pero lo que hiciste, te honra. Si todos se portasen igual, quizá cambiarían las cosas.

—No sé, la verdad.

Volvió a besarme, esta vez en los labios, un beso de verdad, no como el de la pareja que compartía maquillaje. Un beso que frenó todas mis dudas y lamentos.

—Estoy orgullosa de ti, Pablo —susurró. Y fue suficiente para borrar la nube negra que sentía instalarse en mi interior.

Esperé un momento hasta estar seguro de que mi voz no sonaría indecisa.

—¿Sabes qué? Según venía, he entrado en el bar de Paco. Me lo he encontrado hecho polvo, nunca le había visto así. Estaba desencajado por completo.

Me miró expectante y lo solté.

—Me ha contado que le ha visitado Rocky.

Fue pronunciar ese nombre y Eva se tensó como sacudida por una descarga eléctrica. Se le endureció el rostro y fue como si envejeciera un poco en ese mismo instante.

—Paco se ha negado a servirle —continué— y el cabrón le ha tirado un servilletero a la cabeza. Le ha hecho un pequeño corte en la frente. Entonces ha sacado un cuchillo jamonero y lo ha echado del bar. Cuando me lo ha contado todavía estaba acojonado.

—Qué hijo de puta —murmuré—. Dile que tenga cuidado porque seguro que vuelve.

Me fijé en su mirada, en que el azul pálido de sus ojos volvía a llenarse de temor. Y me di cuenta de que no eran los ojos que había tenido en su juventud. Habían perdido toda la intensidad. El dolor y la tristeza se habían ocupado de ellos. Parecían una imagen descolorida por el paso del tiempo, como cualquiera de nuestras viejas fotos que yo todavía conservaba por casa.

—Paco estaba jodido. Y ¿sabes lo que le ha dicho ese cabrón antes de irse? Que le iba a matar a hostias, como ha hecho con Alvaro.

Me miró con sorpresa durante unos segundos, luego puso su cabeza en mi hombro y me abrazó con fuerza. Notaba su miedo. Emitió un breve gemido y se puso a temblar.

—Vamos, tranquila, mi niña. No va a pasar nada.

Me di cuenta de que estaba llorando.

—Eh, eh.

La besé en la cabeza.

—No tienes que preocuparte de nada, cariño —susurré—, voy a ocuparme de él.

No reaccionó. Insistí.

—¿Has oído lo que he dicho?

Me abrazó más fuerte.

—Voy a matarle —añadí entre dientes. Y al escucharme a mí mismo pronunciar esas palabras, me di cuenta de que de verdad iba a hacerlo.

Hundió su cara en mi cuello, humedeciéndolo con sus lágrimas y murmuró:

—Te quiero, Pablo. Nunca he dejado de hacerlo.

Y entonces supe que, al fin, todo tenía sentido.

CAPÍTULO XV

—*Venga, saca ya esas birras que se van a calentar, joder* —protestó Alvaro.

—*Espérate, hostias, y ayuda a poner los bocatas* —respondió Paco, mientras metía jamón y queso en las barras que yo iba abriendo con una navaja.

Entretanto, Alvaro seguía a lo suyo, dándole vueltas al dial del radiocasete para ver si cazaba alguna emisora que pusiera buena música.

—*Vaya puta mierda, no se pilla nada. ¡Ehh, ¿dónde coño están todos?! —gritó junto al altavoz—. ¡Queremos rock and roll!*

Era un jueves de julio, estábamos de vacaciones y habíamos decidido irnos a comer a la Dehesa de la Villa. Teníamos unos 13 años y cada uno había contado a sus padres que iba a casa de uno de los otros, para ayudarle con los problemas de matemáticas de un cuaderno de verano o para colocar una estantería en su habitación, arreglar un coche o cualquier otra chorrada, y que ya comería allí. No era más que una tonta mentira para sostener una pequeña escapada que, entonces, parecía una gran aventura.

Habíamos estado dándole unas patadas a un balón de Alvaro y ahora estábamos preparando el gran banquete: patatas fritas, cortezas de cerdo, jamón y queso que Paco había cogido del bar, y un par de litronas que habíamos comprado y que llevábamos en una nevera portátil. En aquella época nadie se preocupaba tanto por los niños, lo que nos daba cierta libertad. A cambio, te hacían trabajar, y cualquier adulto, ya fuera padre, familiar o profesor, podía darte un par de buenas hostias y no pasaba nada porque «algo habrías hecho».

—*Hey, Back in black!* —gritó Alvaro poniendo los cuernos, para luego tararear el riff haciendo que tocaba una guitarra imaginaria—. *Tan tan, ta-ra-rá, ta-ra-rá, ta-ra-rá. Tanana-naná.*

Yo me uní a él haciendo que aporreaba la batería. Los dos saltábamos como posesos y cabeceábamos con fuerza arriba y abajo, como habíamos visto en un vídeo que hacía Angus Young.

—*Joder, cabrones, ayudadme con esto* —protestó Paco, para, seguidamente, empezar a saltar agitando una loncha de jamón como si fuera el lazo de un vaquero.

La cosa duró un par de minutos, hasta que un locutor interrumpió la canción y nuestro vibrante show se vino abajo, justo cuando sonaba el punteo de guitarra.

—*Eh, hijoputa, no lo cortes* —se quejó Alvaro, como si el tío de la radio pudiera oírle.

Nos reímos y añadió acercándose al altavoz:

—*Ponía otra vez, cabronazo! ¡Jodido gusano!*

Entonces, Paco le lanzó la loncha de jamón y le pegó en un ojo. Alvaro se agachó un momento, luego cogió la loncha y salió corriendo detrás de él. Paco ya entonces estaba un poco gordo y no era una gacela precisamente, así que Alvaro le alcanzó y le puso la loncha en la cabeza. De regreso al banco, Paco me la tiró a mí y le di una patada, grité gol alzando los brazos y se empezaron a descojonar.

—¡Qué gol ni que pollas, si la llevas en el pie! —me señalaron cayéndose uno encima del otro, sin poder contener las carcajadas.

Detuve la celebración, miré hacia abajo y vi la loncha pegada en mi pantalón, a la altura de la espinilla. Me la quité con asco y se la lancé, pero no di a nadie. Fin de la partida. Nos sentamos en un banco de esos con mesa en medio, todavía riendo, y empezamos a comer. Las hormigas enseguida hicieron lo mismo con la loncha del suelo.

Terminamos con las dos litronas, en parte por hacernos los machitos y, en parte, porque el jamón estaba muy salado. La cerveza nos había afectado y acabamos los tres tirados en la hierba, mirando la forma de un par de nubes e imaginando lo que representaban. Yo estaba en el centro.

—Esa parece un coche —solté apuntando con el dedo hacia arriba—, un coche de carreras.

—¿Qué cojones? Lo que parece es un rabo —aseguró Alvaro.

—Sí, el que te van a meter a ti por el culo —le dijo Paco.

—Mira, cono, ¿no lo ves ahí, con los cojones colgando y todo?

—Lo que parece es un mojón de mierda.

Y en ese plan.

Cuando nos cansamos de reír y empezó a vencernos el sopor provocado por la cerveza, se me ocurrió decir:

—Creo que algún día me gustaría largarme, muy lejos de aquí.

Pasaron unos segundos y Paco, que parecía estar dormido, dijo.

—¿Del barrio, quieres decir?

Alvaro se rio de él.

—Sí, dos calles más abajo, no te jode.

—Vete a mamarla —dijo Paco, y refiriéndose a mí—: y, ¿dónde irías?

—No lo sé. A algún lugar de Europa, supongo. Puede que a Inglaterra o a Holanda, no sé. Todavía no lo tengo claro.

Paco abrió un ojo para mirarme y comentó.

—Yo, en caso de irme, me iría a Japón.

—A ti lo que te gustaría es que te pusieran el culo como la bandera de Japón —soltó Alvaro, pero ambos lo ignoramos.

—¿En serio? —pregunté.

Le entró la duda.

—Bueno, no sé. La verdad es que me daría cosa ser el único allí que no fuese chino.

—Será japonés —le aclaré.

—Bueno, eso. O sea, que todos iguales menos yo, ya sabes... Y encima, todos hablando en chino, como para entender algo.

—Será en japonés —repetí.

—Sí les entenderías porque te llamarían Paking —contrató Alvaro, pero esta vez tampoco le hicimos caso.

Paco lo pensó un poco más y continuó:

—Además, no podría ni ver la tele, no me enteraría de una mierda. Mejor, me quedo donde estoy.

—Aquí tampoco te enteras de mucho —le dijo Alvaro y Paco le soltó un golpe en los huevos, aunque sin demasiada fuerza.

—Quita Paking, maricón —se frotó la entrepierna y añadió—: Joder, te has pasado, me has hecho daño.

—¿Y tú, Alvaro? —pregunté.

Tardó unos segundos en responder, ocupado como estaba en frotarse la polla. Me incorporé un poco apoyándome en un codo y lo miré.

—¿Dónde te gustaría ir?

—No sé —comentó al fin—. A mí lo que me gustaría es ser una jodida estrella de rock. Ir de un sitio a otro, como los Rolling. Tendría mi propio avión privado y un montón de tías alrededor. Eso sí que molaría.

—Sí, no estaría mal —dije.

—Este flipa —comentó Paco.

—Bueno, déjalo —añadí yo, está bien tener planes.

—¿Planes?, ¿eso son planes? Este es un puto chiflado.

—Venga, no te pases —le dije.

Y Alvaro comentó:

—Déjale. En el fondo, tiene razón. La verdad es que no creo que ninguno de nosotros vayamos nunca demasiado lejos.

Nadie supo qué decir después.

Habíamos planeado volver a casa sobre las cinco, porque Paco tenía que ayudar en el bar. Pero, entre unas cosas y otras, la tarde pasó volando y llegamos al barrio casi a las ocho. Paco iba preocupado porque sabía que le iba a caer una buena, de modo que decidimos acompañarle. Apoyo moral.

Entramos en el bar. Había dos mesas con cuatro hombres en cada una, unos jugando al dominó y otros a las cartas. La tele estaba encendida, aunque nadie prestaba atención. Y el ambiente estaba tan cargado por el humo del tabaco que los ojos empezaban a picarte nada más entrar.

—Vaya, ya está aquí el desgraciado este —fue lo primero que soltó su padre, nada más vernos aparecer.

En las mesas se hizo un breve silencio, nos miraron, pero enseguida volvieron a lo suyo. El padre de Paco salió de detrás de la barra, se acercó y le dio un bofetón que lo tiró al suelo.

—¿Qué horas son estas y de dónde cojones vienes? ¿Tú no sabes que tienes que echar una mano aquí?

Los de las mesas volvieron a lanzar otra fugaz mirada, como si una mosca les hubiese distraído, y siguieron a sus cosas. La madre de Paco salió de la cocina, primero sujetó al marido, y después levantó a su hijo que tenía una mano tapándose el lado de la cara donde había recibido la bofetada.

—Antonio, por favor.

Mandó a Paco a la cocina y desapareció detrás de él.

—¡No le pegue, joder, no ha sido a propósito, se nos ha hecho tarde! —solté sin pensarlo.

Aquel tipo que parecía una montaña, alguien capaz de romper un árbol por la mitad, me miró como si contemplase un insecto y soltó entre dientes:

—*Quítate de mi vista, chaval, o te calzo una hostia a ti también, por gilipollas.*

Me quedé inmóvil, tragué saliva y oí la voz de Alvaro:

—*Es usted un abusón. Eso es lo que es.*

El tipo nos agarró a los dos por la parte posterior del cuello, sus dedos eran garras que producían un terrible dolor, y nos sacó casi en volandas del bar.

—*¡A tomar por el culo, fuera de aquí!* —gritó.

En la calle, nos dio un empujón como para impulsarnos lejos de su puerta y cuando se giró, Alvaro le lanzó un escupitajo. Aunque, afortunadamente para nosotros, ni le alcanzó ni se dio cuenta. Si no, es más que probable que aquel animal nos hubiese partido la cara allí mismo.

Con el miedo todavía dentro, caminamos en silencio hasta la esquina y antes de despedirnos, Alvaro comentó:

—*¿Ves? Esta es la mierda de la que nunca podremos escapar. La gente como nosotros nunca lo consigue.*

Alvaro siempre fue el más inteligente de nosotros, ya desde pequeño miraba cosas que nosotros no veíamos y decía cosas que a los demás nunca se nos habrían ocurrido. Solo que lo mezclaba todo con chorradas, quizá para hacérselo más fácil.

—*¿Quieres decir que ya no vas a ser una estrella de rock?* —pregunté.

Me miró alzando las cejas.

—*Pablo, ese tío tiene razón, eres gilipollas. Nunca seremos nada* —se encogió de hombros—. *Ninguno de nosotros.*

Después de un par de semanas, volvimos a atrevernos a pisar el bar. Su padre no dijo nada y nosotros no volvimos a hablar de aquel incidente. Aunque Paco iba a veces con marcas de cinturón en la espalda y en el cuello. Aquello duró hasta que, tres años después, a su padre le reventó el hígado.

Ahora que lo pienso, esa fue la primera vez que me alegré de verdad por la muerte de alguien.

CAPÍTULO XVI

Pasamos un par de días preparándolo todo. No hacía falta más. Eva lo había estado siguiendo de algún modo y conocía sus rutinas. El tipo se levantaba tarde y bajaba a la plaza. Allí mismo trapicheaba con droga con unos cuantos infelices y luego comía en un bar ecuatoriano que había en la esquina. Se pasaba allí toda la tarde y sobre las once salía dando tumbos hacia su casa. Siempre solo. Puede que todavía se sintiese vigilado y no se hubiese relajado del todo. Teníamos claro que era un depredador que volvería a cazar, pero se había pasado unos cuantos años encerrado y no sería tan imbécil como para actuar allí mismo, en aquellos primeros días. Además, con lo que había pasado con Rafa y Rosa, debería esperar a que los ánimos se calmasen. Claro que eso no encajaba con lo que le había dicho a Paco sobre Alvaro. Quizá no había podido contenerse. Me preguntaba cómo ocurrió. Las palabras de mi amigo muerto resonaron en mi cabeza con absoluta claridad.

«La pena es que no le hayan cortado el cuello. Este mundo es una mierda. Espero no encontrármelo por el barrio. Porque si lo veo, voy a decírselo en su puta cara».

El bueno de Alvaro. Incapaz de superar un divorcio, alejarse del barrio o abandonar la bebida, y perfectamente capaz de hacer, en completa desventaja, lo que los demás solo proponíamos en el bar después de un par de rondas.

Lo más probable sería que se lo hubiese cruzado una de esas noches de vuelta a casa. Aquel era un barrio en el que no había cámaras y los vecinos preferían no ver nunca nada. Cada uno se preocupaba solo de lo que sucedía detrás de sus ventanas. Lo que pasaba en la calle se lo tragaba la oscuridad y el silencio. En realidad, todos éramos cómplices de la maldad. En eso, nada había cambiado.

Habíamos acordado el momento y decidimos que sería mejor no vernos durante unos días. Eva me dijo que tenía que enviar a la empresa cuatro trabajos que había finalizado y lo haría desde casa, a partir de las diez y media, uno cada media hora. Ese era el tiempo que yo tenía para hacerlo: entre las diez y media y las doce de la noche. Si por alguna razón no encajaba en ese intervalo, habría que retrasarlo. Esa sería su coartada y me propuso que pensásemos en una para mí. Le dije que no se preocupara, lo tenía todo controlado.

La tarde del martes llovía y el frío del otoño parecía haber llegado de golpe. No se veía a nadie por la calle. Entré en el bar de Paco. Tenía a cuatro o cinco parroquianos echando la partida que, a eso de las nueve, se marcharon a sus casas, donde solo prestarían atención a lo que sucediese entre sus mugrientas cuatro paredes o en la pantalla de su televisión.

No estábamos muy habladores. Paco se hurgaba los dientes con un palillo y miraba un concurso en la tele; yo pasaba, sin mucho interés, las páginas de un periódico mientras me tomaba un pincho de tortilla y una cerveza. Mi cabeza estaba en otra parte.

Después, le dije que me pusiera un ron con coca cola. Paco salió de detrás de la barra y echó el cierre por la mitad. No esperaba ya clientela, pero, como siempre, tampoco tenía prisa por subir a casa. Se fijó en que había dejado la tortilla sin terminar.

—¿Qué pasa?, ¿no hay hambre?, ¿quieres que te ponga alguna otra cosa?

Negué con la cabeza, eché un largo trago y miré el reloj: las diez.

—Paco, pon la primera —dije señalando la tele.

Cogió el mando a distancia y cambió de canal.

—¿Qué echan?

—*Regreso al futuro*. Un buen título para hoy.

—No jodas, la he visto ya mil veces. Y tú la habrás visto otras mil. ¿Qué pasa, que esta gente no tiene pasta para comprar pelis nuevas? Venga, coño. Luego pillan un camión de pelis alemanas de esas, que se ve que están hechas con cuatro euros y son todas una puta mierda, y te están echando pelis alemanas todo el año. Sobre todo, por la tarde. Menudo coñazo. Bueno, te valen para dormir la siesta, como los documentales de la dos, que según los pones, empiezas a cabecear y en cinco minutos estás planchando la oreja y con la baba colgando, no me jodas. El día que un tío se trague entero uno de esos, seguro que le dan un premio. Ya te digo.

Parecía decidido a disparar todas las palabras que había guardado durante toda la tarde. En ese momento debió reparar en la pinta que llevaba: ropa deportiva oscura y un impermeable con capucha.

—¿Te vas a correr un rato bajo la lluvia o qué?

Le indiqué con un gesto que se acercara. Cogió la botella de coñac, se puso una copa y se sentó en un taburete frente a mí.

—¿Qué pasa?

—Tengo que pedirte un favor. Algo importante.

Le cambió la expresión.

—Claro, lo que sea —dijo abriendo las manos como para mostrar que no ocultaba nada—. ¿Te encuentras bien, tío?, ¿ha pasado algo?

—Escúchame, me voy a marchar ahora, pero quiero que eches el cierre y te tragues la peli, termina a las doce. Luego te subes a casa a dormir. Y, lo más importante, yo he estado aquí contigo y me he ido justo cuando tú. Hemos tomado dos cubatas como este —le mostré el vaso—. Al segundo me has invitado, porque ese no aparecerá en la caja. Y apenas hemos hablado. Solo hemos visto la peli, dormitando como dos viejos cabrones. Y eso será todo, ¿lo has entendido?

Me miró un momento de una forma extraña y percibí cómo el miedo iba apareciendo en sus

ojos, que eran ya dos sombras marrones.

—Pablo, ¿qué pasa?

—¿Me harás ese favor?

—¿Qué coño vas a hacer? —me interrogó con voz ronca.

—Pregunte quien pregunte, eso es todo lo que tienes que decir. ¿De acuerdo? ¿Lo has entendido?

Se bebió la copa de un trago.

—¿No irás a hacer una gilipollez?

—Lo harás, ¿verdad?

No dijo nada e insistí.

—Paco, ¿harás eso por mí?

Asintió con tanta pena que parecía que se iba a echar a llorar.

Apuré el cubata. Dejé sobre la barra un billete de veinte euros. Le palmeé la espalda, me agaché para no tener que subir el cierre y salí a la calle oscura y mojada.

Al llegar a la plaza me quedé en una esquina, bajo un balcón, a cubierto de la lluvia y en las sombras, como el fantasma que ya era. Tenía las manos en los bolsillos, con los guantes de goma puestos, y con una de ellas agarraba con fuerza la navaja. Finalmente había decidido no usar la vieja pistola de mi padre; demasiado arriesgado, no sabía si funcionaría bien o la bala me saltaría a la cara. Y luego estaba el tema del ruido. Además, esa pistola podía ser más fácil de rastrear.

Miraba la lluvia en el haz de luz de las farolas y pensaba en Eva, una mujer cargada de lluvia. De lluvia y misterios.

Apenas llevaba quince minutos cuando empecé a temer que ya se hubiera ido a su casa, pero no podía acercarme al bar para comprobarlo. Los nervios me arañaban la garganta.

A los veinte minutos salió una pareja cocida de alcohol, sujetándose el uno al otro para no terminar ahogados en un charco. Canturreaban, resbalaban y reían.

—Vamos, papi, que tengo frío —se quejó ella.

Y, entonces, en cuanto les perdí de vista, apareció Rocky. Iba solo y también me pareció que se tambaleaba un poco. No llevaba capucha y no parecía importarle mojarse. Pensé que para alguien que se había tirado años en una celda, mojarse de noche en una calle cualquiera podía resultar ser algo placentero.

Solo le había visto una vez durante estas semanas. Fue una mañana cruzando la calle y no me había parado mucho a estudiar su aspecto. En ese momento todavía no había decidido acabar con su vida. Ahora le tenía enfrente, él no podía verme. Llevaba el pelo largo recogido en una coleta y era muy corpulento, pero no a la manera de Paco. El tipo se había machacado con las pesas en la cárcel y me di cuenta de que, si me enfrentaba a él directamente, no tendría ninguna oportunidad. Me destrozaría como hizo con Alvaro. Pero, de cualquier modo, iba a hacerlo. Había evitado todo el día pensar en ello porque no quería permitir que me atenazase ninguna duda. Estaba dispuesto a todo. Tenía una misión y la iba a cumplir.

Respiré hondo y empecé a seguirle a cierta distancia. La sangre me palpitaba con fuerza en las venas y el corazón me golpeaba el pecho. Creí que casi podía oírlo.

Decidí que aquel tipo que caminaba unos metros delante de mí, por la acera de enfrente, era el culpable de todo lo que me había sucedido. Y empecé mentalmente a repetírmelo. Él había matado a mi hija, solo una niñita inocente, la había torturado, la había violado. Le había

arrebatado la vida y había destrozado las nuestras. Había creado en Eva, la mujer que yo amaba, un dolor insoportable que permanecería siempre en sus entrañas, abrasándola por dentro, desgarrándola. Y aquel cerdo iba a pagar por todo ello. Incluso iba a pagar porque yo nunca había sido feliz, porque siempre había sido un cobarde, porque, igual que mis amigos, nunca habíamos alcanzado ni uno solo de nuestros sueños, como dijo Paco. Por Alvaro y sí, también porque me estaba muriendo de un maldito cáncer, justo cuando por primera vez en años sentía algunas ganas de vivir.

Su casa se encontraba al final de la calle. Estaba oscuro, era el momento. Saqué la navaja y la abrí. El estómago se me llenó de cristales rotos. Se detuvo junto al portal a buscar las llaves, eché a correr por encima de los charcos y el miedo. Cuando oyó mis pasos me tenía prácticamente encima, se giró y empezó a decir algo que no entendí. Le asesté una cuchillada en el cuello, se cayó contra la pared tratando de taponarse la herida. Salía un largo chorro de sangre caliente y pegajosa, y noté que me había salpicado en la cara y puede que en el pecho. Entonces me vio y creo que supo quién era. Estaba aterrorizado. Probablemente veía en mi cara el rostro de la muerte. Estiró un brazo como para alejarme, tenía los ojos muy abiertos. Le sujeté por la muñeca y le acuchillé en la tripa.

—Esto por Sara, mi hija. Pedazo de mierda. —Y le clavé luego la navaja en la polla.

Quería gritar, pero emitía un gorgojeo extraño. Me pareció un animal medio degollado. Y me recordó a un tío mío que le habían hecho una traqueotomía y, cuando yo era pequeño, me daba miedo porque se tapaba el agujero para hablar y parecía alguien recién salido de la tumba.

Se le doblaron las piernas y cayó de rodillas. Me agaché a su lado, me sentía más poderoso que nunca. Solo veía aquel rostro aterrado y el enorme dolor que nos había causado. No sentí piedad alguna. Le cogí de la coleta y le eché la cabeza hacia atrás.

—Y esto por Eva y por Alvaro, hijo de la gran puta. —Y le metí otras dos cuchilladas en el pecho.

Era una sensación rara empujar aquella hoja afilada atravesando ropa y carne. Ese sonido agudo, como el de ese viento de otoño que empujaba sobre nosotros cortinas de lluvia.

Se derrumbó por completo, como una pared de ladrillos. La sangre se mezclaba con el agua que corría por la acera, calle abajo. Miré a los lados temiendo que alguien hubiera presenciado todo, o que algún inútil lo hubiese grabado con un móvil que luego colgaría en Internet. Empecé a caminar, doblé la esquina y eché a correr. Me di cuenta de que llevaba la navaja en la mano, la cerré y la guardé en el bolsillo.

Subí a casa, me quité la ropa y la distribuí en dos bolsas de basura, me lavé la cara, me vestí de nuevo y salí.

Seguía lloviendo. Caminé por las calles del barrio, evitando las más iluminadas, alejándome de allí unas cuantas manzanas. Eran las once y media, pronto recogerían la basura. Tiré las bolsas en diferentes contenedores y volví. Por fin estaba a salvo. Al cerrar la puerta de casa me di cuenta de que estaba temblando. Me di una ducha caliente. Después me puse un coñac y me senté en el sofá echándome una manta por encima. Y allí, en medio del silencio y la oscuridad, y agarrotado por el miedo, fui plenamente consciente de lo que había hecho. Y sentí que no me importaban las consecuencias. Que pasara lo que tuviera que pasar. Eché un trago, asentí con la cabeza y creo que sonreí.

CAPÍTULO XVII

Pasé la mañana siguiente encerrado en casa. Ni siquiera me molesté en subir las persianas. Puse la radio y hubo momentos en los que deseé que todo hubiera sido un mal sueño. Tal vez fuera así. Quizá el puto cáncer me hacía imaginar cosas que no habían sucedido. Pero sabía que no era verdad. A ratos me atenazaba el miedo. Luego me tranquilizaba y me repetía a mí mismo que había hecho lo que tenía que hacer. Jimmy Lafave se lamentaba dentro de mi cabeza, una y otra vez.

Desperate men do desperate things^[11].

A mediodía puse las noticias y allí estaba:

Asesinan a Ramón Carcelén Vega en la puerta de su casa. Carcelén, de 54 años, había salido de la cárcel el pasado 4 de octubre, donde permaneció durante doce años por el asesinato y la violación, en el 2003, de la niña de 14 años Sara Martínez Plaza. Ramón Carcelén se encontraba en libertad condicional. El cadáver, que presentaba, al menos, cinco puñaladas, fue encontrado a primera hora de la mañana por un vecino que bajaba a pasear a su perro. Precisamente, según algunos vecinos de la zona, Carcelén, que no era muy apreciado en el barrio, se dedicaba desde su excarcelación al trapicheo de drogas. La policía ya ha descartado el robo como móvil del crimen, dado que en los bolsillos de la víctima se ha encontrado su cartera con cuatrocientos euros, dos papelinas de heroína y diversas pastillas, y se estudia la posibilidad de que se trate de un ajuste de cuentas. Igualmente, fuentes policiales han indicado que esperan practicar, en las próximas horas, la detención del autor o los autores de este hecho.

Continuamos con la información internacional.

La Unión Europea...

Apagué el televisor y sentí que el pánico se apoderaba de mí por completo. «Ajuste de cuentas», «detenciones en las próximas horas»...

Me derrumbé en el sillón temiendo que, de un momento a otro, echasen la puerta abajo para llevarme detenido. Respiré hondo varias veces tratando de relajarme. Y si eso sucedía, ¿qué? Tenía un puto cáncer que me estaba royendo el cerebro e iba a acabar conmigo en un par de meses. ¿Qué importaba apagarse en la cama de un jodido hospital o hacerlo en la enfermería de

la cárcel? Basta de miedo. Desde ayer, era un tipo diferente. Había hecho lo que tenía que hacer y no me arrepentía en absoluto. Había vengado la muerte de mi hija. Había intentado sacarle a Eva parte del dolor que la destrozaba por dentro desde hacía años, su propio cáncer. Si tenía que pagar por ello, lo haría.

Abrí la nevera y tiré la comida preparada que quedaba, y que había empezado a pudrirse. Preparé una tortilla francesa con dos huevos que parecían conservarse en buen estado y puse un documental de la tele para que, como decía Paco, me ayudase a dormir un rato en el sofá. A media tarde me di una ducha y decidí salir de la trinchera para ver cómo estaba todo. Había pactado con Eva no vernos, al menos, durante una semana. Sabía que se me haría eterno, pero tenía que ser así. Seguro que ella sería una de las primeras personas que interrogasen. Y puede que también, tirando del hilo, llegasen hasta mí. Si eso sucedía, solo había que mantenerse firme. Aunque especulasen, no tenían nada. No podrían tocarnos.

Decidí ir a ver a Paco.

Tenía casi media entrada, mucho más que cualquier otro día de la semana, y todos los corrillos hablaban de lo mismo: la muerte de Rocky, claro. Lo que llamaba la atención es que el tono era casi de celebración. Se oían risas y brindis, como si el Madrid hubiese ganado la Champion. Capté algunos retazos de conversación.

—Hijo de la gran puta, le está bien empleado.

—Yo hubiera pagado por verlo, te lo juro.

—Pues creo que primero le dieron una buena paliza.

—Que se joda. A ese se la tenía jurada mucha gente.

—Ahora sí se ha hecho justicia.

—Una rata menos en el barrio.

Llegué hasta mi rincón. Paco se plantó frente a mí con las manos apoyadas en la barra y me observo un momento, yo también lo miré. Tenía aspecto de no haber dormido en toda la noche y cargar con un peso enorme sobre sus cansadas espaldas. Se le había despeinado el mechón de pelo que le cruzaba la calva, y las ojeras y los mofletes parecían habersele descolgado un poco más.

—¿No habrás sido tú, no Paco? —quise bromear.

Ni siquiera se movió. Abrió mucho los ojos y miró rápidamente a los lados para comprobar que nadie me había escuchado.

—No me jodas, Pablo —protestó en voz baja.

—Anda, ponme un doble.

Lo hizo, pero no cruzamos ni una palabra más. Me dediqué a echar un vistazo a la prensa y mirar de vez en cuando la tele. Cuando volvieron a comentar la noticia en la pantalla, el bar enmudeció durante un momento para escuchar lo que decían y ver las imágenes que habían grabado del barrio.

—Coño, mira, la puerta de tu casa —señaló uno.

—Y ese gordo que está de espaldas es el Enrique —comentó otro. Pero enseguida volvieron a sus conversaciones.

Me tomé otro doble y, finalmente, nos quedamos solos. Paco bajó el cierre, puso dos rones

con coca cola y se colocó frente a mí, apoyando una pierna sobre unas cajas de botellas, como hacía siempre.

—No quiero saber nada —dijo.

—No quiero contarte nada.

Bebimos. Puede que me viera observarle la calva, porque se pasó las manos para colocarse el mechón. Luego cogió un paño y se secó el sudor de la frente, el cuello y la nuca. Paco siempre sudaba, daba igual que fuese verano o invierno, siempre lo veías en manga corta con varios botones de la camisa desabrochados y sudando. Y si algo le preocupaba, como era el caso, sudaba tanto que parecía que le hubiesen obligado a dar varias vueltas a la manzana a toda velocidad. Como en esa clase de gimnasios que te cobran por mandarte a correr a la calle.

—Joder, estoy de los nervios.

Eché un trago.

—Tranquilo, todo va a ir bien —le aseguré como si tuviese esa certeza.

Él también bebió. Luego se pasó el vaso por la frente y dijo:

—Ha estado aquí la policía. Bueno, han hecho preguntas por todo el barrio durante toda la mañana ¿No habrán ido a verte?

Negué con un gesto y continuó:

—Mejor. Bueno, la verdad es que tiene pinta de que no parece que vayan a dedicarle mucho tiempo. El primo de Carmona, el del taller, que ya sabes que es inspector de policía, por lo visto le ha dicho que van a cubrir un poco el expediente y ya está. Vamos, que no van a dedicarle ni mucho tiempo ni muchos recursos a eso. Para ellos es también una rata menos. Nadie lo va a echar de menos.

—Brindemos por que así sea.

—Esperemos —murmuró.

No hubo mucho más que decir. Terminamos en silencio nuestras copas y me marché.

Pensaba volver a casa, pero antes de subir me dirigí un momento hacia la casa de Eva. No sé por qué lo hice, había anochecido y solo quería pasar frente al portal, sentir que todo estaba bien. Entonces vi algo que me dejó helado. Eva estaba en la puerta despidiéndose de un tipo que me pareció familiar. Se abrazaron, se cogieron un momento de las manos, dijeron algo que no pude oír y ella le dio un beso en los labios. Fue tan rápido que pensé que no había sucedido, pero lo había visto, desde luego que sí. Ella entró enseguida en el portal y el tío se alejó con las manos en los bolsillos. ¿Qué coño significaba aquello?, ¿quién era aquel tipo?, ¿por qué Eva le había besado en los labios?, ¿qué cojones estaba pasando?

Regresé a casa y me dije que debía mantener la calma. Ahora más que nunca. No podía contactar con ella, ni joderlo todo por una estúpida escena de celos infantiles, eso ya lo habíamos vivido. Estaba seguro de que Eva me amaba, tenía que haber una explicación. Pero lo cierto es que los celos empezaban a envenenarme por dentro, una vez más. ¿Era un simple beso o habían pasado la tarde follando en su casa? ¿Tenía otro amante y me estaba engañando, como ya hizo hace años? ¿Estaba liada con los dos hasta decidirse, como sucedió cuando me dejó?

Las preguntas se acumulaban, me dolía la cabeza y tenía ganas de vomitar, de gritar, de romper cosas, de correr hasta que me estallasen los pulmones. De pronto la escuché con nitidez,

como me había pasado la noche anterior con Alvaro.

«No te confundas, no te pertenezco. Ni a ti ni a nadie».

Palabras de hacía muchos años que retumbaban en mi cabeza como si se hubiesen pronunciado en ese instante.

—¡Aaahhh! —grité.

Joder, empezaba a oír voces del pasado ¿Me estaba volviendo loco? ¿El puto cáncer estaba haciendo su trabajo más rápido de lo esperado? ¿A partir de ahora, iba a confundir realidad y ficción? Pero lo de anoche sí había sido real, sin duda. Había matado a aquel tipo, de eso estaba seguro.

Me paseé un rato por la casa. Entré en el baño y me lavé la cara con agua fría. Bebí un vaso de leche. Regresé al salón, me dejé caer en el sofá, recosté la cabeza, cerré los ojos y traté de relajarme.

«Tranquilo. Tienes que tranquilizarte —me dije—. Seguro que hay una explicación para todo, pero ya llegará el momento. Ahora, lo primordial es mantener la calma. No ponerse nervioso. Esperar».

Empecé a respirar de forma más pausada y, en ese momento, pensé que, quizá, debería ir al hospital y someterme a algún tipo de tratamiento. Lo de Eva seguro que tenía alguna explicación, y yo, el tiempo que me quedase, quería pasarlo con ella. La amaba y creía que ella a mí también. No podía fingir que no me pasaba nada. El cáncer no iba a desaparecer porque yo hiciese como que no existía. Sobre la mesa había un par de folletos de propaganda y otra carta del hospital, era la quinta que recibía y todas las había tirado a la basura sin abrirlas. La sostuve un momento entre los dedos antes de rasgar la tirilla de apertura. Me temblaban las manos.

Estimado señor Gutiérrez:

Tenemos que comunicarle que se ha producido un error en la tramitación y comunicación de su diagnóstico clínico, por lo que necesitamos contactar con usted, a la mayor brevedad posible, para clarificar la situación.

Por ello, le emplazamos a que se persone en este hospital de manera urgente o contacte con nosotros a través de los teléfonos que le indicamos más abajo.

Reciba un cordial saludo.

Después aparecía la fecha y la firma del director del hospital. Di la vuelta al papel esperando algo más y volví a leer el texto. ¿Qué cojones significaba todo aquello?

«¿Error en la tramitación y comunicación de su diagnóstico clínico? ¿Clarificar la situación?».

¿Qué pretendían decirme con aquella mierda de lenguaje aséptico? ¡Hablaban de mi puta vida, joder! Arrugué la carta y la tiré al suelo.

Entonces decidí que solo había una manera de averiguarlo.

CAPÍTULO XVIII

—Le agradecemos mucho que haya venido, señor Gutiérrez.

No sé si sabrá que llevamos varias semanas intentando ponernos en contacto con usted, tanto por vía telefónica como por carta y, hasta ahora, nos había sido del todo imposible.

Miró los papeles que tenía sobre la mesa y continuó:

—Según me consta, le hemos enviado cinco cartas y le hemos realizado, al menos, una docena de llamadas telefónicas.

Me estaba impacientando. Apenas había dormido, me había tomado un café doble, tenía el estómago revuelto y mi pierna derecha se movía sin control. Saqué la arrugada carta del bolsillo y la puse sobre la mesa.

—Vayamos al grano. ¿Qué significa esto?

Nos encontrábamos en la quinta y última planta del Hospital Internacional de Madrid, muy cerca de Arturo Soria, el sitio que hasta ese momento me había negado volver a pisar. Estábamos en una amplia sala de juntas con dos enormes ventanales que ofrecían unas buenas vistas de la contaminación de la ciudad. En la cabecera de la mesa estaba el que se había presentado como director general: Santiago Sánchez-Merino, un tipo de unos sesenta años, tenía el pelo blanco y abundante peinado con la raya a un lado, y vestía un traje azul con un pañuelo al cuello, su piel bronceada remataba su aspecto de *playboy* de los años setenta. A su derecha, un tal Eugenio Abril-Soler, del departamento jurídico, un hombre de aspecto anodino y gris como su traje de raya diplomática, usaba unas gafas de montura metálica y se peinaba hacia atrás con gomina. A su lado, el doctor Echevarría-Martín, el portador de buenas noticias, con su bata blanca, una absurda corbata verde con dibujitos de palos de *hockey* y su enorme cabeza calva. Enfrente de ellos estaba yo, sin apellido compuesto, sin traje ni corbata y con los nervios rotos.

Nadie tocó mi carta, quizá les parecía que estaba contaminada, como la ciudad tras los ventanales. El director continuó:

—El motivo de intentar localizarle con tanta premura es que, como le indicamos en la carta, se ha producido un desgraciado error en la comunicación de su diagnóstico clínico. Debe usted saber que este hospital pone el máximo empeño en que cosas así no sucedan, pero, en este caso, podríamos decir que se ha producido más bien un sabotaje, un daño intencionado por parte de una persona, creemos que con ánimo de perjudicar a esta institución y que, en última instancia, le

ha perjudicado, indudablemente, a usted. En este sentido, además de transmitirle mis más sinceras disculpas y ponernos a su disposición para lo que necesite, debo comunicarle que nuestro hospital, y aquí está nuestro director jurídico, ha puesto ya en marcha una denuncia...

—Un momento, un momento —dije pidiendo un poco calma—, lo que me está diciendo exactamente ¿qué es? —Podía intuirlo, lo deseaba, pero necesitaba que lo dijeran. Tenía que oírlo. Mi pierna derecha había cogido velocidad y ahora notaba una especie de tic en el párpado del ojo izquierdo.

—Que usted, Pablo, no está enfermo de cáncer —intervino al fin el médico, y lo dijo con el mismo tono impersonal que había utilizado semanas atrás para decirme, justamente, lo contrario.

Se me descolgó la mandíbula, como le pasaba a Paco cuando trataba de asimilar algo.

—¡Jah!

—Alguien cambió su expediente —continuó— por el de otra persona que sí padece la enfermedad, y, dado que usted había tenido algún episodio o pequeño incidente que encajaba con la sintomatología, no pudimos pensar otra cosa.

—Tenemos perfectamente identificado al sujeto que ha provocado esta lamentable e indeseada situación —intervino por primera vez el abogado de traje y aspecto gris.

Al fin pude construir una frase.

—¿Me está diciendo que me soltó aquello de que me quedaban un par de meses de vida y no era cierto? —pregunté dirigiéndome al médico.

El tipo evitó mi mirada y trató de escabullirse.

—Bueno, tenga en cuenta que...

—¡Me dijo que tenía un puto cáncer y era mentira, joder! —grité golpeando la mesa y haciendo enmudecer al doctor—. ¿Sabe lo que eso significa?!

—Bueno, lo cierto es que yo le propuse realizar unas pruebas de contraste y...

—¿Sabe cómo me he sentido? ¿Se da cuenta de lo que podía haber hecho? ¿Podía haberme quitado la vida, joder! —«O quitársela a alguien», estuve a punto de decir, pero me mordí la lengua.

—Oiga, cálmese, nosotros... —Intentó argumentar, pero volví a interrumpirle golpeando nuevamente la mesa.

—¡No me pida que me calme, joder! ¿Sabe usted por lo que he pasado estas semanas? No, claro que no lo sabe. No es usted al que un médico incompetente le había anunciado que se estaba muriendo. ¡Estaba dispuesto a pegarme un tiro en la cabeza, hijo de la gran puta! —grité poniéndome en pie.

—Bueno, vamos a calmarnos todos —añadió con suavidad el director.

Me di cuenta de que tenía los puños apretados y de que deseaba machacar a aquel imbécil allí mismo. O, mejor aún, macharles a los tres, a aquellos tres capullos engreídos para los que yo no era más que un número de expediente, como había dicho Eva sobre las mujeres asesinadas. Alguien cuya vida no les importaba una mierda.

—El sujeto que ha provocado todo esto está, como le decía, identificado y hemos presentado una querrela —dijo, retomando el hilo, el abogado—. Esa persona que, obviamente, ya no trabaja aquí...

Empecé a aplaudirle y se detuvo.

—Ah, estupendo, está perfectamente identificado y ya no trabaja aquí. Esa es una gran

noticia para mí. Ya me quedo más tranquilo.

Me dejé caer en la silla, me tapé la cara con las manos. No sabía qué hacer ni qué decir. Ni si aquello era bueno o malo, después de lo que había pasado. Me sentía bloqueado. Pensé que me iba a echar a llorar allí mismo, pero me puse a reír. Me miraron como si estuviese loco y, probablemente, ese sí sería un diagnóstico más acertado. Había sentido ganas de machacarles a golpes. Podía demandarles, y es probable que lo hiciera. Pero entendí que lo que de verdad importaba es que no iba a morir, que no tenía cáncer, que estaba bien.

—¿No ha vuelto a tener mareos? —preguntó el médico como si hubiese adivinado dónde estaba llegando.

Negué con la cabeza.

—Usted tenía un largo historial de jaquecas. Eso, junto con la tensión por el fallecimiento de su madre y la pérdida de empleo, como me dijo en la primera entrevista, podrían...

—No me venga ahora con esa mierda —le interrumpí—. Olvídelo. Me importa tres cojones lo que usted pueda ya opinar. No pensará que voy a ponerme en sus manos otra vez, maldito inútil.

—Por favor, señor Gutiérrez, se lo ruego —intervino el director—. Los errores médicos suceden, es un hecho incuestionable. Lamentablemente, los que nos dedicamos a esto sabemos de personas que les han implantado el marcapasos que le correspondía al compañero de habitación, o incluso de pacientes que se les ha amputado algún miembro por equivocación. No es el caso de nuestro hospital, tengo que decirlo, ni tampoco es el caso que nos ocupa. Aquí lo que ha sucedido es que un individuo con muy mala fe, y por razones aún no del todo claras, ha sustituido unos expedientes. Afortunadamente, y pese a todo, nada irreparable, tengo que añadir. Estamos realmente indignados y conmovidos por su sufrimiento, no le quepa duda. Pero debe entender que cualquier empresa puede sufrir un acto de este tipo por parte de algún empleado.

—Un acto de sabotaje, como ha dicho antes nuestro director el señor Sánchez-Merino —volvió a la carga el abogado, que además de ser un cretino era un pelota—. Verá, el sector sanitario está sufriendo continuos ataques de unos años a esta parte. Los *hackers*, hoy en día, ya no pueden solo copiar números de tarjetas de crédito o entrar en los correos electrónicos. Ahora, también se dedican a copiar historiales médicos, manipularlos o venderlos en la llamada «*dark web*». En estos momentos, alguien detrás de un ordenador puede manipular la bomba que suministra la insulina a un enfermo y provocarle un coma diabético. Hay códigos informáticos capaces de «crear» tumores como por arte de magia. Ha habido países que han sufrido el robo de miles de expedientes para realizar chantajes o venderlos en el mercado negro. El cien por cien en seguridad no existe, lo más que podemos hacer es tratar de neutralizar o minimizar los daños. Y siempre hay fugas en el sistema de seguridad debidas, fundamentalmente, al factor humano.

—Mire, lo importante —añadió el doctor— es que no hay que lamentar ninguna desgracia como consecuencia de este hecho aciago, salvo, digamos, el perjuicio moral que indudablemente usted ha tenido que padecer.

—Cállense de una puta vez —murmuré.

No aguantaba más aquel bombardeo de argumentos que no iban a servir para dar marcha atrás en el tiempo y reescribir lo que había sucedido. Todo resultaba surrealista. Tenía que salir de allí.

Cogí la carta y me la guardé en el bolsillo. Les mostré, en una rápida mirada, todo el

desprecio que fui capaz de reunir. Me levanté despacio y salí sin decir nada más.

Recorrí el pasillo hasta el ascensor, pulsé el botón y esperé, notaba los ojos de la secretaria clavados en mi nuca, seguramente estaba sorprendida por las voces que había escuchado. Se abrieron las puertas, entré, pulsé el botón de la planta baja y justo al cerrarse las puertas me di cuenta. Fue como si me echasen unos trozos de hielo por la espalda. Como una maldita descarga eléctrica. El tipo con el que había chocado al salir la vez anterior, al que le hice caer el móvil y cuya cara me resultó vagamente familiar. Aquel tipo era el mismo al que Eva había besado en su portal la tarde anterior.

CAPÍTULO XIX

Volví a casa con los nervios destrozados. Alguien había colocado una nota en el portal.

«Dios te ama. ¿Tienes problemas de drogas? ¿Adicción al alcohol? ¿Te han abandonado y te sientes solo y sin fuerzas para continuar? Clama ante el señor y él te responderá. Te enseñará cosas grandes y ocultas dentro de ti que todavía no conoces. La solución para conseguir una existencia mejor. Llámanos. Te espera una nueva vida. Dios te ama».

Y añadían una dirección muy cerca de mi casa y un número de teléfono.

«¿Dónde coño estabas todo este tiempo? —pensé—. Que yo sepa, nunca habías pasado por este jodido barrio».

Subí las escaleras como si mis botas tuvieran plomo. No sabía qué pensar. Experimentaba un montón de sentimientos encontrados, mientras un martillo mecánico me taladraba el cerebro. ¿Seguro que me había librado del puto cáncer? Me froté las sienes. Claro, ya no estaba enfermo, eso decían los médicos: que iba a continuar viviendo. Esa debía ser una gran noticia, pero me sentía estafado, un pobre idiota engañado por todos. Y luego estaba la cuestión de lo que había hecho. Algo verdaderamente irreparable con lo que tendría que cargar el resto de mis días. Precisamente ahora que tenía días para malgastar. Pero lo que más me dolía eran las mentiras de Eva, una vez más. Todos estos años había soñado con recuperarla y cuando por fin había sucedido el milagro, resultaba que todo era una enorme mentira. Un burdo montaje que había servido para engañar a un imbécil como yo. Como las notas sobre Dios, con número de teléfono incluido, que alguien te deja en el portal, esperando cogerte con la guardia baja, con el paso cambiado. Señuelos para los incautos. Todo mentira. Los milagros nunca habían existido. No, al menos, en esta parte de la ciudad.

Aún no sabía cómo encajaban exactamente las piezas, pero tampoco había que ser un lince para adivinarlo. Eva conocía al tipo del hospital, que apostaría un brazo a que era el mismo que había sustituido los expedientes. Solo había que sumar dos más dos. Lo habían planeado todo. Me había engañado, me había manipulado, me había utilizado para cometer un crimen. Quizá lo que debería hacer ahora era cortarles el cuello a ambos, a Eva y a su amiguito, y así cerraríamos el círculo demencial que habíamos iniciado. Sí, eso haría, les sacaría las tripas a los dos por lo que me habían obligado hacer. Ya me daba igual cargar con una muerte o con tres. Había traspasado la línea y tendrían que atenerse a las consecuencias. Me sentía capaz de cualquier cosa. Ya no

había vuelta atrás.

Abrí el mueble, cogí la botella de coñac y le di un buen trago. Me senté en el sofá y seguí dándole vueltas.

—Voy a matarte, hija de puta —murmuré—. Eso es justo lo que voy a hacer.

Pero un par de tragos después, empecé a verlo de otro modo.

«Un momento —pensé—. ¿Qué coño es esto? Yo no soy Rafa, ese cobarde asesino de mujeres».

No quería ser así. No quería convertirme en eso. Ya llevaba toda la vida pagando por haber sido el tipo que estaba destinado a ser. Echando la culpa a los demás y sin asumir nunca mis responsabilidades. Nadie me había obligado a hacer nada, joder, yo me ofrecí a hacerlo. ¡Quería vengar a mi hija de un violador asesino! A fin de cuentas, lo que habría deseado hacer cualquier padre.

¿Mi hija? ¿Y si Sara no era, en realidad, mi hija? Eva podía haberme mentado también en eso. La puta guinda del pastel. La puntilla. La razón final. Lo que me llevaría directamente a coger un cuchillo y cortarle el cuello a aquel tipo.

Alcé la botella en un brindis imaginario y bebí.

—Enhorabuena, capullo —dije para mí.

Pero tampoco estaba dispuesto a comprar aquella hipótesis. No, aquello no tenía sentido. Eva y su amiguito podían haberlo hecho solos. No me necesitaban. Si me implicaron es porque lo de Sara era cierto. Incluso Paco me comentó que Nines, su mujer, decía que esa niña se parecía mucho a mí. Joder, claro que era mi hija. Y claro que debía matar a aquella rata asquerosa por lo que le hizo.

Seguí bebiendo.

—Sí, joder ¡Te lo merecías, hijo de la gran puta! —dije en alto—. Y volvería a hacerlo, una y mil veces más. Te metería otras cinco puñaladas. O diez, o doscientas, las que hicieran falta.

Eché otro trago.

—Sí, cinco puñaladas. Con dos cojones —me golpeé el pecho—. Llámame ahora cobarde, Eva, ¡dímelo! Quién es el cobarde, ¿eh? No te oigo: ¡¿quién?!

Me levanté, tropecé con la mesita y caí de rodillas, pero no solté la botella. Me reí. Un trago más.

—Sí, señor, ese soy yo, con dos cojones. ¡Eh, Dios, ¿cuál era tu número?! No sé dónde coño he metido el papel —miré alrededor.

—¿Sabes qué? Puede que sí tenga un maldito problema con el alcohol, después de todo. Pero, aun así, no esperes que te llame, ¿me oyes?

Me eché a reír y volví a beber.

Me levanté con dificultad, exhibiendo una actitud chulesca, pavoneándome, como si tuviese público alrededor. Como si fuera el puto Mick Jagger bañado en alcohol y subido a un escenario, mientras una multitud le aclama. Encendí la radio. Miré el imaginario auditorio y alcé la botella para seguir bebiendo. Luego me dejé caer en el sofá. Sonó el arpeggio inicial de *Tennessee whiskey* y solté un grito.

—¡Yeah!

Cuando llegó el estribillo, alcé la voz para acompañar a Chris Stapleton.

You're as smooth as Tennessee whiskey.
You're as sweet as strawberry wine^[12].

Así era Eva, sí señor, suave como el *whisky* de Tennessee, dulce como el vino de fresa.

—Y suave como la lluvia —murmuré.

Y, entonces, sin saber por qué, noté que me invadía una tristeza infinita y empecé a llorar. Me sentí estúpido, absurdo, ridículo, insignificante. Alcancé el mando y apagué la radio. Dejé caer la botella vacía al suelo, solté el mando y me tapé la cara para perderme en un agujero negro.

Estuve un rato llorando en silencio. Y dentro de mi empezó a crecer una ineludible convicción, una definitiva certeza. Me sentía unido a Eva en lo más profundo de mi ser. Inevitablemente unido. Así había sido siempre y así iba a continuar siendo. Puede que me hubiese manipulado, en realidad era bastante obvio, pero no me arrepentía de lo que había hecho. Lo hice por Sara, por Eva, pero también por mí. Y no iba a volver a perderla, de ninguna manera. No me importaba lo que había pasado. Tampoco me importaba quién era aquel desgraciado, ni lo que pudiera haber entre ellos dos. De ningún modo me la iba a arrebatar. Haría lo que tuviera que hacer. Nosotros teníamos un vínculo que era más grande que la vida.

CAPÍTULO XX

Al día siguiente por la tarde decidí llamarla. Pero recordé que había estampado el móvil contra la pared y había arrancado el cable del fijo. De todas formas, enseguida pensé que igual no era una buena idea. Había visto muchas veces en las películas cómo los polis intervenían los teléfonos para pillar al asesino. Hablaría con ella en persona. Necesitaba mirarle a los ojos cuando me diera sus razones. Me di una ducha, me puse lo primero que encontré y bajé al bar. Para variar, no había nadie.

—¿Qué pasa Paco?

Me respondió con un movimiento de cabeza y se puso a tirarme una cerveza mientras yo me sentaba en mi taburete.

—¿Todo bien? —preguntó al soltar el vaso en la barra con un golpecito seco, el toque perfecto.

Me quedé un instante mirando las burbujas.

—Pones unas cañas de puta madre —comenté.

—¿Ahora te das cuenta, cabrón?

Bebí la mitad de un solo trago.

—¿Ha habido alguna novedad?, ¿has oído algo? —quise saber.

Paco bajó la voz y se inclinó por encima de la barra, como si alguien pudiera oírnos.

—Han seguido haciendo preguntas por el barrio, pero —inclinó la cabeza hacia un lado— lo que te dije, están más despistados que un moco en la oreja. Me da que esos no son capaces de encontrarse su propia polla cuando van a mear. Aunque tampoco tienen muchas ganas de investigar nada, está claro.

—Mejor.

—No se van a molestar, ya verás. No han ido a verte, ¿no?

Negué con un gesto.

—Entonces, estáte tranquilo. Lo que yo te digo. Según comentan por el barrio, parece que creen que ha sido un ajuste de cuentas por temas de drogas.

A ninguno de los dos se nos ocurrió nada más que añadir. Paco cogió su viejo trapo, lo pasó por la barra como si fuera a sacarle brillo y luego se puso a comprobar cómo estaban las cámaras de llenas. Eran gestos que hacía de manera automática y que podía ahorrarse. La mugre no iba a

salir de ahí y tampoco tenía clientela como para temer quedarse sin suministros.

Terminé la cerveza y saqué un billete de cinco euros. Lo rechazó.

—Estás invitado, chaval.

—Coño, ya es hora de que te estires.

—Que te den por el culo.

—Igualmente —añadí enseñándole el dedo corazón.

Recogió el vaso y volvió a pasar el trapo por la barra.

—¿Ya te piras?

—Tengo cosas que hacer.

—Espero que no sea matar a alguien —dijo en voz baja.

Lo fulminé con la mirada.

—Vale, era una broma. No hay nadie —se defendió, mirando alrededor como para confirmarlo.

Ahora era yo el que temía que alguien pudiera oírnos, aunque seguíamos estando los dos solos.

—Me da igual. Eso no ha sucedido, grábatelo en el coco. Nunca. ¿Me has oído?

—*Okay*. No te mosquees, coño. No volveré a comentar nada.

—Eso es.

Le di una palmada en el hombro para quitarle un poco de importancia. Y cuando llegué a la puerta, añadí:

—Por cierto, ya nos tomaremos unas copas para celebrarlo. Y, esta vez, invito yo.

—No jodas tú ahora. ¿Qué cojones vamos a celebrar?

—Eso no, coño. Me refiero a lo otro.

—¿Qué es lo otro? —se encogió de hombros.

Sonreí.

—Que ya no me voy a morir, colega.

Lo dejé con los ojos y la boca bien abiertos, y me dirigí a casa de Eva.

Pulsé el telefonillo y me abrió. Subí las escaleras de dos en dos. Hoy no traía las botas de plomo. Venía en busca de respuestas y no me iría sin ellas.

Se asomó con cuidado, me metió dentro de un empujón y miró hacia la escalera antes de cerrar la puerta. Me cogió del cuello y me dio un beso largo y cálido, como solo ella podía darlos. Un beso de esos que sabía perfectamente que me colocaban a sus pies. Siempre había sido una de sus armas.

—Te quiero, cielo, te he echado tanto de menos. Pero no deberías estar aquí. —Y se interrumpió para volver a besarme.

Cuando nos separamos, me dedicó una mirada de enamorada que esta vez no creí. Ella lo notó enseguida.

—¿Estás bien?

No me iba a andar con rodeos.

—¿A él también se los das así?

Me observó un instante como si hablase en un idioma que no podía entender. Me gustó, por

una vez, haberme adelantado.

—Los besos —añadí—, ¿a él también se los das así?

Trató de disimular, pero vi en sus ojos saltar todas las alarmas. Ahora sí lo había entendido. Y me pareció que buscaba unos segundos para ordenarlo todo en su cabeza. Para encontrar la respuesta adecuada.

Volví a golpear.

—Si vas a contarme alguna película, ahórratelo. No perdamos el tiempo, te vi hace un par de días cómo le besabas en la puerta. Un poco arriesgado, ¿no?

Como esperaba, contrató haciéndose la indignada.

—¿De qué coño hablas? —me golpeó en el pecho—. ¿Ahora me espías? ¿Es eso lo que haces? ¿Te dedicas a espiarme? —me miró un segundo antes de continuar—: ¿Quién coño te crees que eres?

—Dímelo tú.

—Creí que ya te lo había dicho y lo tenías claro. Pablo, no vayas por ahí. No me vas a decir ahora a quién tengo que ver, ni a quién puedo besar. No quiero volver a la adolescencia. Pensé que esa fase ya la habíamos superado.

Dio un paso atrás. Ahora había casi un metro de distancia física entre nosotros. Muchos más, en realidad.

—Ya, lo que pasa es que la cosa se pone un poco más fea, cuando ese tipo resulta que trabaja en el hospital donde, por error —añadí poniendo todo el énfasis en las dos últimas palabras—, me habían dicho que me estaba muriendo. Que me quedaban un par de meses de vida. ¿Cómo lo ves? Qué casualidad, ¿no?

Pude ver cómo su seguridad se iba desvaneciendo. Continué:

—Y lo mejor de todo es que no es un error, sino que parece que este mismo tipo es el que manipuló mi expediente o lo cambió por el de un pobre desgraciado al que el cáncer sí le está devorando. Es para descojonarse, ¿no? Si supieras toda la mierda que algunos hijoputas hacen en los hospitales.

Por primera vez se mostró sin posibilidad de respuesta. Y yo lo disfruté. Se tapó la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas. Quiso acariciarme el rostro y le solté un manotazo. Acababa de confirmármelo.

—Pablo, mi amor, deja que te explique.

—¿Tu amor? ¿Explicarme? ¡¿Qué cojones vas a explicarme?! —grité—. ¿Qué me has mentado todo este tiempo?, ¿qué me has utilizado como a un gilipollas?, ¿que eres una tipa cruel y mentirosa que solo piensa en sí misma?, ¿qué te importo una mierda?, ¿qué te has reído de mí en mi puta cara? —solté de carrerilla.

—Pablo, yo...

—¿Qué me has empujado a cometer un asesinato? —añadí bajando la voz.

Otra vez quiso tocarme y le aparté la mano, pero ya no sentía rabia. Solo dolor. Un profundo dolor que me atenazaba la garganta y me quemaba el pecho. Y, otra vez, una inmensa tristeza.

—No sé cómo has podido hacerlo, joder. Yo habría hecho, de todos modos, lo que me hubieses pedido —dije. Y sentí con rabia que se me quebraba la voz, y que mis defensas también se estaban viniendo abajo. Que no iba a poder aguantar mucho más y que esta era, tal y como había intuido, otra batalla perdida.

Ahora sí me abrazó. Yo no hice nada, se lo permití. Luego sostuvo mi rostro entre sus manos y me besó.

Y, entonces, enloquecí. Ambos lo hicimos. Nos besamos con un deseo que ni todas las mentiras del mundo podrían detener. Nos mordimos los labios, las lenguas y el cuello. Nos arrancamos la ropa como si nos quemase, pero lo que ardía lo teníamos dentro de nosotros. Le besé las tetas y le mordí los pezones. Ella me clavó las uñas en la espalda y en el culo. Gemía junto a mi oreja, avivando aún más las llamas. La penetré de golpe, allí de pie, en medio del pasillo. Gritó. Permanecimos así un momento, mirándonos a los ojos. Sabiendo quiénes éramos. Luego se agarró fuerte a mi cuello y empezó a cabalgar frenéticamente, sacándonos de allí, elevándonos del suelo, cada vez más alto, más lejos. Así, hasta que algo estalló haciéndonos caer, todavía abrazados. Rendidos.

—Pablo, mi amor —susurró en mi oído.

Follar, esa era otra de sus armas. Y yo lo sabía. Como también sabía ahora que mi derrota se había consumado y que siempre estaría rendido a sus pies.

CAPÍTULO XXI

Acordamos que, entre nosotros, se habían acabado para siempre las mentiras. Pero yo no estaba seguro de eso. Lo cierto es que no me sorprendió nada de lo que contó. Ya no. Además, yo había oído ya muchas historias parecidas. Mi barrio estaba lleno de ellas.

Me dijo que el tipo era su primo Alonso, el pequeño de la familia. Yo lo recordaba vagamente. Contó que era un chaval que nunca lo tuvo fácil. Su padre murió en un accidente de coche y su madre trató de olvidar bebiéndose todo lo que encontró a su paso. Y bebió tanto que olvidó, incluso, el nombre de su hijo y quién era ella misma. Eva siempre fue para él una figura protectora, algo así como la hermana mayor que nunca tuvo, la que siempre le apoyaba, la que cargaba con todo. Y cuando lo de Sara, primero, y lo de Javier, después, él fue quien le sirvió a ella de consuelo. Intercambiaron los papeles.

No me conmovió.

—Él estuvo a mi lado y me ayudó a pasar el peor tiempo de mi vida.

Estábamos abrazados en la cama. Ella se apoyaba en mi hombro y me acariciaba el pecho. Yo contemplaba la pared.

—Y os enrollasteis —comenté.

Emitió un chasquido con la lengua, a modo de fastidio.

—Pablo, todo lo ves en esos términos. A veces eres tan simple y previsible.

—Gracias.

—Joder, es verdad.

—Para mí es importante.

—Para mí no es, ni mucho menos, lo más importante.

—Tenemos diferente escala de valores.

—Lo importante —continuó, obviando mi comentario— es la gente que de verdad te quiere y a la que tú quieres. La gente que es capaz de ayudarte cuando lo necesitas, sin pedir nada a cambio. Sin condiciones.

—Y ¿el sexo?

—El sexo es un añadido.

—Que a ti siempre te ha encantado.

—Joder, ¿y qué tiene que ver eso? A ti no, ¿o qué? No sé qué coño te pasa, ni qué pretendes.

No vas a hacer que me sienta culpable por eso. Claro que me gusta el sexo, siempre te lo dije, y claro que lo he disfrutado, todo lo que he podido. Y lo sigo haciendo —añadió cambiando el tono y acariciándome la polla.

—Y siempre has tenido a algún tío cerca.

Apartó la mano.

—No me gusta esta conversación, Pablo. Creo que sería mejor cambiar de tema.

—¿Por?

—Pues, porque no me gusta el lugar donde parece que quieres llevarme.

—Nada de mentiras —le recordé.

Me besó en la cara.

—Está bien, olvídale, ¿vale?

Pero yo no estaba dispuesto. Todavía, no.

—¿Qué me dices de Alvaro?

—¿Qué pasa con él?

—Dímelo tú.

—Alvaro era un gran tío. Siempre le quise, y tú también, no digas que no. La verdad es que me cuesta hablar de él en pasado. —Entornó los ojos y se le quebró un poco la voz—. Nunca tuvo suerte.

«Ni ninguno de nosotros», pensé.

—Estuvo un tiempo realmente muy jodido —recordó.

—Como Alonsito. —Tampoco esto pareció oírlo.

—Y yo traté de estar a su lado.

—Tan cerca que te lo follaste.

—Vete a la mierda.

—Nada de mentiras.

—Estás obsesionado, tío. Deberías hacértelo mirar.

—Te lo follaste.

Se incorporó, enfadada.

—¡Sí, me lo folie, joder! ¿Estás contento?, ¿te da morbo o algo así?, ¿quieres que te haga una lista de todos los tíos que me he tirado?

Solté un bufido y pensé que sería una lista demasiado larga.

Bajó la voz y añadió:

—Ambos estábamos jodidos y solos. ¿Dónde estabas tú entonces, eh?

Me sentía como un imbécil. Sabía que no era su dueño y que, ni mucho menos, podía pedirle cuentas de lo que había hecho a lo largo de su vida. Pero también sentía que yo era solo otro eslabón en la cadena. Uno más. Y necesitaba sentirme especial, diferente, mejor que los que había habido antes. Puede que nos pase a todos los tíos. Ella pareció leer mis pensamientos. Me abrazó, me besó y dijo.

—No seas tonto, mi amor. No tiene sentido pensar en el pasado. Ambos podíamos haberlo hecho mejor, pero nada de eso existe ahora. Lo que quiero es estar contigo y lo demás no importa. ¿Tan difícil te resulta entender eso? ¿No es suficiente para ti?

Sabía que ella nunca diría lo que yo quería escuchar: que era mejor que todos los anteriores; que, a partir de ahora, iba a ser el único; que ya no habría nadie más... Eso no sucedería. Pero,

con todo lo que habíamos recorrido, en ese momento me pareció suficiente. Puede que ella todavía no se diese cuenta de nuestro vínculo inquebrantable, pero, tarde o temprano, lo haría.

Le devolví el beso e hicimos otra vez el amor. Esta vez fue lento como una balada, como los veranos de mi infancia, como los años que pasé alejado de ella. Como si nuestro mundo estuviese detenido en aquella habitación y todas las demás cosas carecieran de importancia.

Después de cenar, sirvió un poco de *whisky* en un par de vasos con hielo y me habló algo más de Alonso. Me dijo que fue él a quien se le ocurrió todo, al ver una cita mía para una revisión.

—Ni siquiera lo pensé bien. No me dio tiempo. Pero le dije que no, que era una locura, que se olvidase del asunto, aunque puede que no insistiese lo bastante. Estaba aturdida por la idea de ver al asesino de mi hija otra vez en la calle. Mi abogada me había avisado. Tenía miedo. A él siempre se le dieron bien los ordenadores. Fue todo improvisado, una chapuza, todavía no sé cómo pudo salir bien. Y lo siento, mi amor. Siento haberte engañado, haberte hecho sufrir, haberte metido en esto. Y necesito que me perdones, porque yo no voy a poder perdonármelo.

También me dijo que pensó, por un momento, contarle a la policía que había sido ella, para intentar ponerme a salvo. Pero cuando vio que, pese a interrogarla en dos ocasiones, los policías no demostraban mucho interés y hasta parecían alegrarse por la muerte de aquel tipo, decidió que no tenía sentido que cargásemos con más ruina en nuestras vidas. Ya habíamos tenido bastante.

—Tenemos derecho a intentar ser felices, aunque no sé si esa palabra tiene ya para mí algún significado. Pero tenemos derecho a una oportunidad para el tiempo que nos quede —añadió abrazándome con fuerza.

A fin de cuentas, aquel hombre se lo merecía y a ella no le importaba reconocer que se sentía mejor con él muerto. Que se sentía a salvo y que, en cierto modo, había sido como una liberación.

«Sí, como librarte de un cáncer», pensé.

Ante eso, ¿qué podía decir? Yo sentía lo mismo. Yo era el que le había cosido a navajazos, algo impensable hace apenas unas semanas. Pero había sucedido, lo había hecho. Y lo cierto es que me provocaba la misma emoción que una jodida rata salida de cualquier alcantarilla de esta ciudad podrida. Y me sentía bien, tenía que reconocerlo, me sentía muy bien.

Entonces, le dije que no se preocupase, que la perdonaba. Y que lo único que quería era estar con ella. Solo eso.

Después me contó que Alonso pensaba que volverían a estar juntos, aunque hacía tiempo que todo había acabado entre ellos. Ella le explicó que quería estar conmigo y él no lo aceptó. Empezó a presionarla, primero por lo sentimental: «*Sabes lo que siento por ti*», «*nunca he sentido algo así por nadie*», «*con todo lo que hemos pasado juntos*», «*después de todo lo que he hecho por ti*». La vieja historia de siempre. Y a continuación, cuando esa vía no dio resultado, llegaron las amenazas. El tipo llevaba mucho tiempo enganchado a las pastillas y ahora había empezado con el caballo. Primero, fumado; después, alguna vez inyectado. Ya no tenía su trabajo en el hospital, se había fundido todo lo que le había dejado su madre y necesitaba dinero.

—La droga siempre exige más —dijo.

El caso es que no estaba dispuesto a que sus servicios fueran gratis. Si ella se largaba, tendría que pagarle por mantener la boca cerrada.

—Nos tiene cogidos, Pablo.

Intenté tranquilizarla.

—Hablaré con él.

—No le conoces. No va a escucharte.

—¿Cuánto quiere?, ¿te lo ha dicho?

Ella negó con la cabeza.

—Seguro que tiene un precio —insistí.

—Esa no es la cuestión. No va a parar, ¿es que no te das cuenta? No se puede negociar con un yonqui. Si le pagamos ahora, ¿cuánto tiempo crees que tardará en volver a pedirnos dinero?

No dije nada y se respondió sola.

—El tiempo que tarde en aparecerle el mono.

Hice un gesto tratando de quitarle importancia.

—Nos largaremos de aquí. No sabrá dónde encontrarnos.

—Ya lo había pensado, cielo, y eso es lo que más me gustaría —dijo mientras me acariciaba la cabeza—, pero ¿crees de verdad que estaríamos a salvo?, ¿que por despecho no contaría nada?, ¿que no iría a la policía o se le soltaría la lengua por ahí? Nos tiene bien cogidos, Pablo. Tenemos que hacer algo.

—Joder, ¿y en qué estás pensando?

Me miró fijamente a los ojos con una expresión que me erizó los pelos de la nuca.

—No podemos matarle —añadí como un pelele de esos a los que hipnotiza cualquier charlatán de feria.

Desvió la mirada.

—Algo se nos ocurrirá —murmuró con el mismo tono que emplearían los cubitos de hielo del vaso.

Un segundo después, noté un par de lágrimas calientes deslizarse desde su cara hasta mi cuello. Y fue suficiente. No quería verla sufrir. Nunca más iba a permitir que le hicieran daño.

—Tranquila, mi niña, yo me ocuparé —susurré junto a su oído.

Y por tercera vez me sentí capaz de arrancarle la vida a otro hombre. Puede que el mundo se dividiese en dos clases de personas: las que no eran capaces de matar a alguien y las que sí, y yo había cruzado la línea, pertenecía ya al segundo grupo. Y lo había asumido.

CAPÍTULO XXII

Alonso vivía al otro lado de Bravo Murillo, donde las casas eran más grandes y nuevas, las calles eran amplias y estaban más limpias, había menos inmigrantes y la gente se ponía elegante para ir a trabajar. El tipo siempre había contado con ventaja, sus padres tenían dinero —«los ricos de la familia», había dicho Eva—, y él lo había ido malgastando a lo largo de los años con verdadera dedicación. Demasiadas noches de fiesta. Desde adolescente pasaba más tiempo en los bares de moda que en las aulas del instituto. Un niño malcriado que, cuando murió su madre, era ya un hombre con casi todo perdido. Le cogieron varias veces trapicheando con droga, y se pasó 18 meses en la cárcel que le cambiaron para los años que le quedaban por delante. Su último tren había sido Eva, ella se volcó con él como nadie lo había hecho. Luego él hizo lo que pudo para recompensarla, pero siempre tuvo sus propias prioridades. Más tarde aparecí yo, y para él todo se vino abajo.

Estuve merodeando cerca de su portal, como cualquier tipo desocupado que mata el tiempo paseando por la ciudad. Llevaba el abrigo cerrado, un gorro de lana y los auriculares puestos. James House cantaba para mí.

*I'll be the coldest lie you've ever learn
time you turn down devil's road
cause you know, you are alone^[13].*

General Perón era una calle grande, con demasiada gente, demasiado tráfico, cámaras de vigilancia y porteros en los edificios. Complicado.

Decidí volver al barrio y probar suerte en el locutorio, donde sabía que se surtía de su dosis diaria de veneno. Para mí, era un terreno mucho más cómodo y que conocía bastante mejor. No tuve que esperar; según me acercaba, le vi salir. Me quité los auriculares y me planté delante de él. Tardó un momento en reconocermé.

—Coño, el enfermo —dijo con media sonrisa.

Parecía fresco. No debía haber consumido nada todavía.

—Coño, el primo trilero. El de los cambiazos.

Se rio como un demente durante un par de segundos y la risa se le cortó de golpe.

—¿Qué coño quieres? —preguntó acercándose un paso.

Aunque le sacaba seis o siete centímetros, no parecía intimidado en absoluto. Tampoco yo nunca había sido un tipo peligroso. Hasta ahora, claro. Puede que él no lo supiese, pero, en ese momento, era capaz de sacarle los ojos con mis propias manos.

—Te invito a un café.

—¿Un café? —preguntó como si le diera asco. El mismo que sentí yo al notar su aliento agrio.

—Bueno, o una cerveza.

Me hizo un gesto con la cabeza y le seguí. Entramos en un bar casi tan cutre como el de Paco. Había una suramericana tras la barra, no tendría más de veinticinco años, y estaba embobada viendo un estúpido programa de parejas estúpidas que se insultaban sin ningún pudor. Nos sentamos en una mesa en la esquina opuesta y, después de un momento, la tía se acercó con desgana.

—¿Qué va a ser?

—Un tercio —pidió Alonso sin levantar la vista del móvil.

Miré la hora, eran casi las doce. Como decía Paco, a partir de esa hora ya se podía beber. Me encogí de hombros.

—Que sean dos —dije.

La camarera se alejó arrastrando los pies y Alonso le echó una mirada a su enorme culo. Murmuró algo que no entendí, se guardó el móvil y también él se puso a mirar la tele, como si yo no estuviese allí.

Regresó la camarera.

—Dos tercios. Tres ochenta.

Puede que tuviésemos pinta de querer irnos sin pagar. O puede que, simplemente, no quisiera tener que dejar de mirar la tele y echar otro viaje hasta nuestra mesa cargando con aquel culo. Alonso no pareció oírla, pero enseguida agarró su cerveza. Le di a la camarera cuatro euros y le dije que se quedase con el cambio, así le evitaba un viaje. La vida en aquel bar parecía ya bastante dura.

Alonso se había tragado ya la mitad de la cerveza. Sintió mi mirada y se giró.

—Bueno, ¿qué coño quieres? —preguntó mostrándome, otra vez, todo su desprecio.

Sentí ganas de estamparle la botella en la cabeza. Eché un trago mientras decidía si hacerlo o no.

—Ya sabes lo que quiero.

Se encogió de hombros.

—Ni puta idea —soltó con voz ronca.

—Que dejes a Eva en paz.

Otra vez le salió la risa de psicópata y esta vez le duró un poco más, puede que cuatro o cinco segundos. Quizá lo que había dicho ahora era más gracioso que lo de antes. O quizá era solo que la bebida le estaba animando el día.

—¿Ya estás curado del cáncer? —Me enseñó unos pequeños dientes amarillos, sacó un cigarrillo, lo encendió y me echó el humo a la cara.

Empecé a pensar que aquello no iba a acabar bien.

—Joder, qué putada, ¿no? —continuó—: Lo has tenido que pasar mal, la verdad —asintió—. Pero bueno, míralo así, te has curado de pronto. Para que luego digan que los milagros no existen.

—Y volvió a hacer un esfuerzo para mostrarme otra vez cómo sonaba su absurda risa.

Yo no tenía ninguna gana de bromear, ni de aguantarle las chorradas a aquel imbécil.

—¿Has oído lo que te he dicho? —pregunté.

Levantó la ceja y ladeó un poco la cabeza, pero no respondió.

—Deja en paz a Eva, payaso.

—¡Y si no, ¿qué?! —Se puso en pie de golpe, alzando la voz y dejando caer la silla hacia atrás.

Tenía agarrada la botella por el cuello, como si fuese él el que me la fuera a estampar en la cabeza en cualquier momento. Pero no me inmuté.

—Aquí no se puede fumar —dijo con desgana la camarera desde la barra, girándose un poco, pero sin mirarnos y sin importarle demasiado la escenita de Alonso.

Dejó la botella sobre la mesa, levantó la silla, se sentó de nuevo y siguió mirándome y fumando.

Bebió un poco y dijo:

—Eres un pringado, tío. Puede que yo también lo sea. Pero tú lo eres más. Seguro que te has tragado todo el rollo.

Bebí sin perderlo de vista.

—¿Qué te ha dicho? —continuó—: ¿Que te quiere mucho y que ya solo quiere estar contigo?

Esperó un par de segundos y añadió:

—¿De verdad te lo has tragado? —movió la cabeza varias veces—. Joder, tío, Eva no quiere a nadie más que a sí misma, ¿aún no te has dado cuenta?

Volví a beber y respondí:

—Al parecer, hasta ahora, tú tampoco te habías dado cuenta.

—No jodas. Yo siempre he sabido lo que es: una jodida zorra que usa a los tíos como pañuelos de papel. Venga, coño, si se ha follado a todos los tíos del barrio.

—Ten cuidado.

Volvió a reírse y se sorbió los mocos.

—Solo que yo soy igual —añadió bajando la voz—, por eso no me importaba.

Y por alguna razón, sentí que había más verdad en esa última frase que en todo lo que le había escuchado hasta ese momento.

Me acerqué un poco apoyando los brazos en la mesa.

—No te vamos a dar ni un euro.

Fumó y entornó los ojos.

—¿Te ha hablado de pasta? Pero ¿te lo ha contado todo?

No dije nada.

—¿Sabes que tiene más de trescientos mil pavos que heredó de su maridito? No me jodas que eso no te lo ha dicho.

Aplaudió varias veces y se empezó a descojonar.

Movió otra vez la cabeza a los lados y añadió:

—Joder, tío, eres más pardillo de lo que pensaba. A mí se me quiere quitar de en medio porque sabe que me fundiría la pasta en cuatro días, y tiene razón, qué coño. Pero a ti se te quitará de en medio porque no va a compartirla contigo.

Se le borró la sonrisa y me lanzó otra mirada cargada de desprecio.

—Joder, ¿no te das cuenta? Tú ya eres agua pasada, tío. No eres más que otro puto *kleenex*

usado, chaval. Ella no va a compartir la pasta con nadie.

Me recosté hacia atrás y fue él el que se apoyó en la mesa, recortando la distancia que había entre ambos.

—Mira, tío, ahora con unos cuantos billetes consigues que un tipo se cargue a otro. Es fácil. Contactas a través de Internet, a veces hasta vienen de fuera, de donde viene esta. —Y señaló con la cabeza a la camarera—. No hay más vínculo, el tipo hace el trabajo, le pagas y desaparece. Todo limpio. Podíamos haberlo hecho así, pero ella no quería que la mierda le salpicase de ningún modo. Eva tiene que tener siempre todo bajo control. Para ella, nunca nada es suficiente. Decía que podrían rastrear el ordenador y chorradas de esas. Pero lo cierto es que no quería fundirse el dinero en eso. Resumiendo: la otra opción eras tú, pardillo. La opción barata. Si conseguíamos involucrarte, hacerte llegar hasta el fondo, estaba segura de que también te comerías el marrón por ella, llegado el caso.

Aquello me había cogido por sorpresa, pero no iba a dejar que aquel gusano nos separase. Me lancé a por él, le cogí del cuello al tiempo que le sujetaba la mano derecha para que no volviese a agarrar la botella. La camarera ni se inmutó. Las peleas de la televisión le debían parecer más interesantes.

—Escúchame, jodido cabrón —susurré al tiempo que empezaba a ahogarle—. Si no nos dejas en paz, te juro que te mato ¿Lo has entendido?

Asintió levemente. Le solté de un empujón. Se agarró el cuello tosiendo. Bebió lo que le quedaba y respiró profundamente varias veces. Se sorbió otra vez los mocos y su voz sonó más ronca que antes.

—Te voy a decir una cosa, más vale que me mates ahora, porque me va a pagar lo que le diga. Si no, voy a irle con el cuento a la policía y acabaremos todos en la cárcel. Pero tú serás el que más pague. Yo diré que me obligó Eva. Solo soy un enfermo. La cosa se va a poner muy fea, y ninguno queremos eso.

—Tú vas a ir a la cárcel igualmente, el hospital te ha denunciado.

Volvió a menear la cabeza como si se esforzase en explicarme cosas que yo no podía entender.

—Joder tío, ¿eso te han dicho? La madre que me parió, eres más tonto de lo que pensaba. En serio. Esos tíos no me van a denunciar ni en broma. Los hospitales nunca lo hacen. Tendrían que explicar muchas cosas y les supondría una crisis de credibilidad que no podrían superar. Te han dicho solo lo que querías oír. Esperarán una temporada hasta que te calmes y, si insistes —se encogió de hombros—, ellos mismos te soltarán unos billetes como indemnización.

Ahora era yo el que respiraba agudamente. Dudaba de si machacarle la cabeza contra la mesa o seguir allí escuchando.

Se puso en pie, dio unos pasos y se giró para añadir:

—Pero esta vez, Eva pagará, claro que lo hará. Puedes estar seguro de ello. Y dile que se dé prisa.

CAPÍTULO XXIII

Al día siguiente, mientras preparábamos la cena, le conté a Eva mi encuentro con Alonso. No dijo mucho, pero pude leer la decepción en su rostro. Abrí una botella de vino, serví un par de copas y decidí preguntar sin rodeos.

—¿Cuánto dinero tienes, Eva?

Me pareció que me miraba como si le diese pena.

—¿De eso es de lo que habéis hablado?

Probé el vino. No estaba mal.

—Dijo que tenías más de trescientos mil euros. Eso es mucho dinero. No es un detallito sin importancia que uno olvide.

Cogió su copa, fue al salón y se dejó caer en el sofá. La seguí y me senté frente a ella. Esperaba alguna respuesta.

Teníamos un plan: una casita en el sur, en un pueblecito cerca de Cádiz. Me dijo que había estado allí varias veces y que aquel era «su sitio», donde quería irse a descansar. A envejecer en paz. Lejos de la ciudad, lejos de estas calles que tanto dolor le causaban. Sabía que la pena iba a continuar siempre mordiéndole por dentro, pero había aprendido a convivir con ella. También dijo que el mar y estar a mi lado se lo harían todo más fácil. Allí tendríamos nuestra segunda oportunidad.

—¿Has estado por allí alguna vez?

Asentí.

—Y ¿te gusta?

—Claro.

Lo que no añadí es que me gustaría cualquier lugar donde estuviese a su lado.

—*Allí podrías escribir al fin tu novela y yo tendría tiempo de aprender a cocinar. Te haría cosas ricas.*

Sonreí y la abracé. A veces los sueños son tan hermosos que nos parecen imposibles.

—*Creo que es un buen plan.*

Apoyó su cabeza en mi hombro.

—*Quiero ver cómo el sol se esconde cada tarde detrás del mar. Justo ese momento en que se levanta una brisa fresca como si el día se estremeciera, un poco como cuando te estás durmiendo y te sobresaltas*

sintiendo que te estás cayendo al vacío. Pero enseguida se pasa. Ese instante me produce siempre cierta desazón, pero también me llena de paz. Y quiero verlo cada tarde contigo a mi lado.

—*Y si es con dos cervecitas frías en la mano, mejor —bromeé.*

Sonrió y me besó.

Y yo ya me sentí allí.

Empezó a balancear un poco el cuerpo adelante y atrás, y, al fin, dijo:

—No sé exactamente el dinero que tengo, pero no es tanto —se encogió de hombros como si no le importara—. Lo que le quedaba a Javier que no consiguió fundirse y el dinero de una póliza.

—¿Por qué me lo has ocultado?

Me miró cerrando un poco los ojos, como si buscara algo en mi interior.

—¿Crees que eso es lo que he hecho?

Bebí un poco de vino antes de responder.

—Bueno, no sé, no me habías dicho nada ¿Qué se supone que tengo que pensar?

Ahora fue ella la que, sin dejar de mirarme, probó el vino. Se pasó la lengua por los labios antes de decir con tristeza.

—Nunca vas a confiar en mí, ¿verdad, Pablo? Es eso, ¿no es cierto?

Yo sentía a cada paso que me ocultaba cosas. Pero también sentía que continuamente la decepcionaba.

—Es que si no me cuentas la verdad...

—¿Qué verdad?

Los dos nos miramos y continuó:

—Joder, claro que te lo cuento, cielo.

Me cogió las manos y añadió:

—¿Para qué crees que quiero ese dinero?, ¿de verdad no te lo has preguntado?

Me encogí de hombros como el niño que ha cometido un error y no sabe cómo justificarse. No quería desconfiar de ella y tampoco quería fallarle.

—Es para nosotros, amor, para empezar una nueva vida los dos, lejos de aquí. Como habíamos planeado. Sin más preocupaciones que cuidar el uno del otro. Eso es lo que queríamos, ¿no?

Asentí un poco avergonzado.

—Tienes que confiar en mí, Pablo.

Quería contarle más cosas de las que me había soltado Alonso, pero me besó y pensé que me daba igual. Necesitaba confiar en ella. Quería estar con ella. Eso era todo. Lo demás no importaba, no existía. Nos abrazamos fuerte, como si temiésemos que nos fueran a separar.

—Va a seguir extorsionándonos —dije al cabo de un momento—. Tenías razón, no se va a detener. Pero tampoco va a resultar fácil deshacernos de él sin ponernos en peligro. En verdadero peligro, Eva. No se me ocurre la manera. Y no quisiera, por nada del mundo, que esto termine por separarnos definitivamente.

Me puso un dedo en los labios para que parase. Volvió a abrazarme y susurró:

—Tranquilo, cielo, confía en mí.

CAPÍTULO XXIV

—¿Has recuperado ya el móvil o qué? —me soltó Paco en cuanto me vio entrar por la puerta del bar—. Joder, te iba a llamar ahora.

Por primera vez creí que era cierto eso de que iba a llamarme.

—¿Ha pasado algo? —quise saber.

—Coño, que llevas ya unos cuantos días sin venir, me tenías preocupado —bajó un poco el tono—. Además, quería hablar contigo.

Le había contado lo del error médico, pero sin darle detalles. Él había abierto un rato la boca, se había cagado en sus muertos varias veces mientras se frotaba la calva, nos habíamos dado un abrazo y luego habíamos aparcado el tema.

—Pero ¿pasa algo? —insistí, mientras notaba un mazo golpeando en el interior de mi pecho.

—Tranquilo. No es lo que tú crees. Anda, siéntate que te pongo una birra. O ¿prefieres un pelotazo?

Me encogí de hombros. Eran las cinco de la tarde.

—Vale —dije.

Le vi coger los vasos anchos que utilizaba y echar el hielo con las pinzas.

—¿Ron o *whisky*? —preguntó alzando una ceja.

—*Whisky*.

—¿Johnnie?

—Perfecto.

Había como algo raro en el ambiente que, hasta ese momento, no había podido descifrar. Eché un vistazo alrededor. Aquel bar solía tener siempre un aspecto bastante desolador, pero ese día parecía que estaba esperando que una grúa lo echase abajo definitivamente. No había ningún aperitivo en la vitrina y se veían menos botellas en las estanterías.

—Me largo —soltó de pronto, al tiempo que ponía las copas sobre la barra.

—¿Cómo?

—Que echo el cierre.

—¿Al bar te refieres?

—No, a la bragueta, tócate los cojones —dijo—. Pues claro que al bar, coño.

Alzó la copa y le correspondí en el brindis sin entender qué se celebraba, porque en su

expresión había poco espacio para cualquier atisbo de esperanza o alegría. Y yo no podía imaginarle en ningún sitio que no fuera aquel tugurio.

Desvió la mirada.

Bebimos.

—¿Vas a cerrar el bar? —Volví a preguntar.

Movió la cabeza y noté cómo su rostro se ensombrecía aún más. Se mordió el bigote y percibí un ligero temblor en su barbilla, como si fuera a echarse a llorar. Pero eso no era posible. Paco, realmente, nunca había llorado. Al menos, que yo supiera. Apostaría a que no lo consiguió su padre en años de palizas. No iba a romper la racha ahora. Claro que es indudable que los años terminan doblegando los árboles más recios, como le oí decir en una ocasión.

Volví a beber para aclararse la garganta y respondió:

—Mañana se llevan a Nines a una residencia, cerca del pueblo. Es lo que ella quería —añadió como justificándose—. Joder, llevábamos ya varios años esperando. Pensé que nunca nos llamarían.

Ahora bebí yo porque no sabía qué decir.

—Los viejos y los enfermos no le importan a nadie. Es una puta mierda, pero es así.

Chasqueó la lengua.

—Me voy con ella, tío. Bueno, no a la residencia, coño. A la casa del pueblo. Así estoy más cerca, ya sabes.

Sonrió con cierta tristeza, antes de continuar:

—La verdad es que hasta ahora la tenía aquí, en la planta de arriba, y apenas la veía porque me pasaba el día entero en el bar, ya lo ves. Pero, no sé. Así estaré cerca. No puedo mandarla tan lejos y dejarla sola. No tiene a nadie más que a mí, que seguramente no es mucho. Sé que no he sido un marido perfecto, pero lo he hecho lo mejor que he sabido.

Volví a beber y al fin dije:

—Ya. Joder, lo entiendo, Paco. Pero, no sé, ¿qué vas a hacer allí?, ¿has pensado en algo?

—Pues, si te digo la verdad, yo tampoco lo sé. Puede que abra allí un bar. Hay poca gente, pero, coño, igual que aquí, y he sobrevivido todo este tiempo.

Sonreímos sin muchas ganas.

—De todas formas, tengo ya apalabrado el traspaso de esto —dijo con una pena que no pudo disimular—. Hay un tío en el barrio que me comentó hace tiempo que, si alguna vez quería traspasar el negocio, le diera un toque. El otro día hablé con él y me dijo que seguía interesado, así que...

Se encogió de hombros como si no hiciera falta explicar nada más.

—Ya.

—Y tengo algunos ahorrillos —continuó—: Hace unos años vendimos unas pocas tierras que tenía allí su familia y, bueno, no las vendimos mal. No es que sea demasiado, pero yo tampoco necesito mucho para vivir. Y, coño, a esperar la jubilación, que ya he currado bastante.

Pensé que había sido previsor al guardar esos ahorros. Igual que Eva. Al final, solo yo había vivido sin pensar en el futuro, quizá porque siempre había creído que no había ningún futuro para mí. Como si siempre hubiese sido un condenado por el puto cáncer.

—Y ¿cuándo te vas? —pregunté.

—Pues, en un par de días, supongo. En cuanto cierre todo. Mañana tengo que ver a este tío,

firmar el contrato y pasarme por el banco. También he hablado con una agencia para que se encarguen de vender el piso.

Le miré a los ojos y dije:

—Al final te vas de aquí. Joder, te voy a echar mucho de menos, tío.

Se abalanzó por encima de la barra.

—Venga, maricón, dame un abrazo. ¿No te irás a poner tierno ahora?

—Cuidado, cabrón, que me tiras el cubata.

Me estrujó y sentí verdaderas ganas de llorar. Seguía siendo un imbécil.

Nos separamos. Eché un trago para bajar la angustia y comenté:

—Gracias por todo, Paco. Eres un gran amigo.

—Lo mismo digo. —Y me golpeó en el hombro.

—Lo que has hecho por mí... Joder, siempre voy a estar en deuda contigo.

—No he hecho nada, ¿recuerdas? —me interrumpió guiñándome un ojo.

—Ya.

—Y no le des más vueltas. Puede que yo hubiera hecho lo mismo en el caso de estar en tu pellejo, Pablo. Y tú seguro que habrías hecho lo mismo por mí. No sé si me explico.

Asentí.

—Y vete de aquí, cabrón, que me vas a hacer llorar.

—Eso es imposible. —Pero tampoco quería comprobarlo.

Apuré la copa y me levanté.

—Invita la casa —dijo cuando fui a sacar la cartera.

Entonces, caí en la cuenta de que no le había dicho nada de mis planes de marcharme con Eva. Lo dejé correr.

Di media vuelta. Las despedidas siempre me habían resultado dolorosas. Y, cuando iba a abrir la puerta, añadió:

—Te llamaré, cabrón. Y te mandaré la dirección para que vayas a verme.

Ni siquiera pude responder.

CAPÍTULO XXV

Revisé que todo estuviera en orden y antes de abrir la puerta eché una última mirada. Ya no de comprobación, sino simplemente de despedida. Aquella había sido mi casa la mayor parte de mi vida. Estando allí había vivido lo mejor de mi infancia y mi adolescencia. Y también lo peor, lo que hubo después, cuando todo se vino abajo. En ese momento traté de escapar de mis demonios, alejándome de allí. Pero, claro, entonces no sabía que los llevaba dentro. Ahora se habían multiplicado. Aun así, me disponía a cerrar la puerta definitivamente con la esperanza de poder engañarles esta vez, aunque en el fondo sabía que los llevaría conmigo. No se puede escapar de lo que uno es. Pero, como dijo Eva, al menos solo tendríamos que preocuparnos de cuidar el uno del otro. Y yo me había aferrado a eso. Lo único que me quedaba. De modo que cogí mi bolsa de deporte con lo poco que pensaba llevarme, tomé aire y me dispuse a dar ese paso, como si fuera aquel primer astronauta que saltaba sobre la luna, dejando todo atrás y sin tener la certeza de qué habría después.

Cerré la puerta y eché dos vueltas de llave que esperaba que fueran suficientes para sellar el pasado, y para poner a cero el contador de un inminente futuro.

Bajé las escaleras, salí a la calle y me acerqué al bar de Paco. Estaba cerrado. Al final, se había dado más prisa que yo en marcharse. En escapar de aquellas calles podridas de tanta tristeza y dolor. Un lugar donde no cabía la esperanza. Ver el cierre echado, a plena luz del día, me causó una rara impresión. Eso no había sucedido nunca. Ese bar siempre había estado de guardia. Primero con Antonio y luego con Paco, su hijo. Dos vidas desperdiciadas entre aquellas paredes sucias, sirviendo copas a tipos que tenían tan poco futuro como ellos. Y me hizo sentir como si aquel barrio hubiera dejado, definitivamente, de pertenecernos. Como si hubiéramos dado carpetazo a toda nuestra vida anterior. Allí se quedaba lo que fuimos y ya no éramos. Todos nuestros recuerdos empezaban a diluirse y desaparecerían definitivamente cuando nos marchásemos. Como la sangre de Rocky, mezclada con lluvia, colándose en una sucia alcantarilla. No me importaba; pretendía ser, o al menos fingir que era, alguien diferente. Un tipo distinto al que aún le quedaba una última oportunidad.

Bajé despacio la calle hacia la casa de Eva.

Me detuve un momento para observar el portal donde siempre terminaba solo. Sentí un pequeño estremecimiento al tocar el telefonillo. Por mi mente cruzó fugazmente la idea de que se

hubiera largado sin mí. Que volvía a quedarme solo. Que tendría que regresar a casa, recorrer el cerrojo y pudrirme lentamente en mi propia ruina.

Su voz me devolvió a la vida. Como salir del fondo del mar a la superficie, cuando los pulmones te arden y están a punto de estallar.

—Sí, ¿quién es?

—Hola, soy yo —dije con un poco de ansiedad que no fui capaz de borrar.

—Enseguida bajo, Pablo.

Me gustaba oírle decir mi nombre. Sonreí. Me mordí los labios. Me entraron ganas de llorar y empecé a contar los segundos.

Cuando apareció, cargada con dos bolsas enormes, me agarré a ella como el suicida que cambia de opinión en el último segundo, justo antes de saltar al vacío.

—Hola, cielo, ¿va todo bien?

La besé y volví a abrazarla. Me pareció que su pelo olía ya a brisa de mar. Traté de sonreír.

—Claro. Ahora sí —señalé las bolsas y dije—: Podía haberte ayudado con eso.

—No importa —sonrió—, soy una chica fuerte. —Y dobló el brazo para mostrarme el bíceps. Me incliné y cogí mi bolsa y una de las suyas.

—Tengo el coche aquí mismo, en la esquina —dijo, y empezó a caminar. La seguí, mirándola y pensando lo feliz que me hacía estar a su lado.

Cargamos las bolsas en su coche, un 4x4 con algunos años que necesitaba con urgencia pasar por el túnel de lavado. El maletero no era como para vivir en él, pero con unos empujones conseguimos meter las tres bolsas.

—¿Quieres conducir? —preguntó mostrándome las llaves.

—Vale.

Cogí las llaves, me senté frente al volante y ajusté el asiento y los espejos. Eva se sentó a mi lado y, nada más cerrar la puerta, alguien tocó la ventanilla.

—¿Eva Plaza?

—Sí, soy yo.

Eva abrió la puerta y noté cómo se me aceleraba el pulso y cómo una garra parecía atenazarme el cuello. Había un tipo en la acera, junto a ella, y otro observando delante del coche. Enseguida supe que eran policías y por mi mente cruzó la idea de acabar con ellos. Si hubiese llevado una navaja encima, no habría dudado ni un segundo. Nuestros sueños no podían terminar de ese modo. Ahora que parecían tan cerca.

Yo también bajé del coche.

—Soy el agente Marín y él es mi compañero, el agente Iglesias.

Les observé. Eran dos tipos jóvenes, de treinta y pocos años. Ambos altos, delgados, pero musculados, llevaban el pelo corto y vestían ropa informal, pero olían a pasma a kilómetros de distancia. Y me dio rabia, porque no les habíamos visto llegar.

Respiré hondo y me dije a mí mismo que tenía que mantener la calma. Pasé por delante del tal Iglesias y me situé junto a Eva.

—¿Es usted familia de Alonso Sánchez Plaza?

Eva asintió, sorprendida.

—Sí, es mi primo, ¿ha pasado algo?

—Le encontraron ayer muerto en su casa —soltó el tipo sin ningún miramiento.

Ella se llevó una mano a la boca, como conteniendo un grito.

—¿Muerto? ¿Qué ha pasado?

El policía se encogió de hombros.

—Al parecer, ha sufrido una sobredosis.

—¿Una sobredosis? ¿En su casa? —repitió ella.

—Así es —dijo Marín—. Según parece, una vecina fue a recriminarle porque llevaba toda la tarde con la música muy alta. Vio que la puerta estaba entreabierta y nos llamó. Cuando llegó la patrulla, le encontraron ya fallecido.

Eva agachó la cabeza y yo la abracé.

—Lo siento —comentó el policía, aunque lo dijo de un modo que daba a entender que, simplemente, lo decía por cumplir. Probablemente, era parte del protocolo que les habían enseñado.

—Sabía que esto, tarde o temprano, tenía que pasar, eran ya muchos años —murmuró con una voz débil y la mirada clavada en la acera.

—¿Se veían con frecuencia?

—¿Cómo dice? —preguntó ella parpadeando, como si no entendiera la pregunta.

—Bueno, es solo por rutina, que sepamos es usted su única familia.

—Sí, bueno —dudó—, nos veíamos a veces. De hecho, ayer por la mañana estuve en su casa. De vez en cuando me pasaba por si necesitaba algo, aunque no me gustaba verle así, pero bueno, como usted ha dicho: yo era su única familia.

—¿Ayer por la mañana? ¿Y no notó nada raro?

—¿A qué se refiere?

—Bueno, ¿cómo le encontró?

Ella suspiró.

—Pues, como siempre. Se notaba que había consumido.

—Ya. ¿Usted le daba algo? ¿Dinero?

Ella negó con la cabeza.

—¿Para que siguiera envenenándose?

—No, claro.

—Ayer le llevé unos yogures y un par de cartones de leche.

El policía sacó una libreta y anotó algo. Entonces, su compañero, que no había abierto la boca, soltó como si pensara en voz alta.

—A mí lo que no me cuadra mucho es que dejara la puerta entreabierta si pensaba darse un homenaje.

Nadie dijo nada y, finalmente, se contestó él solo.

—Bueno, estos yonkis nunca se sabe por qué hacen las cosas. Yo nunca he entendido que se metan esa mierda en el cuerpo.

Marín, el que llevaba la voz cantante, retomó el hilo.

—Y ¿usted es? —preguntó dirigiéndose a mí.

—Soy Pablo —respondí. Pero aquello no era una presentación entre amigos, Eva lo entendió enseguida y añadió:

—Es Pablo Gutiérrez, mi novio. —Y me agarró por la cintura. Aquello me gustó.

—¿Van a algún lado? —preguntó señalando con el boli al coche—. He visto que cargaban

unas bolsas.

—Sí —dijo ella—, ¿hay algún problema?

Ahí me di cuenta de que Eva había tomado el mando y sentí que todo iba a salir bien.

—Nos vamos de viaje —le aclaró.

—Bueno, lo digo por si el juez les necesita. Al ser su único familiar, supongo que tendrán que contactar con usted, ya sabe...

Ella sonrió por cortesía.

—No hay problema.

Nos dieron una tarjeta y nosotros les dimos nuestros números de teléfono. Aunque en ese momento recordé que no había recuperado el mío. Me había acostumbrado a no tenerlo, puede que fuese ya el único tipo en la tierra sin móvil. Pero pensé que nada en mi vida era demasiado convencional. Nos despedimos y arrancamos.

Ninguno dijo nada.

Crucé Bravo Murillo y bajé por General Perón. Al pasar por delante de la puerta de Alonso, miré de reojo a Eva. Se había puesto las gafas de sol y miraba por la ventanilla. Puse la radio para romper aquel silencio. Había una tertulia política en la que unos tíos discutían pisándose entre ellos. Tomamos la M30 en dirección sur y en unos minutos estábamos en la autovía. Se veía poco tráfico, pero unos enormes nubarrones negros parecían seguirnos.

Ella estiró el brazo para acabar con los charlatanes de la tertulia y poner música. Empezó a sonar aquella canción de Chris Rea, la que siempre nos ponía tristes y ella canturreó solo una frase:

Two people caught in chains of each other.

Algo así como: «dos personas atrapadas, encadenadas una a la otra». Justo como nosotros.

Entonces, puso una mano sobre mi pierna derecha y la dejó ahí, acariciándome.

Terminó la canción y me decidí a hablar.

—Bueno, al final parece que todo se ha resuelto.

Eva no dijo nada, pero al girar la cabeza la vi sonreír, como había hecho yo cuando maté a Rocky. Seguí conduciendo y pensé que podría escribir una novela sobre todo esto. Ya tenía la historia.

AGRADECIMIENTOS

Siempre que publico una novela, pienso que puede ser la última. Así que, llegar otra vez al momento de escribir los agradecimientos es una enorme satisfacción.

Gracias, como siempre, a mi familia, amigos y compañeros por su apoyo. No puedo poner los nombres porque seguro que me dejaría alguno, pero ellas y ellos lo saben. Me refiero a los que esperan pacientemente un nuevo libro, los que siempre me acompañan el día de la presentación, los que nunca faltan a la feria, los que se dedican a regalar mis libros, los que se hacen fotos en sus viajes con alguna de mis novelas, los que las recomiendan, los dan al *me gusta* cuando publico algo, y los que me hacen llegar sus opiniones y comentarios.

También a todos aquellos que han escrito sobre lo que mis novelas les hayan podido sugerir.

Gracias a todos y cada uno de mis lectores, porque, sin ellos, esta aventura no sería tan hermosa.

A Ediciones Carena.

Y, claro, particularmente a ti, que también has llegado hasta esta última página.



Miguel Rubio es madrileño, licenciado en Ciencias Políticas y en Sociología, y diplomado en Trabajo Social por la Universidad Complutense de Madrid.

Miguel Rubio comenzó su andadura literaria en 2008 con la impactante novela *Ahora que estamos muertos*, donde retrataba con crudeza la vida de las personas sin hogar en Madrid. El libro, que no dejó indiferente a nadie, supuso el pistoletazo de salida de una fulgurante carrera que tuvo su continuidad con *Todos los años perdidos* (2010), *La ciudad rota* (2014) y *Tierra en la garganta* (2016), todas ellas saludadas con entusiasmo por parte de la crítica y un público cada vez más numeroso.

Notas

[1] Los santos nos protegerán, / todos estamos cayendo. / Los santos nos protegerán / donde sea que caigamos. <<

[2] Solo una chica de un pueblo pequeño. / Viviendo en un mundo solitario. / Ella tomó el tren de medianoche que lleva a cualquier parte. <<

[3] Que Dios te bendiga y te cuide siempre,/ que todos tus deseos se hagan realidad, / que siempre te ocupes de los otros / y dejes que ellos se ocupen de ti. <<

[4] Que levantes una escalera a las estrellas y subas todos los peldaños / Y que permanezcas siempre joven. / Siempre joven, que permanezcas siempre joven. <<

[5] Mala suerte, / la mala suerte me está matando. <<

[6] Los dolores de los diecisiete no son reales, son solo sueños. / Guarda tu llanto durante el día. / Tonta si crees que se acabó porque dijiste adiós. / Tonta si crees que se acabó, te diré por qué. <<

[7] Tonta si crees que se acabó. / Apenas acaba de empezar. <<

[8] Sin día soleado, sin cielo azul. / Solo una luna pálida en las alas del viento. Sin anillos de diamante, sin hermosos sueños. / Dos personas atrapadas, encadenadas. / Y no había otra manera. / Así es como iba a ser. / La llama te perseguirá constantemente. / Nunca habrá un día.

<<

[9] Y aquí voy otra vez por mí mismo. / Bajando por el único camino que he conocido. / Como un vagabundo, nací para caminar solo. <<

[10] Un suspiro del alba / dulce instante de memoria / una rapsodia celestial / y el cielo se detuvo.

<<

[11] Los hombres desesperados hacen cosas desesperadas. <<

[12] Eres tan suave como el *whisky* Tennessee. / Eres tan dulce como el vino de fresa. <<

[13] Seré la mentira más fría que jamás hayas aprendido, / cuando regreses a la carretera del diablo. / Porque sabes que estás solo. <<